
LO QUE OCULTAN LAS ROSAS
¿ESTÁS DISPUESTA A SANGRAR POR AMOR?
ANDREA LEIVA

LO QUE OCULTAN LAS ROSAS

LO QUE OCULTAN

LAS ROSAS

¿Estás dispuesta a sangrar por amor?

ANDREA LEIVA

© 2025 Andrea Leiva

Todos los derechos reservados

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene escenas de contenido sexual explícito, temas oscuros y situaciones emocionalmente intensas. Recomendada para lectores mayores de 18 años.

Para quienes aman con espinas.
El dolor es el precio de la belleza.

1

CENIZA

El avión aterriza y ya quiero irme.

Logroño me recibe con ese cielo plomizo de noviembre que parece diseñado para funerales. Apropiado, supongo. Vengo a enterrar a mi padre. A cumplir con el trámite de la hija que vuelve, firma los papeles, y desaparece antes de que nadie pueda hacerle preguntas incómodas.

Nueve años.

Nueve años sin pisar esta tierra que huele a vid y a secretos. Nueve años construyendo una persona que no necesita mirar atrás. Y ahora el olor entra por las rejillas del aire acondicionado del taxi y me golpea con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

—¿Primera vez en La Rioja? —pregunta el taxista, mirándome por el retrovisor.

—No.

No elaboro. No tengo energía para conversaciones vacías, ni ganas de explicar que crecí entre estas viñas, que conozco cada curva de esta carretera, que en algún lugar de estos campos está enterrado el cuerpo de mi hermano y los restos de quien yo era antes de convertirme en esto que soy ahora.

Lo que sea que soy ahora.

El taxista capta el mensaje. Se calla. Mejor. Así puedo concentrarme en el paisaje que pasa tras la ventanilla como un reproche visual. Las viñas desnudas de noviembre, los olivos centenarios, los pueblos

medievales encaramados en colinas. Todo sigue exactamente igual. El mundo tuvo la desfachatez de seguir girando mientras yo no estaba.

El cementerio de Laguardia tiene las mejores vistas del valle. Eso siempre me pareció una crueldad. Como si los muertos necesitaran un recordatorio de lo que se perdieron.

Mi padre yace en un ataúd de madera oscura que probablemente costó más que mi alquiler anual en Burdeos. Carmen —mi madre, aunque ese título siempre me ha sonado demasiado cálido para lo que somos— no escatimó. Los Mendoza entierran a los suyos con estilo, incluso cuando el patrimonio se cae a pedazos.

Especialmente entonces.

Hay más gente de la que esperaba. Bodegueros de la región, políticos locales, algún que otro empresario de Madrid. Todos con la misma cara de circunstancias. Ignacio Mendoza era un hombre con muchos conocidos y ningún amigo. Eso también lo heredé de él.

Elena me encuentra antes de que pueda esconderme detrás de una lápida.

—Estás horrible —dice, y me abraza con fuerza.

—Gracias. El vuelo salió a las seis de la mañana.

—No hablo del cansancio. Hablo de todo. —Me aparta para mirarme con esos ojos que siempre ven demasiado—. Pareces un fantasma visitando su propia tumba.

—Poético.

—Cierto.

Elena es mi prima, la única persona de esta familia con quien mantengo algo parecido a una relación. Mensajes ocasionales, una llamada en Navidad si estamos lo suficientemente borrachas, memes a las tres de la mañana. Lo básico para no ser completas desconocidas.

—Tu madre te busca.

—Ya me encontrará.

—Vera...

—No empecemos, ¿vale? Dame al menos hasta después del entierro para fingir que todo está bien.

Elena suspira, pero asiente. Conoce mis límites. O al menos conoce que tengo muchos y prefiere no probarlos.

El cura comienza su letanía. Palabras sobre ceniza y polvo que significan poco para un hombre que vivió obsesionado con el legado. Ignacio Mendoza no quería volver a la tierra; quería que la tierra llevara su nombre para siempre.

Me obligo a mirar el ataúd. A sentir algo.

Nada.

Solo ese hueco viejo en el pecho, el que llevo años alimentando con trabajo y distancia y sexo sin consecuencias. Mi padre está muerto y lo único que siento es alivio de que no pueda mirarme con esa decepción perpetua que reservaba solo para mí.

Lucas habría sabido qué sentir. Lucas siempre sabía.

Pero Lucas lleva nueve años pudriéndose a treinta metros de aquí, y yo llevo nueve años fingiendo que no fue mi culpa.

Es entonces cuando lo veo.

Al principio creo que me lo estoy imaginando. Un fantasma más entre tantos. Pero los fantasmas no llevan trajes de tres mil euros ni tienen esa forma de estar quietos que parece más amenaza que reposo.

Adrián Vega.

Está en el borde del grupo, lo suficientemente apartado para no formar parte del duelo pero lo suficientemente cerca para que su presencia sea una declaración. Lleva el pelo más corto de lo que recuerdo —¿recuerdo algo de él realmente?— y una barba de varios días que debería parecer descuidada pero solo lo hace parecer más... más.

No debería estar aquí.

Su padre murió en prisión por culpa del mío. La versión oficial, al menos. Los Vega y los Mendoza no comparten espacio, no comparten aire, no se miran si pueden evitarlo.

Y sin embargo.

Nuestros ojos se encuentran.

No es el contacto accidental de dos desconocidos en un funeral. Es deliberado. Sostenido. Como si llevara esperándome todo este tiempo, sabiendo exactamente cuándo levantaría la vista.

Tiene los ojos oscuros. Casi negros bajo esta luz plomiza. Y hay algo en ellos que me eriza la piel de una forma que no quiero examinar demasiado de cerca.

No aparta la mirada.

Yo tampoco.

Esto es lo que sé de Adrián Vega: su padre y el mío fueron socios durante años. Ricardo Vega fue acusado de fraude y estafa, procesado, condenado, encarcelado. Murió allí dentro. Y su hijo desapareció del mapa, se hizo abogado, empresario, algo con mucho dinero y poca presencia pública.

Esto es lo que *siento* sobre Adrián Vega: peligro. La clase de peligro que no viene con advertencias claras ni señales de salida.

El cura sigue hablando. Las viudas lloran. El ataúd desciende.

Y Adrián Vega me mira como si acabara de encontrar exactamente lo que vino a buscar.

—¿Quién es ese?

Elena sigue mi mirada. Su expresión cambia.

—Mierda.

—Eso no es un nombre.

—Es Adrián Vega. Y el hecho de que esté aquí significa que...

—¿Que qué?

—Que esto va a ser mucho más complicado de lo que pensabas.

No le pregunto qué significa eso. No hace falta. Lo veo en la forma en que mi madre se ha quedado rígida al otro lado del grupo, en cómo algunos invitados intercambian miradas, en la tensión que de pronto electrifica el aire.

Adrián Vega no ha venido a presentar sus respetos.

Ha venido a cobrar algo.

El funeral termina. La gente se dispersa hacia los coches, hacia el convite obligatorio en la finca. Yo me quedo un momento más, mirando la lápida de Lucas —

Lucas Mendoza Arrieta. 1990-2015. Amado hijo y hermano.

— que dice todo y nada sobre quién era.

Cuando levanto la vista, Adrián sigue ahí.

Más cerca ahora. A quizá diez metros. Lo suficiente para ver que sus ojos no son solo oscuros sino también fríos. Calculadores. Ojos de alguien que ha esperado mucho tiempo para este momento.

—Vera Mendoza.

No es una pregunta. Sabe perfectamente quién soy.

—¿Nos conocemos?

—No. Pero vamos a conocernos muy bien.

Hay algo en su voz. Una promesa que suena más a amenaza.

—Mi padre acaba de morir. ¿No tienes la decencia de esperar al menos hasta mañana para... lo que sea esto?

—Tu padre tuvo treinta años para tener decencia. —Una sonrisa que no llega a sus ojos—. No le funcionó muy bien.

Debería irme. Debería darme la vuelta, subir al coche, volver a la finca y olvidar que este hombre existe.

No lo hago.

—¿Qué quieres?

—La verdad.

—La verdad sobre qué.

—Sobre todo. —Da un paso más cerca. Puedo olerlo ahora: madera, algo cítrico, un toque de humo. Huele a dinero y a paciencia y a algo más que no consigo identificar—. Sobre tu padre. Sobre el mío. Sobre lo que pasó hace quince años.

—El juicio ya determinó...

—El juicio fue una farsa. Y tú lo sabes.

No lo sé. No sé nada. Tenía dieciocho años cuando todo explotó, y después... después solo quería huir. Dejar de pensar. Dejar de recordar.

—Lo que yo sepa o deje de saber no es asunto tuyo.

—Ah, pero lo es. —Otra sonrisa, esta vez con algo que podría ser diversión si no fuera tan afilada—. Mañana, en la lectura del testamento, vas a descubrir exactamente por qué.

Se da la vuelta. Empieza a caminar hacia un coche negro aparcado en el sendero.

—Espera.

No sé por qué lo digo. No quiero que se quede. No quiero saber más.

(Mentira. Quiero saber. Siempre he querido saber.)

Se detiene. Medio gira. El viento le mueve el pelo y por un segundo parece casi humano.

—¿Sí?

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Silencio. Largo. Evaluativo.

—Todo, Vera. Tiene que ver absolutamente todo contigo.

Se va.

Y yo me quedo ahí, entre las tumbas de los hombres de mi familia, sintiendo por primera vez en años algo que no es ese hueco muerto en el pecho.

Miedo.

Y algo más. Algo peor. Algo que se parece demasiado a la curiosidad.

El pasado que creía enterrado acaba de resucitar.

Y me está mirando directamente a los ojos.

2

TESTAMENTO

El despacho del notario huele a papel viejo y a ambición frustrada.

Es el tipo de lugar donde las familias vienen a descubrir que se odiaban más de lo que pensaban. Muebles de caoba que han visto demasiadas lágrimas, cortinas gruesas que ahogan los gritos, y ese silencio denso de los sitios donde se firman sentencias.

No he dormido.

Las palabras de Adrián Vega me han perseguido toda la noche como perros de caza. «Todo, Vera. Tiene que ver absolutamente todo contigo». He repasado cada escenario posible. Deudas. Extorsión. Algún acuerdo secreto entre nuestros padres. Ninguno tiene sentido. Ninguno explica por qué el hijo del hombre que supuestamente arruinó a mi familia estaría en la lectura del testamento de mi padre.

Y entonces lo veo.

Sentado al otro lado de la mesa de juntas. Como si tuviera todo el derecho del mundo a estar ahí.

Adrián Vega lleva un traje diferente hoy. Gris oscuro, casi negro. Camisa sin corbata. Parece más cómodo aquí, entre legajos y lenguaje jurídico, que en el cementerio. Un depredador en su hábitat natural.

Cuando entro, apenas levanta la vista. Solo una fracción de segundo. Lo suficiente para que sepa que ha notado mi presencia. Lo suficiente para que me hierva la sangre.

—¿Qué hace él aquí?

Mi madre está a mi lado. No responde. No me mira. Solo avanza hacia su silla con esa rigidez de quien ya conoce el golpe que viene.

—Señora Mendoza, señorita Mendoza. —El notario es un hombre menudo con gafas demasiado grandes para su cara. Tiene ese aire de disculpa permanente de los que entregan malas noticias profesionalmente—. Por favor, tomen asiento. El señor Vega está aquí porque el testamento así lo requiere.

—El testamento de *mi padre*.

—Así es.

Me siento porque no tengo otra opción. La silla está fría. Todo está frío. Excepto la rabia que me trepa por el esófago como bilis.

Mi madre ocupa el lugar más alejado de Adrián. Elena no está; no es heredera directa. Y de pronto la echo de menos con una intensidad ridícula, porque al menos ella habría dicho alguna barbaridad para romper esta tensión que nos está estrangulando a todos.

Adrián sigue sin mirarme.

Y eso me enfurece más que si lo hiciera.

El notario lee.

Párrafos interminables de jerga legal que resbalan sobre mí como lluvia sobre cristal. Legados menores. Donaciones a instituciones benéficas que mi padre jamás visitó pero que quedan muy bien en los obituarios. La casa de Madrid para mi madre. Un apartamento en San Sebastián que ni sabía que existía.

Miro a mi madre. Ella mira al frente. Estatua de sal.

—En cuanto a Bodegas Mendoza —continúa el notario, y algo en su voz cambia. Se vuelve más cauteloso. Como quien desactiva una bomba— y todos los activos asociados, incluidas las propiedades de la finca, los derechos de denominación de origen y las participaciones en empresas subsidiarias...

Me inclino hacia adelante. Esto es lo que importa. La bodega. El legado de cuatro generaciones. Lo único que mi padre amó sin

condiciones.

—...se dividirán en partes iguales entre mi hija, Vera Mendoza Arrieta, y Adrián Vega Echeverría.

El silencio tiene peso físico.

Lo siento aplastándome el pecho, exprimiendo el aire de mis pulmones. Durante un segundo absurdo, estoy convencida de que he oído mal. El notario ha cometido un error. Alguien va a reírse y explicar que es una broma de pésimo gusto.

Nadie se ríe.

—Repita eso.

—Señorita Mendoza...

—*Repita. Eso.*

El notario traga saliva. Mira a Adrián como buscando permiso. Eso me enciende aún más.

—Su padre dejó el cincuenta por ciento de Bodegas Mendoza al señor Vega. El otro cincuenta por ciento es suyo.

—Eso es imposible.

—El testamento fue redactado hace tres años y actualizado hace dieciocho meses. Su padre estaba en plenas facultades mentales en ambas ocasiones. Hay informes médicos que lo certifican.

Tres años.

Mi padre llevaba tres años tramando esto. Mientras yo construía mi vida en Burdeos, mientras creaba distancia, mientras me convencía de que había escapado —él estaba aquí, tejiendo esta red. Esperándome.

Me giro hacia mi madre.

—Tú lo sabías.

No es pregunta.

—Vera...

—Lo sabías y no me dijiste nada.

—Tu padre tenía sus razones.

Esa frase otra vez. La misma que Adrián usó en el cementerio. Como un mantra. Como un escudo. Como una excusa para todas las mentiras.

Me levanto. La silla chirría contra el suelo de madera. Necesito moverme. Explotar. Hacer *algo* con esta furia que me carboniza por dentro.

—Quiero impugnarlo.

—Hay una cláusula adicional.

La voz de Adrián. Primera vez que habla desde que entré. Grave. Controlada. Con un deje de algo que podría ser satisfacción si no fuera tan cuidadosamente neutral.

Me giro hacia él.

—¿Qué cláusula?

—Ninguno de los dos puede vender su parte sin el consentimiento del otro. —Por fin me mira. Y hay algo en sus ojos que me hace retroceder un paso involuntario—. Durante cinco años.

Cinco años.

Cinco años atrapada en un negocio con el hijo del hombre que supuestamente destruyó a mi familia. Cinco años sin poder vender, sin poder escapar, sin poder hacer nada excepto...

—No.

—Me temo que sí.

—Mi padre odiaba a tu familia. ¿Por qué demonios te dejaría...?

—¿Odiaba? —Adrián se levanta despacio. Es más alto de lo que calculé. O quizá es que la habitación se ha encogido—. ¿Estás segura de eso?

—Tu padre fue a la cárcel por estafar al mío.

—Mi padre fue a la cárcel. —Una pausa. Pesada—. Eso es todo lo que sabes con certeza.

Hay algo en su tono. Una acusación que no termina de formular. Una puerta que está invitándome a abrir.

No pienso abrirla.

—No voy a trabajar contigo. No voy a compartir nada contigo. Encontraré la forma de romper esto.

—Puedes intentarlo. —Da un paso hacia mí. Luego otro. Hasta que está lo suficientemente cerca para que pueda contar las motas doradas en sus ojos—. Pero te advierto algo, Vera: yo llevo quince años preparándome para este momento. ¿Cuánto tiempo llevas tú?

Salgo del despacho sin despedirme.

El pasillo es largo, estrecho, con ese olor a burocracia rancia que tienen todos los edificios donde se deciden las vidas de otros. Camino rápido. Las paredes se estrechan. Necesito aire. Necesito espacio. Necesito entender qué coño acaba de pasar.

—Vera.

No me detengo.

—Vera.

Una mano en mi codo. Me giro con el puño medio cerrado, lista para golpear.

Es mi madre.

—Tienes que calmarte.

—¿*Calmarme*? ¿Me estás pidiendo que me calme? Papá acaba de regalarle la mitad de todo a... a...

—Tu padre tenía sus razones.

—Deja de decir eso. —Aparto su mano de mi brazo—. ¿Cuáles razones? ¿Qué razones pueden justificar esto?

—No aquí.

Su voz se ha endurecido. Reconozco ese tono. Lo usaba cuando Lucas y yo hacíamos demasiado ruido delante de invitados, cuando había que mantener las apariencias a cualquier coste. El tono de «cierra la boca y sonríe».

—Entonces dónde. Cuándo.

—En la finca. Esta noche. Hablaremos de todo.

—¿De todo? ¿Incluido por qué me habéis mentido durante toda mi vida?

Algo cruza su rostro. Algo que podría ser dolor si Carmen Mendoza fuera capaz de mostrarlo.

—Nunca te hemos mentido, Vera. Solo... no te hemos contado todo.

—Eso es exactamente lo mismo.

—No. No lo es. —Da un paso atrás. Recompone su expresión en esa máscara de serenidad que lleva puesta desde que tengo memoria—. Pero lo entenderás. Cuando lo sepas todo.

Se va. Tacones repiqueteando en el mármol. Espalda recta incluso mientras el mundo se derrumba.

Y entonces.

—Tu madre tiene razón en una cosa.

Adrián. Al final del pasillo. Apoyado contra la pared como si no tuviera ninguna prisa. Como si llevara ahí todo el tiempo, observando.

—No recuerdo haber pedido tu opinión.

—Hay cosas que no sabes. —Se aparta de la pared. Camina hacia mí con esa economía de movimientos de quien sabe exactamente cuánto espacio ocupa en el mundo—. Cosas sobre tu padre. Sobre el mío. Sobre lo que pasó realmente hace quince años.

—Y supongo que tú vas a iluminarme.

—Cuando estés lista.

—¿Cuándo decidas tú que estoy lista, querrás decir?

Sonríe. Es la primera vez que lo veo sonreír de verdad, y no me gusta cómo me hace sentir. Como si el suelo hubiera dejado de ser sólido bajo mis pies.

—No. Cuando tú decidas que quieres escuchar. —Está demasiado cerca ahora. Puedo olerlo otra vez: madera, cítrico, ese toque de humo que no consigo ubicar—. Por ahora, solo necesitas saber una cosa.

—¿Cuál?

—Que no soy tu enemigo.

Me río. Es un sonido feo, roto.

—Acabas de heredar la mitad de mi familia. ¿Cómo coño no eres mi enemigo?

—Porque tu verdadero enemigo murió hace tres días. —Su voz baja, se vuelve más íntima. Como si compartiera un secreto—. Y todavía no lo sabes.

Debería irme. Debería darle la espalda, salir de este edificio, coger un avión de vuelta a Burdeos y no mirar atrás.

Pero hay algo en sus palabras. Una fisura en todo lo que creía saber.

—Mi padre no era perfecto. Pero no era...

—¿No era qué? ¿Un mentiroso? ¿Un manipulador? —Da otro paso. Ahora estamos tan cerca que puedo ver el pulso latiendo en su cuello—. ¿Un hombre capaz de destruir a su mejor amigo para salvar su propia reputación?

—Para.

—¿Por qué? ¿Porque duele? —Inclina la cabeza. Me estudia como si fuera un problema interesante—. El dolor es lo único que va a salvarte, Vera. Cuando deje de doler, significará que has aceptado la mentira.

Me aparto. Un paso atrás. Dos. Suficiente para poder respirar sin olerlo.

—No sé qué juego te traes. Pero no pienso formar parte de él.

—Ya formas parte. —Mete las manos en los bolsillos. Relajado. Como si esta conversación no significara nada—. Desde antes de nacer, probablemente. Tu padre se aseguró de eso.

—Vete a la mierda.

—Nos vemos en la finca, Vera. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Se da la vuelta. Camina hacia la salida con esa calma insultante de quien tiene todo el tiempo del mundo.

Y yo me quedo en el pasillo vacío, con el corazón latiendo demasiado rápido y una pregunta clavada en el pecho como una esquirla de cristal:

¿Y si tiene razón?

¿Y si mi padre no era quien yo creía?

¿Y si todo lo que sé sobre mi familia es mentira?

El problema de las preguntas es que, una vez que empiezas a hacerlas, no puedes parar.

Y Adrián Vega lo sabe perfectamente.

3

FANTASMAS

La finca huele a mi infancia.

Es un golpe bajo. El olor a tierra mojada, a hojas de vid pudriéndose con la dignidad del otoño, a humo de chimenea y a algo más profundo que no tiene nombre pero que reconozco en los huesos. El olor de antes. De cuando Lucas vivía y yo era otra persona y todo tenía sentido aunque no fuera perfecto.

Conduzco por el camino de grava con las manos demasiado apretadas en el volante. El coche de alquiler huele a ambientador químico que no consigue tapar mis propios nervios. A través del parabrisas, las viñas se extienden en filas perfectas, desnudas para el invierno, esperando.

Siempre esperando.

La casa aparece entre los árboles y algo se contrae en mi pecho. Piedra del siglo XVI, ampliaciones que nunca encajaron del todo, ventanas que parecen ojos juzgando. Mi padre quería modernizar sin perder el carácter. El resultado es un monstruo de Frankenstein arquitectónico.

Como esta familia.

Aparco junto a una camioneta vieja que no reconozco. Salgo. El aire de noviembre me muerde las mejillas, me llena los pulmones de tierra húmeda y promesas rotas. Cierro los ojos un segundo.

Error.

Porque con los ojos cerrados veo a Lucas. Catorce años, corriendo entre las viñas, gritándome que lo persiga. Diecisiete, enseñándome a conducir el tractor aunque papá lo había prohibido. Veintidós, la noche antes de morir, diciendo algo que no consigo recordar por más que lo intento.

Abro los ojos.

—Pensé que no vendrías.

Me giro.

Y el pasado me golpea en la cara.

Martín Soler tiene treinta años y el aspecto de alguien que ha trabajado la tierra toda su vida porque es exactamente lo que ha hecho.

Hombros anchos bajo una camisa de franela que ha visto mejores tiempos. Manos grandes, callosas, con tierra bajo las uñas que ninguna cantidad de jabón consigue eliminar del todo. Pelo castaño que necesita un corte y barba de tres días que parece más descuido que elección. Y ojos.

Dios, esos ojos.

Color miel cuando les da la luz. Más oscuros ahora, bajo las nubes. Me miran como si estuvieran viendo algo que creían perdido para siempre.

—Martín.

Su nombre me sale antes de poder pensarlo. Cargado de demasiadas cosas. El mejor amigo de Lucas. Prácticamente un hermano más durante toda mi adolescencia. El chico que me enseñó a montar en bicicleta porque mi padre estaba demasiado ocupado y Lucas demasiado impaciente. El hombre que no he visto desde que huí.

—Vera.

Da un paso hacia mí. Luego se detiene. Como si no estuviera seguro de tener permiso para acercarse más.

—Estás... —Traga. La nuez de Adán sube y baja—. Estás igual.

—Mentiroso.

Una sonrisa. Pequeña, tímida, que me recuerda al chico de dieciséis años que se sonrojaba cuando lo pillaba mirándome.

—Vale. Estás mejor. Más... —busca la palabra— más tú.

No sé qué significa eso. No sé quién era yo antes como para comparar. La Vera de antes del accidente es una desconocida. Una extraña que vivía en mi cuerpo y que murió en aquella carretera junto con mi hermano.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí. Bueno, no exactamente aquí. Tengo mi propia bodega ahora, al otro lado del valle. —Se rasca la nuca. Gesto que recuerdo de hace años—. Pero echo una mano con la vendimia cuando hace falta. Tu padre me llamaba a veces.

Mi padre llamaba al mejor amigo de su hijo muerto.

No sé dónde colocar esa información. No encaja con nada de lo que creía saber.

—No sabía que seguías en contacto con él.

—Hay muchas cosas que no sabes. —Lo dice sin acusación. Solo como hecho—. Te fuiste nueve años, Vera. Es normal que las cosas hayan cambiado.

Tiene razón. Y eso me jode, porque no quiero que tenga razón. No quiero que nadie tenga derecho a reprocharme nada cuando huir fue la única forma de sobrevivir.

—Tenía que irme.

—Lo sé.

—No podía quedarme aquí con todo lo que...

—Lo sé, Vera. —Hay algo en su voz. Algo pesado, oxidado, que lleva demasiado tiempo guardado—. Nadie te culpa.

Yo sí, pienso. *Yo me culpo cada puto día*. Pero eso no lo digo.

—¿Viniste al funeral?

—Sí. Te vi. —Pausa—. No quise acercarme. No sabía si querrías hablar conmigo.

Hay algo vulnerable en la forma en que lo dice. Martín siempre fue así. Grande y fuerte por fuera, blando por dentro. Lucas solía burlarse de él. *Tienes corazón de mantequilla, tío*, decía, y Martín se sonrojaba y cambiaba de tema.

—¿Por qué no iba a querer hablar contigo?

Se encoge de hombros. Mira hacia las viñas.

—Porque soy parte de todo esto. De esta tierra. De lo que pasó. —Silencio—. De Lucas.

El nombre de mi hermano cuelga entre nosotros. Un tercer fantasma en esta conversación.

—Era tu mejor amigo.

—Sí.

—¿Lo echas de menos?

—Cada día. —Sus ojos vuelven a mí. Hay algo en ellos que no consigo descifrar. Algo que parece dolor pero también otra cosa. ¿Culpa? ¿Miedo?—. Pero no tanto como tú, imagino.

No sé si lo echo de menos. No sé si lo que siento es dolor o culpa o un agujero negro que devora todo lo demás. Hay un vacío donde debería estar mi hermano, pero no sé si es su ausencia o la mía propia.

Caminamos.

No sé cuándo empezamos ni hacia dónde vamos. Simplemente caminamos entre las viñas porque es más fácil que estar quietos, porque el movimiento llena los silencios que ninguno de los dos sabe cómo romper.

Las cepas desnudas se extienden a nuestro alrededor como dedos esqueléticos. El cielo sigue encapotado, amenazando una lluvia que

no termina de caer. Todo está suspendido. Esperando.

—Has hecho una vida en Burdeos —dice.

No es pregunta.

—Algo así.

—Elena me cuenta cosas a veces. Dice que eres brillante. Que trabajas en una bodega importante, que has ganado premios.

—Elena exagera.

—Elena nunca exagera. Es la persona más brutalmente honesta que conozco.

Tiene razón. Elena no sabe mentir. Es su peor defecto y su mejor cualidad.

—¿Y tú? ¿Tu bodega va bien?

—Sobrevive. Es pequeña, pero es mía. —Hay orgullo en su voz. El mismo que tenía Lucas cuando hablaba de los vinos que quería hacer algún día—. Hago lo que me gusta, no lo que el mercado dicta.

—Suena muy a Lucas.

Se detiene. Me mira.

—Aprendí del mejor.

Y ahí está otra vez. El fantasma de mi hermano flotando entre nosotros como niebla.

—Martín.

—¿Sí?

—¿Qué pasó esa noche?

Se tensa. Es sutil —un endurecimiento de los hombros, una pausa en la respiración— pero lo veo. He pasado nueve años aprendiendo a leer a la gente porque es más fácil que dejar que me lean a mí.

—Fue un accidente, Vera. Lucas conducía demasiado rápido. Perdió el control.

—Eso ya lo sé. Pero hay algo más. Algo que nadie me ha contado.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque mi madre me dice que mi padre tenía sus razones para todo. Porque Adrián Vega apareció en el funeral como si estuviera esperando algo. Porque mi padre le dejó la mitad de la bodega a un hombre que debería odiarnos. —Doy un paso hacia él—. ¿Qué está pasando, Martín? ¿Qué me están ocultando?

Silencio.

Largo. El tipo de silencio que dice más que cualquier palabra.

—Hay cosas que es mejor no remover.

—No me vengas con eso.

—Es la verdad. Algunas puertas, una vez que las abres... —Se pasa una mano por el pelo—. Pregúntale a tu madre. Ella puede explicártelo mejor que yo.

—Mi madre no me cuenta nada.

—Quizá porque no estás lista para escucharlo.

Eso me golpea. Porque es exactamente lo que dijo Adrián. Las mismas putas palabras.

—¿Quién decide eso? ¿Tú? ¿Ella? ¿El fantasma de mi padre?

—Vera... —Su voz se suaviza. Da un paso hacia mí. Levanta una mano como para tocarme el brazo, pero se detiene a medio camino —. Lo siento. Lo siento muchísimo. Por todo.

Hay algo roto en sus palabras. Algo que va más allá de la disculpa superficial.

—¿Por qué lo sientes?

—Porque debería haber estado ahí. Esa noche. —Cierra los ojos. Cuando los abre, hay algo húmedo en ellos que intenta esconder—. Debería haber evitado que Lucas cogiera el coche. Estaba... estaba muy alterado. Fuera de control. Y yo llegué tarde.

—¿Llegaste tarde?

—Veinte minutos. —Las palabras suenan como cristales rotos—. Veinte minutos antes y habría podido pararlo.

Veinte minutos.

Una vida entera condensada en veinte minutos.

—No fue tu culpa.

—No. —Una sonrisa que parece dolor—. Supongo que no fue culpa de nadie.

Pero la forma en que lo dice. La forma en que evita mis ojos. Me hace pensar que hay algo más. Algo que guarda tan hondo que ni siquiera él puede mirarlo.

Seguimos caminando.

El viento ha empezado a soplar, trayendo olor a lluvia inminente. Las nubes se han vuelto más oscuras, más densas. Como si el cielo estuviera preparándose para llorar.

—¿Por qué no viniste al funeral de Lucas?

La pregunta me sale sin pensar. Lleva años guardada en algún rincón de mi memoria, esperando.

Martín se detiene.

—Fui.

—No te vi.

—Me quedé atrás. —Su voz es apenas un susurro—. No podía... no podía mirarte a los ojos.

—¿Por qué?

No responde. Solo me mira con esos ojos color miel que de pronto parecen más oscuros, más pesados. Como si cargaran con algo que no puede soltar.

—Lucas habría querido que te cuidara —dice finalmente—. Que estuviera ahí para ti. Y fallé. No estuve cuando me necesitaste.

—No necesitaba que nadie me cuidara.

—Todos necesitamos eso. —Da un paso hacia mí—. Incluso tú.

Debería discutirlo. Debería mantener mis muros intactos. Pero hay algo en la forma en que me mira —como si pudiera ver a través de todas mis defensas, como si recordara a la persona que era antes de romperme— que me desarma.

—No tenías que venir al funeral de mi padre.

—Lucas habría querido que viniera.

—Lucas está muerto.

—Lo sé. —Pausa—. Pero eso no significa que haya dejado de importar lo que habría querido.

Nos miramos. El viento mueve las ramas desnudas. Hay algo en este momento —frágil, suspendido, lleno de posibilidades que no quiero examinar— que me hace sentir más presente de lo que me he sentido en años.

—Y quería verte.

Cinco palabras. Sin adornos. Sin disculpas.

Pero la forma en que las dice —como si le costara, como si las hubiera guardado durante mucho tiempo— me quita el aire de una forma que no esperaba.

No sé qué responder.

Así que no respondo nada.

Y los dos nos quedamos ahí, entre los fantasmas de viñas muertas, sin saber qué hacer con todo lo que no estamos diciendo.

Empieza a llover cuando llegamos a la casa.

Gotas gruesas, pesadas, que golpean la tierra reseca con algo que suena casi a alivio. Como si el cielo llevara demasiado tiempo conteniendo algo que ya no podía guardar más.

Nos refugiamos bajo el porche. El agua forma cortinas que nos separan del mundo.

—Debería irme —dice Martín.

—Está diluviando.

—He conducido bajo peores cosas.

—Quédate. —Me sorprendo a mí misma diciéndolo—. Mi madre ha organizado una cena. Algo sobre negociar con Adrián Vega. Podrías... —trago— podrías quedarte.

Martín me mira. Hay algo en su expresión que no consigo leer.

—¿Quieres que me quede?

Sí. No. No lo sé.

Lo que sé es que no quiero enfrentar a Adrián sola. Lo que sé es que Martín se siente como tierra firme en medio de un terremoto. Lo que sé es que hay algo entre nosotros que nunca nombramos cuando éramos jóvenes y que ahora, nueve años después, sigue ahí. Esperando.

Como todo en este maldito lugar.

—No quiero estar sola esta noche.

Es lo más honesto que he dicho en años.

Martín asiente. Despacio. Como si estuviera tomando una decisión que va mucho más allá de quedarse a cenar.

—Entonces me quedo.

La lluvia sigue cayendo. Dentro de la casa, espera mi madre con sus secretos. Y en algún lugar de esta noche, Adrián Vega con los suyos.

Pero por un momento —solo por un momento— no estoy completamente sola.

Y eso, aunque sea temporal, aunque sea mentira, es suficiente.

Por ahora.

4

CENA CON EL ENEMIGO

Adrián Vega llega a las ocho en punto.

Porque claro que llega puntual. Es el tipo de hombre que usa la precisión como arma. Que sabe exactamente cuánto tiempo dejarte esperando y cuándo aparecer para demostrar que él controla el reloj.

Lo oigo antes de verlo. El motor de un coche caro apagándose en la grava. Una puerta cerrándose con ese sonido sólido de los vehículos que cuestan más que una casa. Pasos en el porche.

A mi lado, Martín se tensa.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

No lo está. Tiene la mandíbula apretada y los nudillos blancos alrededor de la copa de vino que no ha probado. Pero no le pregunto más porque la puerta se abre y mi madre aparece guiando a nuestro invitado como si esto fuera una cena normal entre personas que no se odian.

—Adrián, gracias por venir. Ya conoces a mi hija. Y este es Martín Soler, un viejo amigo de la familia.

Viejo amigo de la familia.

No *el mejor amigo de mi hijo muerto*. No *el chico que creció en esta casa*. Viejo amigo. Como si pudiera reducirse a eso.

Adrián entra en el salón y todo cambia.

No sé cómo explicarlo. Es como si el aire se espesara. Como si la habitación se encogiera varios metros. Lleva un jersey negro de cuello alto que hace que sus ojos parezcan aún más oscuros, el pelo húmedo por la lluvia, y esa forma de moverse que parece calculada para ocupar más espacio del que le corresponde.

Sus ojos me encuentran primero. Un segundo. Dos. Algo que podría ser diversión cruza su rostro.

Luego mira a Martín.

Y la temperatura baja diez grados.

—Soler.

—Vega.

Se conocen.

No sé por qué me sorprende. Este valle es pequeño, las familias bodegueras se conocen todas, los secretos viajan con el viento entre las viñas. Pero hay algo en la forma en que se miran —evaluándose, midiéndose, con el tipo de tensión que solo existe entre personas que tienen historia— que me pone los nervios de punta.

—No sabía que estabas de vuelta —dice Adrián.

—Nunca me fui.

—Cierto. Solo te escondiste.

Martín da un paso adelante. Solo uno. Pero es suficiente para que mi madre intervenga con esa voz de anfitriona que no admite réplica.

—La cena está lista. ¿Pasamos al comedor?

No es pregunta.

El comedor de la finca lleva décadas sin cambiar.

Mesa de roble para doce personas que mi padre compró en una subasta en Bilbao. Sillas tapizadas en terciopelo granate que mi madre odia pero nunca se atrevió a cambiar. Candelabros de plata que necesitan pulirse. Y en las paredes, retratos de Mendozas

muertos que nos miran con esa expresión de desaprobación que parece genética.

Mi madre se sienta en la cabecera. Adrián a su derecha. Yo a su izquierda. Y Martín a mi lado, lo suficientemente lejos de Adrián para que no puedan matarse sin levantarse primero.

Disposición estratégica. Mi madre no hace nada por accidente.

La criada —Asunción, que lleva en esta casa más años que yo— sirve el primer plato con manos temblorosas. Sopa. Porque aparentemente vamos a fingir que esto es civilizado.

—Entonces —dice Adrián, cogiendo la cuchara—, ¿vamos a hablar de negocios o vamos a seguir fingiendo que esta cena tiene otro propósito?

Mi madre ni parpadea.

—Prefiero cenar primero. Los negocios sientan mejor con el estómago lleno.

—Como quieras. —Adrián prueba la sopa. Asiente casi imperceptiblemente—. Excelente. ¿Cocinera nueva?

—La misma de siempre.

—Ah. Entonces supongo que la última vez que cené aquí estaba demasiado distraído para apreciarlo.

Me atraganto.

—¿Has cenado aquí antes?

Adrián me mira. Esa sonrisa que no llega a los ojos.

—Muchas veces. Antes de todo. —Una pausa calculada—. Tu padre y el mío eran muy cercanos, Vera. Casi como hermanos.

—Hasta que tu padre lo estafó.

—*Vera*. —Mi madre. Tono de advertencia.

—¿Qué? Es la verdad. ¿O eso también forma parte de las cosas que nadie me ha contado?

El silencio que sigue es denso como alquitrán.

Adrián deja la cuchara. Se reclina en la silla. Me estudia con una atención que me hace sentir diseccionada.

—¿De verdad quieres tener esta conversación ahora?

—Quiero tenerla desde que llegué.

—Bien. —Se inclina hacia adelante—. Mi padre no estafó a nadie. Mi padre fue el chivo expiatorio de un fraude que benefició a otros. Fue a prisión para proteger a alguien. Y murió allí sin delatar a nadie. ¿Quieres adivinar a quién protegía?

No respondo.

No hace falta.

—Adrián. —Mi madre otra vez. Pero ahora su voz suena diferente. Quebrada en los bordes—. Este no es el momento.

—¿Cuándo es el momento, Carmen? ¿Cuándo vas a dejar que tu hija sepa la verdad sobre el hombre que acaba de enterrar?

La silla de Martín chirría contra el suelo.

—Creo que deberías callarte.

Adrián gira la cabeza hacia él. Despacio. Como un depredador que acaba de notar un movimiento en la periferia.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Interesante. Considerando que tú también tienes cosas que callar.

La frase cae como un hachazo.

Miro a Martín. Está pálido. Más pálido de lo que lo he visto nunca. Y hay algo en sus ojos —miedo, sí, pero también otra cosa, algo que se parece demasiado a la culpa— que me revuelve el estómago.

—¿De qué está hablando?

Mi voz suena lejana. Como si perteneciera a otra persona.

—De nada. —Martín. Demasiado rápido—. Vega no sabe de qué habla.

—¿No? —Adrián sonríe. Es una sonrisa terrible. Llena de dientes—. Pregúntale qué hacía la noche que murió tu hermano, Vera. Pregúntale dónde estaba exactamente. Y con quién.

El mundo se detiene.

O quizá soy yo la que se detiene. No estoy segura. Solo sé que de pronto no puedo respirar, que la habitación da vueltas, que todo lo que creía saber se está desmoronando bajo mis pies como arena.

—Martín.

Me mira. Y en sus ojos veo la respuesta antes de que abra la boca.

—No es lo que piensas.

—¿Qué es entonces?

—Vera, por favor...

—¿*Qué es entonces*?

Mi madre interviene.

—Ya basta. —Se levanta. Las manos le tiemblan pero la voz es acero —. Esta conversación ha terminado.

—No. —Yo también me levanto. Algo se ha roto dentro de mí. Algo que llevaba nueve años manteniéndose apenas unido—. No ha terminado. Llevo toda mi vida aceptando medias verdades y silencios. Se acabó.

Miro a Martín.

—¿Dónde estabas esa noche?

Silencio.

—Contéstame.

—Con Lucas. —La voz le sale estrangulada—. Estuve con Lucas hasta... hasta una hora antes del accidente.

—Me dijiste que llegaste tarde. Veinte minutos tarde.

—Llegué tarde a *pararlo*. Pero estuve con él antes. Discutimos. —Traga—. Lucas... Lucas descubrió algo esa noche. Sobre tu padre. Sobre los negocios. Y estaba furioso. Quería ir a confrontarlo y yo intenté detenerlo, pero no pude. Me fui a casa pensando que se calmaría. Y cuando volví...

—Cuando volviste ya estaba muerto.

No es pregunta.

Martín cierra los ojos.

—Sí.

Debería sentir algo. Rabia. Dolor. Traición. Pero solo hay vacío. Un agujero negro donde solían estar todas las certezas que me mantenían en pie.

—¿Qué descubrió Lucas?

Martín abre la boca.

—Que tu padre destruyó al mío para salvar la bodega.

Adrián. Por supuesto. Porque él es el único dispuesto a decir las cosas en voz alta.

Me giro hacia él.

—Explícate.

—Hace quince años, la bodega estaba al borde de la quiebra. Tu padre y el mío habían hecho inversiones arriesgadas. Ilegales, algunas. Cuando las cosas se torcieron, alguien tenía que pagar. —Pausa—. Mi padre pagó. El tuyo lo dejó caer.

—¿Y Lucas?

—Lucas encontró los papeles. Cartas entre nuestros padres. Contratos. Pruebas. —Adrián me mira con algo que podría ser compasión si no fuera tan afilado—. Tu hermano murió yendo a confrontar a tu padre con la verdad.

La habitación da vueltas.

Mi padre.

Lucas.

Todo conectado. Todo podrido desde la raíz.

—Vera. —Mi madre. Pero no la miro. No puedo mirarla—. Tienes que entender que fue más complicado. Tu padre hizo lo que tenía que hacer para proteger a la familia.

—¿Proteger a la familia? —Me río. Es un sonido horrible, roto—. Lucas está muerto. Yo llevo nueve años huyendo. ¿Eso es proteger?

—Hay cosas que no entiendes...

—Entonces *hazme entender*. Por una vez en tu vida, dime la verdad.

Mi madre me mira. Y por primera vez desde que llegué, veo algo real detrás de su máscara. Algo que se parece al miedo.

—Tu padre tenía sus razones.

Esa frase. Otra vez. Esa maldita frase.

—Me voy.

No sé adónde. No sé cómo. Solo sé que si me quedo un segundo más en esta habitación llena de mentirosos voy a romper algo. Probablemente yo misma.

El pasillo está oscuro.

Camino sin ver, chocando con muebles, con paredes, con los fantasmas de todas las cenas que pasamos aquí fingiendo ser una familia normal. La puerta principal está al final. Si la alcanzo, si salgo, si corro lo suficientemente lejos...

—Vera.

No es Martín.

No es mi madre.

Me detengo. No me giro.

—Déjame en paz.

—No puedo hacer eso.

Pasos detrás de mí. Acercándose. Y entonces Adrián está ahí, bloqueándome el paso, tan cerca que puedo sentir el calor que desprende su cuerpo en el aire frío del pasillo.

—Muévete.

—No.

—He dicho que te muevas.

—Y yo he dicho que no. —Su voz es casi suave. Casi—. ¿A dónde vas a ir, Vera? ¿A Burdeos? ¿Vas a seguir huyendo otros nueve años?

—No estoy huyendo. Estoy...

—¿Qué? ¿Procesando? ¿Necesitando espacio? —Da un paso más cerca. Y otro. Hasta que mi espalda toca la pared y no tengo adónde ir—. Huir es exactamente lo que haces. Es lo único que sabes hacer.

—No me conoces.

—Te conozco mejor de lo que crees. —Su mano se apoya en la pared, junto a mi cabeza. No me toca. No hace falta. El espacio entre nosotros arde—. Conozco a personas como tú. Que prefieren el vacío al dolor. Que corren para no tener que sentir.

—Vete a la mierda.

—Ya estoy ahí. —Una sonrisa oscura—. Pero al menos yo miro a los demonios a la cara.

Debería empujarlo. Debería gritarle. Debería hacer cualquier cosa excepto quedarme aquí, atrapada entre su cuerpo y la pared, respirando su olor —madera, lluvia, algo que quema— y sintiendo cómo el corazón me late en lugares donde no debería.

—¿Qué quieres de mí?

La pregunta sale rota. Desnuda.

Adrián me estudia. Sus ojos recorren mi cara como si buscara algo. La respuesta a una pregunta que no ha formulado.

—Quiero que te quedes.

—¿Por qué?

—Porque necesito a alguien que quiera la verdad tanto como yo. —Su voz baja. Se vuelve casi íntima—. Porque no voy a hacer esto solo.

—¿Hacer qué?

—Descubrir qué pasó realmente. Todo. Incluido lo de tu hermano.

Lucas.

El nombre me atraviesa como un cuchillo.

—El accidente...

—¿Fue un accidente? —Adrián inclina la cabeza. Está tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos, las sombras bajo sus pómulos, la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda—. ¿Estás segura?

No.

No estoy segura de nada.

—Mi hermano murió hace nueve años.

—Y nadie ha hecho las preguntas correctas. —Pausa—. Hasta ahora.

El aire entre nosotros está cargado de algo que no quiero nombrar. Tensión. Peligro. Y otra cosa. Algo que vibra bajo la superficie como electricidad antes de una tormenta.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—No deberías. —Sonríe. Es la primera vez que parece genuino—. Pero tampoco deberías confiar en nadie más. Al menos yo soy honesto sobre lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

Se acerca. Un centímetro más. Su aliento roza mi mejilla.

—Justicia. Para mi padre. Para el tuyo, aunque no se la merezca. —Pausa—. Y quizá, cuando todo esto termine, saber si tú eres como ellos o si hay algo en ti que merece la pena salvar.

Debería ofenderme.

No lo hago.

Porque es la primera persona que me habla como si pudiera soportar la verdad.

—No soy como mi padre.

—Todavía no lo sé. —Se aparta. El aire frío llena el espacio donde estaba su calor—. Pero tenemos cinco años para descubrirlo.

Me deja ahí.

Temblando contra la pared, con el corazón desbocado y la certeza terrible de que acabo de cruzar una línea invisible.

Y de que no hay forma de volver atrás.

5

BODEGA

No duermo.

Paso la noche mirando el techo de la habitación que fue mía hace una vida, contando las grietas en el yeso como si fueran las mentiras que me han contado. Hay demasiadas para terminar. Cuando amanece tengo los ojos secos y la cabeza llena de preguntas que nadie quiere responder.

Lucas murió yendo a confrontar a nuestro padre.

Esa frase no deja de repetirse. Un disco rayado. Un clavo oxidado que se hunde más con cada vuelta.

Mi hermano sabía. Encontró la verdad y lo mató. No el coche, no la carretera, no la velocidad. La verdad. La maldita verdad que todos llevan años ocultándome como si yo fuera una niña incapaz de soportarla.

Me levanto antes de que salga el sol. La casa está en silencio. Mi madre no ha intentado hablar conmigo desde que me encerré aquí anoche, y no sé si es cobardía o estrategia. Con ella nunca se sabe.

Me ducho con agua demasiado caliente. Me visto con lo primero que encuentro. Bajo las escaleras evitando los peldaños que crujen porque no quiero ver a nadie, no quiero explicar nada, no quiero fingir que estoy bien cuando todo lo que creía saber sobre mi vida acaba de convertirse en ceniza.

La bodega.

Si voy a quedarme —y al parecer no tengo opción— necesito ver qué es exactamente lo que he heredado. Qué es lo que mi padre construyó sobre los huesos del padre de Adrián. Qué vale este legado manchado de sangre.

. . .

Las Bodegas Mendoza ocupan un edificio de piedra del siglo XVIII que mi bisabuelo compró por cuatro duros y mi padre convirtió en un monumento a su propio ego.

Ladrillo visto, vigas de roble, barricas apiladas como soldados en formación. Huele a roble tostado, a uva fermentada, a tiempo. Cuando era niña me parecía un lugar mágico. Ahora solo veo sombras.

El encargado —Antonio, un hombre de sesenta años que lleva aquí desde antes de que yo naciera— me mira como si hubiera visto un fantasma.

—Señorita Vera.

—Antonio.

—No sabíamos que vendría tan temprano.

—Yo tampoco.

Me mira como esperando instrucciones. Yo no tengo ninguna. Solo quiero caminar entre estas paredes, tocar estas barricas, intentar entender qué coño estoy haciendo aquí.

—¿Dónde está el despacho de mi padre?

—Arriba. Pero... —vacila— el señor Vega ya está allí.

Por supuesto que sí.

El despacho de mi padre huele a él.

Es un golpe que no esperaba. Cuero, tabaco, ese aftershave caro que usaba desde que tengo memoria. Tres días muerto y su presencia sigue impregnando cada superficie, cada libro, cada maldito centímetro de esta habitación.

Adrián está detrás del escritorio.

No sentado. De pie. Revisando papeles con una concentración que parece diseñada para ignorar mi llegada.

—Llegas tarde.

—Son las siete de la mañana.

—Yo llegué a las seis.

No le doy la satisfacción de una respuesta. Entro en el despacho y miro a mi alrededor, intentando reconciliar este espacio con el hombre que acaban de enterrar. Estanterías llenas de premios y reconocimientos. Fotos con políticos y empresarios. Una imagen de Lucas y yo de niños que me aprieta el pecho hasta que no puedo respirar.

—¿Has dormido?

La pregunta me pilla desprevenida.

—¿Desde cuándo te importa?

—Desde que somos socios. —Finalmente levanta la vista. Sus ojos me recorren con esa precisión clínica que ya empiezo a reconocer—. Pareces a punto de desmayarte.

—Estoy bien.

—Mentirosa.

—Gilipollas.

Una sombra de sonrisa cruza su cara. Se la traga antes de que termine de formarse.

—Siéntate. Tenemos que hablar de números.

—No quiero hablar de números. Quiero hablar de Lucas.

La atmósfera cambia. El aire se espesa como antes de una tormenta.

—Anoche dijiste...

—Sé lo que dije.

—Dijiste que no fue un accidente. ¿Qué significa eso?

Adrián deja los papeles. Rodea el escritorio. Se apoya en el borde, a menos de un metro de donde estoy de pie, y cruza los brazos sobre el pecho.

—Pregunté si estabas segura de que fue un accidente. No es lo mismo.

—No juegues conmigo.

—No estoy jugando. —Sus ojos encuentran los míos. Hay algo en ellos que no había visto antes. Algo que podría ser respeto—. Pero hay cosas que necesitas descubrir por ti misma.

—¿Por qué?

—Porque si te lo cuento todo, no me creerás. Necesitas ver las pruebas. Sacar tus propias conclusiones.

—¿Qué pruebas?

Silencio. Largo. Pesado.

—Las mismas que encontró tu hermano.

. . .

Las cartas están en una caja fuerte detrás de un cuadro.

Porque claro que mi padre tenía una caja fuerte secreta. Porque claro que guardaba ahí las pruebas de su propia traición. Era un hombre que documentaba todo, incluso sus pecados.

Adrián conoce la combinación.

Eso debería sorprenderme, pero a estas alturas ya nada lo hace.

—¿Cómo la sabes?

—Tu padre me la dio.

—¿Perdona?

—Hace seis meses. Vino a verme a Madrid. —Adrián abre la caja mientras habla. Sus manos se mueven con la seguridad de alguien que ha hecho esto antes—. Quería... no sé. ¿Confesarse? ¿Pedir

perdón? Llevaba años intentando contactar conmigo y yo siempre lo rechazaba. Pero esa vez parecía diferente. Enfermo. Desesperado.

—Mi padre murió de un infarto.

—Tu padre llevaba dos años con un cáncer terminal que no le contó a nadie excepto a mí.

Otra mentira. Otra capa de engaño. Ya debería estar acostumbrada, pero cada nueva revelación me arranca un pedazo de piel.

—¿Por qué a ti? ¿Por qué no a su familia?

—Porque yo era el único que podía absolverlo. Y el único que nunca lo haría.

Saca un fajo de papeles de la caja. Cartas. Contratos. Documentos bancarios. Los deja sobre el escritorio con cuidado, como si fueran explosivos.

Probablemente lo son.

—Esto es lo que encontró Lucas —dice—. Correspondencia entre nuestros padres durante años. Acuerdos. Pagos. Pruebas de que el fraude fue cosa de ambos, pero solo el mío fue a prisión.

Cojo una carta al azar. La letra de mi padre, esa caligrafía puntiaguda que reconocería en cualquier parte.

Ricardo: Los auditores vienen el lunes. Necesito que te lleves los libros. Sé lo que te estoy pidiendo, pero no hay otra opción. Si esto sale a la luz, caemos los dos.

Las manos me tiemblan.

—Esto...

—Sigue leyendo.

Hay más. Docenas de cartas que cuentan una historia de corrupción, miedo y traición. Mi padre pidiéndole a Ricardo que asumiera la culpa. Prometiéndole que cuidaría de su familia. Jurándole que lo sacaría de prisión.

Promesas que nunca cumplió.

—Tu padre dejó que el mío se pudriera en la cárcel —dice Adrián. Su voz es neutra, pero hay algo debajo. Algo que arde—. Dejó de pagarle a los abogados. Dejó de responder sus llamadas. Y cuando murió, ni siquiera fue al funeral.

—No sabía...

—Claro que no. Tenías dieciocho años y estabas demasiado ocupada llorando a tu hermano. —No hay acusación en sus palabras. Solo hechos—. Pero ahora lo sabes.

Ahora lo sé.

Mi padre era un monstruo.

No el tipo de monstruo que aparece en las películas. Peor. El tipo que besa a sus hijos por la noche y luego destruye vidas durante el día. El tipo que sonríe para las cámaras mientras hunde a su mejor amigo. El tipo que te hace creer que eres querida mientras te miente en la cara.

—¿Qué quieres de mí?

La pregunta sale ronca. Rota.

—Ya te lo dije. Justicia.

—¿Cómo? ¿Destruyendo la bodega? ¿Arruinando a mi familia?

—No. —Se acerca. Un paso. Solo uno, pero de pronto está demasiado cerca y no tengo adónde retroceder—. Reconstruyéndola. Limpiando lo que tu padre ensució. Devolviendo el nombre de mi padre a donde pertenece.

—¿Y Lucas? ¿Qué tiene que ver Lucas con todo esto?

Silencio.

—Tu hermano encontró estas cartas la noche que murió. —Adrián habla despacio, como si eligiera cada palabra con pinzas—. Discutió con Martín. Luego cogió el coche para ir a confrontar a tu padre.

—Y se estrelló.

—Y se estrelló. —Pausa—. En una carretera que conocía de memoria. En un coche que acababa de pasar la ITV. En una noche sin lluvia ni niebla.

El corazón me late en los oídos.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada. Solo señalo coincidencias. —Sus ojos no se apartan de los míos—. Tu hermano iba a destruir a tu padre. Y esa noche murió. Tu padre pasó los siguientes nueve años con estas cartas en una caja fuerte, sin destruirlas. ¿Por qué crees que las guardó?

No lo sé.

No sé nada.

—Quizá como prueba —continúa Adrián—. Quizá como seguro. Quizá porque la culpa no le dejaba destruirlas.

—¿Culpa por qué?

—Eso es lo que vamos a descubrir.

Pasamos las siguientes tres horas revisando papeles.

No hay más conversación profunda. Solo trabajo. Él me explica las finanzas de la bodega —que son un desastre, porque aparentemente mi padre era mejor manipulador que empresario—. Yo asiento sin escuchar, con la mente en otra parte, en una carretera oscura hace nueve años donde todo cambió.

Es extraño estar aquí con él. Extraño y perturbador e incómodo de formas que no puedo nombrar.

Debería odiarlo. Él ha venido a destrozar lo poco que quedaba de mi familia, a remover cenizas que yo había decidido dejar enterradas. Pero cada vez que lo miro veo a alguien que perdió tanto como yo. Más, quizá. Él perdió a su padre por culpa del mío. Yo al menos tuve uno, aunque fuera un mentiroso.

—Estás mirándome.

Mierda.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En que esto es muy raro.

—¿El qué exactamente? —Levanta una ceja—. ¿Heredar una bodega con el hijo del hombre que tu padre traicionó? ¿O descubrir que toda tu vida ha sido una mentira?

—Todo.

Suelta algo que podría ser una risa si no sonara tan amargo.

—Bienvenida al club.

Me mira. Y por un segundo —solo un segundo— no veo al depredador. Veo al niño que tuvo que ver cómo se llevaban a su padre. Al adolescente que creció con ese peso. Al hombre que ha pasado quince años construyendo una venganza ladrillo a ladrillo.

—¿Cómo lo soportaste?

—¿El qué?

—Perder a tu padre así. Saber que era inocente y no poder hacer nada.

Su expresión se cierra. Es como ver una puerta de acero bajando.

—No lo soporté. Me rompió. —Pausa—. Pero hay formas de usar las piezas rotas.

—¿Como armas?

—Como cimientos.

No sé qué responder a eso. Así que no respondo nada.

Pero algo ha cambiado en la forma en que lo veo. Algo pequeño. Una grieta en el muro que había construido a su alrededor.

Y las grietas son peligrosas.

Porque una vez que empiezan, no paran hasta que todo se derrumba.

. . .

A mediodía bajo a la sala de barricas.

Necesito aire. Espacio. Un momento sin Adrián ocupando cada centímetro de oxígeno disponible.

La sala está en el sótano. Techo abovedado, piedra fría, hileras de barricas que se pierden en la penumbra. El olor aquí es más intenso: vino joven fermentando, roble, algo mineral que viene de las paredes mismas.

Lucas me trajo aquí una vez.

Tendría yo quince años. Él diecinueve. Me robó una copa de la cocina y la llenó directamente de una barrica, con la canilla que usaban para las catas.

—*Prueba esto*, dijo. *Es el futuro. Nuestro futuro. Tuyo y mío.*

El vino estaba áspero, sin terminar. Pero Lucas sonreía como si me estuviera mostrando el secreto del universo.

No hubo futuro para él.

—No deberías estar aquí sola.

Me giro. Adrián está en la entrada, silueta recortada contra la luz del pasillo.

—¿Me estás siguiendo?

—Es mi bodega también. Tengo derecho a estar aquí.

—Tu mitad está arriba, en los libros de cuentas.

—Mi mitad está en todas partes. —Baja los escalones. Sus pasos resuenan en la piedra—. Igual que la tuya.

Debería subir. Alejarme. Poner distancia entre su cuerpo y el mío porque algo está pasando aquí, algo que no debería estar pasando, algo que me hace sentir más viva de lo que me he sentido en años.

No me muevo.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto?

—¿Con qué? ¿La bodega? ¿Los secretos? —Se detiene a un par de metros. La penumbra le oculta la mitad del rostro—. ¿O con lo que sea que hay entre nosotros?

—No hay nada entre nosotros.

—¿No?

—No.

—Entonces ¿por qué tu pulso se ha acelerado? ¿Por qué no puedes mirarme a los ojos?

Lo miro a los ojos. Por puro desafío. Por demostrar que se equivoca.

Error.

Porque sus ojos son oscuros como el vino en estas barricas, profundos como el sótano que nos rodea, y hay algo en ellos —hambre, reconocimiento, una pregunta que no formula— que me quita el aire.

—Esto es una mala idea.

—Todo lo que hacemos juntos es una mala idea. —Da otro paso—. Pero eso no parece detenerte.

—Adrián...

—Es la primera vez que dices mi nombre.

Mierda. Tiene razón. Hasta ahora siempre ha sido «Vega» o «tú» o «gilipollas». Nunca su nombre. Nunca esa intimidad.

—No significa nada.

—Todo significa algo. —Está cerca ahora. Demasiado cerca. Puedo ver las sombras bajo sus ojos, la tensión en su mandíbula, el pulso latiendo en su cuello—. Especialmente las cosas que decimos que no significan nada.

El aire entre nosotros arde.

Y entonces —porque el universo tiene un sentido del humor retorcido— mi teléfono suena.

Martín.

El nombre en la pantalla me devuelve a la realidad como una bofetada.

—Tengo que contestar.

Adrián retrocede. Un paso. La distancia que debería haber mantenido desde el principio.

—Claro. —Su voz es neutra otra vez. Como si los últimos minutos no hubieran pasado—. Contéstale a Soler. Estoy seguro de que tiene mucho que explicar.

Se da la vuelta. Sube las escaleras. Desaparece.

Y yo me quedo en la penumbra, con el teléfono vibrando en la mano, sintiendo que acabo de esquivar algo inevitable.

O quizá solo lo he aplazado.

6

GRIETAS

Contesto al cuarto tono.

No digo nada. Solo respiro en el teléfono como una psicópata mientras el eco del sótano amplifica cada sonido y Martín espera al otro lado de la línea con esa paciencia suya que ahora me parece sospechosa.

—Vera.

—Martín.

—Necesito verte.

—No sé si yo necesito verte a ti.

Silencio. Puedo imaginarlo al otro lado: los hombros hundidos, esa forma de morderse el labio inferior cuando no sabe qué decir. Lo conozco desde hace demasiado tiempo. Eso es lo que más duele.

—Lo que dijo Vega anoche...

—¿Era verdad?

—Parte.

—¿Qué parte?

—Vera, esto no es para hablarlo por teléfono. Por favor. Déjame explicarte.

Debería colgar. Debería mandarlo a la mierda junto con todos los demás que me han mentido. Pero hay algo en su voz —ese temblor

que reconozco de cuando éramos niños y se caía de la bici y no quería llorar delante de Lucas— que me desarma.

Siempre me ha desarmado.

—La ermita de San Vicente. En una hora.

Cuelgo antes de que pueda responder.

La ermita está en lo alto de una colina que domina todo el valle.

Es una ruina. Piedras derrumbadas, un campanario sin campana, hierba creciendo entre los escombros. Lucas y yo veníamos aquí de adolescentes a fumar porros robados y a fingir que teníamos problemas de verdad.

No sabíamos nada.

Llego antes que Martín. Aparco el coche de alquiler junto a los restos de lo que fue un muro y camino hasta el borde del precipicio. Desde aquí se ven las viñas como un tablero de ajedrez mal dibujado, la finca como un juguete, la bodega como una mancha oscura entre tanto verde amarillento de noviembre.

Todo esto será mío. Mío y de Adrián.

La idea sigue sin encajar. Como un hueso roto que se niega a soldarse bien.

El ruido de un motor me hace girar. La camioneta de Martín —vieja, oxidada, con más kilómetros que sentido común— sube por el camino levantando polvo. Se detiene junto a mi coche. La puerta chirría cuando la abre.

Parece que no ha dormido más que yo.

—Gracias por venir.

—No me des las gracias todavía.

Camina hacia mí. Se detiene a un par de metros, como si no estuviera seguro de tener permiso para acercarse más. Probablemente no lo tiene.

—¿Qué me ocultaste, Martín?

Directo. Sin preámbulos. No tengo energía para rodeos.

Él mira hacia el valle. Traga. El viento le revuelve el pelo y por un segundo parece el chico de dieciséis años que conocí, no el hombre de treinta que me ha mentido.

—La noche que murió Lucas... yo estaba con él. Pero no solo discutimos.

—¿Entonces qué?

—Lucas me enseñó las cartas. Las que encontró en el despacho de tu padre. —Pausa—. Yo ya las había visto antes.

El mundo se inclina.

—¿Qué?

—Mi padre trabajó para los Vega antes de que todo estallara. Era contable. Ayudaba con los libros. —Martín me mira por fin. Hay algo roto en sus ojos—. Yo sabía que había algo turbio. Lo supe durante años. Pero nunca dije nada.

—¿Por qué?

—Porque tu padre pagó la universidad de mi hermana. Porque mantuvo a mi familia a flote cuando mi padre murió. Porque... —su voz se quiebra— porque me sentía en deuda. Con él. Con esta tierra. Con todo.

—Sabías que mi padre traicionó a Ricardo Vega.

—Sospechaba. No tenía pruebas.

—Y cuando Lucas las encontró, ¿qué hiciste?

Silencio. Largo. Insoportable.

—Le dije que no fuera a confrontar a tu padre.

—Eso ya lo sé.

—No. —Martín cierra los ojos—. Le dije que no fuera porque yo pensaba hablar con Ignacio primero. Darle la oportunidad de... no sé. Explicarse. Arreglarlo. Algo.

—¿Fuiste a ver a mi padre esa noche?

—Intenté. Pero cuando llegué a la finca, Lucas ya se había ido. Y cuando volví a la carretera...

No necesita terminar la frase.

—¿Llegaste al accidente?

—Fui el primero. —Las palabras suenan arrancadas. Como si las hubiera tenido atragantadas durante nueve años—. Vi el coche. Vi... vi a Lucas. Llamé a emergencias. Pero ya era tarde.

Algo se desgarra dentro de mí.

No es rabia. No es dolor. Es algo peor: la imagen de Martín solo en esa carretera, viendo el cuerpo de su mejor amigo destrozado entre los hierros. Cargando con eso durante nueve años mientras yo huía a Francia y fingía que nada de esto existía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Cómo iba a hacerlo? Tenías dieciocho años. Acababas de perder a tu hermano. ¿Qué iba a decirte? ¿Que yo sabía cosas que podrían haberlo evitado? ¿Que si hubiera hablado antes, quizá Lucas estaría vivo?

—Martín...

—He vivido con eso cada día, Vera. Cada puto día. —Su voz se rompe del todo—. Viendo a tu familia desmoronarse. Viendo cómo te ibas. Sabiendo que era en parte culpa mía.

—No fue culpa tuya.

Las palabras salen antes de que pueda pensarlas.

—¿No? —Me mira. Tiene los ojos húmedos—. ¿Entonces de quién?

No tengo respuesta.

Porque si empiezo a asignar culpas, ¿dónde paro? ¿Mi padre por mentir? ¿Martín por callar? ¿Lucas por conducir furioso? ¿Yo por no estar ahí?

—Hay algo más —dice.

Por supuesto que lo hay.

—El coche de Lucas. —Martín habla despacio, como si cada palabra le costara—. Cuando llegué al accidente, había algo raro.

—¿Raro cómo?

—Los frenos. Lucas se quejaba de ellos esa semana. Decía que hacían un ruido extraño. Pero el coche había pasado la ITV dos meses antes sin problemas.

—Los coches se estropean.

—Sí. Pero después del accidente... —vacila— hablé con el mecánico que revisó los restos. Extraoficialmente. Era amigo de mi padre.

—¿Y?

—Dijo que los cables del freno estaban dañados. No cortados limpiamente, sino desgastados. Como si alguien los hubiera lijado para que fallaran con el uso.

El corazón me late en la garganta.

—Estás diciendo...

—No estoy diciendo nada. —Martín levanta las manos—. El mecánico no quiso hacer declaración oficial. No había forma de probarlo. Y tu padre... tu padre donó una cantidad obscena al hospital local poco después. El caso se cerró como accidente.

—¿Crees que mi padre mandó sabotear el coche de Lucas?

Las palabras suenan absurdas. Monstruosas. Imposibles.

Pero ya nada me parece imposible.

—No lo sé. Genuinamente no lo sé. —Martín parece tan perdido como yo—. Podría haber sido coincidencia. Podría haber sido negligencia del taller. Podría haber sido...

—¿Asesinato?

La palabra cuelga entre nosotros como un cadáver.

—No puedo creer que Ignacio hiciera eso. Era tu padre. Quería a Lucas.

—Mi padre dejó que su mejor amigo se pudriera en la cárcel. Mi padre guardó pruebas de su propia traición durante quince años. Mi padre me mintió sobre todo. —Mi voz suena lejana, como si viniera de otra persona—. Ya no sé de qué es capaz.

Martín no responde.

¿Qué va a decir?

—¿Adrián sabe esto? —pregunto.

—No sé qué sabe Vega. Ese hombre es un puto enigma.

—Ayer insinuó que la muerte de Lucas no fue un accidente.

—Claro que lo insinuó. Le conviene que dudes de tu padre. Cuanto más lo odies, más fácil le resulta a él quedarse con lo que quiere.

—¿Y qué quiere?

—La bodega. El nombre de su padre rehabilitado. —Pausa—. Y probablemente a ti también.

Me giro hacia él.

—¿Qué significa eso?

—He visto cómo te mira. Y he visto cómo lo miras tú. —Hay algo en su voz. Algo que podría ser celos si no sonara tan cansado—. Ten cuidado, Vera. Adrián Vega no hace nada sin un propósito.

—¿Y tú sí?

La pregunta sale más afilada de lo que pretendía.

—Yo... —Martín da un paso hacia mí. Solo uno, pero de pronto está más cerca de lo que ha estado en años—. Yo solo quiero que estés bien. Siempre ha sido lo único que quiero.

—Entonces ¿por qué no me buscaste? Nueve años, Martín. Nueve años y ni una llamada.

—Porque no tenía derecho. —Su voz es apenas un susurro—. Después de lo que no hice, de lo que no dije... ¿cómo iba a mirarte a la cara?

Hay tanto dolor en sus palabras. Tanto tiempo perdido. Tanta culpa que ninguno de los dos sabe dónde poner.

—Martín.

—¿Sí?

—¿El mecánico sigue vivo?

Parpadea. No esperaba esa pregunta.

—Sí. Se jubiló hace años. Vive en Logroño.

—Quiero hablar con él.

—Vera...

—No me digas que es mala idea. Ya sé que es mala idea. Pero necesito saberlo. ¿Fue un accidente o alguien mató a mi hermano?

Martín me mira. Largo. Como si estuviera viendo algo que no había visto antes.

—Te has vuelto más dura.

—He tenido que serlo.

Asiente. Despacio.

—Te llevo. Mañana. —Pausa—. Pero prométeme que tendrás cuidado. Con Vega. Con todo esto. No quiero que te pase nada.

—Ya me ha pasado, Martín. Hace nueve años.

No responde.

Ambos sabemos que tiene razón.

Vuelvo a la finca cuando el sol empieza a caer.

La luz de noviembre tiñe todo de naranja enfermo, como si el valle estuviera ardiendo en cámara lenta. Aparco frente a la casa y me

quedo un momento en el coche, con las manos en el volante, intentando ordenar todo lo que acabo de descubrir.

Los frenos de Lucas.

Cables lijados.

Un mecánico que calló.

Una donación sospechosa.

¿Mi padre mandó matar a su propio hijo?

La idea es tan monstruosa que no consigo procesarla. Pero tampoco consigo descartarla. No después de todo lo que he descubierto en los últimos días.

Salgo del coche.

Y lo veo.

Adrián está en el porche de la casa, apoyado contra una columna, con un vaso de algo oscuro en la mano. Me mira acercarse con esa intensidad que ya empiezo a reconocer. Como si pudiera leerme los pensamientos.

—¿Qué tal la reunión con Soler?

—¿Cómo sabes que estaba con Martín?

—Antonio vio salir tu coche después de la llamada. No hace falta ser detective.

Subo los escalones del porche. Me detengo a un par de metros de él.

—¿Me estás vigilando?

—Te estoy observando. Hay una diferencia.

—¿Cuál?

—La vigilancia es para enemigos. La observación es para... —busca la palabra— personas de interés.

—¿Soy una persona de interés?

—Eres muchas cosas. —Da un trago a su vaso. El líquido brilla ámbar bajo la luz del atardecer—. ¿Qué te contó?

Debería mentir. Debería guardarme esta información hasta saber qué hacer con ella. Pero estoy cansada de mentiras. Cansada de secretos. Cansada de ser la única que no sabe nada.

—Los frenos del coche de Lucas estaban saboteados.

Adrián no reacciona. Ni un parpadeo. Ni un movimiento.

—Ya lo sabías.

No es pregunta.

—Sospechaba.

—¿Y no me lo dijiste?

—Te dije que preguntaras si fue un accidente. Preferí que llegaras a la conclusión tú misma.

—¿Por qué? ¿Para manipularme mejor?

—Para que no pensaras que te estaba manipulando. —Deja el vaso en la barandilla del porche—. Si yo te hubiera dicho que tu padre mandó matar a tu hermano, ¿me habrías creído?

No.

Probablemente no.

—¿Tienes pruebas?

—Tengo indicios. El mecánico. La donación al hospital. Y algo más que encontré en los papeles de tu padre hace meses.

—¿Qué?

—Un pago. Una semana antes del accidente. A una cuenta en Andorra que luego desapareció. Cincuenta mil euros.

Cincuenta mil euros.

El precio de la vida de mi hermano.

Las piernas me fallan. Me apoyo en la barandilla para no caer. El mundo da vueltas y no sé si es el cansancio o el shock o simplemente que todo lo que conocía está derrumbándose a mi alrededor.

—Vera.

Adrián está a mi lado. No sé cuándo se movió. Solo sé que de pronto está ahí, sosteniéndome del brazo con una firmeza que no debería reconfortarme pero lo hace.

—Suéltame.

—No.

—He dicho que me sueltes.

—Y yo he dicho que no. —Su voz es firme pero no dura—. Te vas a desmayar si te suelto.

—No me voy a desmayar.

—No has dormido en dos días, no has comido nada desde ayer, y acabas de descubrir que tu padre probablemente mandó asesinar a tu hermano. Siéntate.

Me obliga —suave pero firmemente— a sentarme en el escalón del porche. Se sienta a mi lado. No me suelta el brazo.

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué?

—Ser... esto. Cuidarme. Después de todo lo que mi familia le hizo a la tuya.

Adrián mira hacia el horizonte. El sol se está poniendo y le tiñe el perfil de oro y sombra.

—Porque tú no eres tu padre. —Pausa—. Y porque quizá... quizá estoy cansado de odiar.

Es lo más vulnerable que le he oído decir.

—El odio era lo único que te mantenía en pie.

—Sí. Pero construyes algo sobre odio y tarde o temprano se derrumba. —Me mira—. Quiero construir algo que dure.

—¿Conmigo?

—No lo sé todavía. —Una sombra de sonrisa—. Pero empiezo a querer descubrirlo.

Nos quedamos ahí. Sentados en el porche mientras el sol desaparece y las primeras estrellas aparecen sobre el valle. Su mano sigue en mi brazo. Ya no quiero que la quite.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me aterra.

Porque empiezo a confiar en un hombre que vino a destruir todo lo que conozco.

Y lo peor es que una parte de mí quiere que lo haga.

7

EL MECÁNICO

Logroño huele a gasoil y a lluvia reciente.

Martín conduce en silencio. Yo miro por la ventanilla sin ver nada, con las manos apretadas sobre los muslos y el estómago hecho un nudo de alambre. No he desayunado. No he dormido más de dos horas. Y estoy a punto de hablar con el hombre que podría confirmar que mi padre mandó asesinar a mi hermano.

Día normal.

—¿Estás segura de esto?

Es la tercera vez que Martín me hace esa pregunta desde que salimos de la finca. La respuesta sigue siendo la misma.

—No. Pero voy a hacerlo igual.

Asiente. Conoce ese tono. Lo usaba cuando éramos adolescentes y me empeñaba en hacer algo estúpido. Lucas ponía los ojos en blanco y decía *déjala, cuando se pone así no hay quien la pare*.

Lucas.

Todo vuelve a él. Siempre.

El GPS nos guía hasta un barrio de las afueras. Casas bajas, jardines pequeños, coches viejos aparcados en las aceras. El tipo de sitio donde la gente vive vidas tranquilas y no hace preguntas sobre el pasado.

—Es aquí.

Martín aparca frente a una casa con las persianas bajadas. Un perro ladra en alguna parte. El cielo está gris, amenazante, como si supiera lo que venimos a hacer.

—¿Quieres que entre contigo?

—No. Espera aquí.

—Vera...

—Si entramos los dos, se asustará. Tú eres el hijo del contable que trabajaba para los Vega. Yo soy la hija de Ignacio Mendoza. —Abro la puerta del coche—. Voy sola.

Fermín Aguirre tiene setenta y dos años y el aspecto de alguien que ha pasado la vida metido debajo de coches.

Manos enormes, nudillos deformados por la artritis, manchas de grasa que probablemente nunca saldrán del todo. Me abre la puerta con desconfianza y algo más. Miedo, quizá. O reconocimiento.

—¿Señor Aguirre?

—¿Quién pregunta?

—Vera Mendoza.

Su cara cambia. Se cierra como una persiana bajando de golpe.

—No tengo nada que decirle.

—Creo que sí.

—No. —Intenta cerrar la puerta. Meto el pie antes de que pueda—. Señorita, por favor...

—Mi hermano murió hace nueve años. Usted vio el coche después del accidente. Sé lo que encontró. —Mi voz suena más firme de lo que me siento—. Solo quiero que me lo cuente a mí.

Silencio.

El perro sigue ladrando. Una vecina nos mira desde la ventana de enfrente.

—Entre. —Fermín abre la puerta del todo—. Antes de que todo el barrio se entere de lo que pasó.

La casa huele a tabaco y a soledad.

Muebles viejos, fotos de una mujer que probablemente ya no vive aquí, un televisor encendido sin sonido. Fermín me señala un sofá y se sienta en el sillón de enfrente, con las manos apoyadas en las rodillas como si necesitara sujetarse a algo.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Martín Soler.

—Joder. El hijo de Paco. —Se frota la cara con una mano—. Debí imaginar que algún día vendría alguien.

—¿Por qué no habló en su momento?

—¿Por qué cree? —Una risa amarga—. Su padre era Ignacio Mendoza. El hombre más poderoso del valle. ¿Quién iba a creerme? ¿Y qué me habría pasado si abría la boca?

No tengo respuesta para eso.

—Cuénteme lo que vio.

Fermín me mira. Sus ojos son del color del agua sucia, cansados de cargar con secretos que no pidió guardar.

—El coche llegó a mi taller dos días después del accidente. Lo trajo la grúa del seguro. Yo me encargaba de los peritajes de siniestros para varias compañías. —Pausa—. En cuanto vi el sistema de frenos, supe que algo no cuadraba.

—¿Qué vio exactamente?

—Los latiguillos del freno. Estaban desgastados, pero no por el uso normal. El patrón era... artificial. Como si alguien hubiera usado lija fina para debilitarlos. Con el tiempo y el calor, acabarían reventando. Cuestión de kilómetros.

Kilómetros.

Alguien saboteó el coche de Lucas sabiendo que en algún momento los frenos fallarían. Una bomba de relojería sin reloj.

—¿Pudo haber sido un defecto de fábrica? ¿Un error del taller que hizo la revisión?

—No. —Fermín es categórico—. He visto cientos de coches siniestrados. Esto fue manipulación. Deliberada.

—¿Y no informó a nadie?

—Hice un informe. Lo mandé a la compañía de seguros. —Su voz se vuelve más baja—. Al día siguiente, un hombre vino a verme. Trajeado. Educado. Me dijo que había un error en mi informe, que los latiguillos estaban defectuosos de fábrica, y que la aseguradora iba a cerrar el caso como accidente.

—¿Un hombre? ¿Quién?

—No dio nombre. Pero dejó un sobre. —Fermín me mira—. Cincuenta mil euros en efectivo. Y una sugerencia de que mi jubilación podía ser muy cómoda o muy corta, dependiendo de lo que decidiera recordar.

Cincuenta mil.

La misma cantidad que Adrián encontró en los papeles de mi padre.

—¿Cogió el dinero?

—¿Qué habría hecho usted? —No hay desafío en su voz, solo cansancio—. Tenía una mujer enferma, dos hijas, una hipoteca. Y enfrente tenía a un hombre que claramente no estaba bromeando.

—¿Puede describírmelo? Al hombre del sobre.

—Alto. Delgado. Pelo canoso. Acento... no de aquí. Del sur, quizá. Andaluz.

No conozco a nadie con esa descripción.

—¿Volvió a verlo alguna vez?

—No. Pero recibí una llamada cada año durante los primeros cinco. Sin decir nada. Solo respiración al otro lado. Un recordatorio.

Me estremezco.

—Señorita Mendoza. —Fermín se inclina hacia adelante—. Lo que le voy a decir ahora no lo he dicho nunca a nadie. Pero usted es la hermana del chico que murió, y creo que merece saberlo.

—Dígame.

—Después de que el hombre se fuera, revisé todo lo que había firmado. El informe que mandé a la aseguradora había desaparecido. Lo sustituyeron por otro, con mi firma falsificada, diciendo que el fallo era un defecto de fábrica. —Pausa—. Pero antes de entregar el original, le saqué fotos. Con una cámara desechable. Las revelé y las guardé.

El corazón me late en los oídos.

—¿Las tiene todavía?

—Llevo nueve años esperando que alguien viniera a pedírmelas.

Vuelvo al coche con un sobre marrón en las manos.

Martín me mira pero no dice nada. Arranca. Conduce. Yo no abro el sobre. No puedo. Todavía no.

Dentro están las fotos que podrían probar que alguien asesinó a mi hermano.

No sé si estoy preparada para verlas.

—¿Qué te ha dicho?

—Todo. —Mi voz suena hueca—. Los frenos fueron saboteados. Un hombre le pagó para que callara. Y tiene fotos del informe original.

Martín golpea el volante.

—Joder.

—Sí.

—¿Vas a ir a la policía?

—No lo sé. Mi padre está muerto. El hombre que pagó a Fermín podría ser cualquiera. Aunque demostrara que fue asesinato, ¿a

quién van a juzgar?

—A quien lo ordenó.

—Y si fue mi padre, ¿qué? ¿Exhumo su cadáver y lo meto en la cárcel?

Martín no responde.

No hay respuesta.

—Hay otra posibilidad —digo, y las palabras me saben a ceniza—. Que mi padre no actuara solo. Que alguien más estuviera involucrado.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero el hombre que describe Fermín no es nadie que yo conozca. Alguien tuvo que hacer el trabajo sucio.

Martín conduce en silencio durante varios kilómetros.

—¿Vas a contárselo a Vega?

La pregunta me pilla desprevenida.

—Probablemente.

—¿Por qué?

—Porque él también merece saber la verdad. Sobre su padre. Sobre el mío.

—¿O porque confías en él más que en mí?

El tono de Martín ha cambiado. Hay algo ahí —herido, celoso, protector— que me remueve por dentro.

—No sé en quién confío ya.

—Pero estás pensando en él. —No es pregunta—. Anoche no volviste a la casa hasta tarde. Y cuando lo hiciste, tenías el pelo revuelto y la mirada de alguien que acaba de...

—No pasó nada.

—¿No?

—No. —Pero incluso a mí me suena a mentira—. Solo hablamos.

—Vera. —Martín reduce la velocidad. Me mira—. Ten cuidado. Por favor. Ese hombre no está aquí por casualidad. No heredó la mitad de la bodega por casualidad. Todo lo que hace tiene un propósito.

—¿Y cuál es el propósito de que me adviertas contra él?

La pregunta le golpea. Veo cómo le cambia la cara.

—Protegerte.

—¿De él o para ti?

Silencio.

Largo. Pesado. Lleno de cosas que ninguno de los dos quiere decir en voz alta.

—Siempre me has importado, Vera. Más de lo que debería. —Su voz es baja, casi un susurro—. Pero nunca pude... Lucas era mi mejor amigo. Eras su hermana pequeña. Y después del accidente...

—No sigas.

—Necesito que lo sepas. —Para el coche en el arcén. Me mira—. Lo que siento por ti no tiene nada que ver con protegerte de Vega. Tiene que ver con que llevo nueve años arrepintiéndome de no habértelo dicho antes de que te fueras.

El aire del coche se vuelve espeso.

Martín me mira con esos ojos color miel que conocí hace una vida, cuando todo era más simple, cuando Lucas estaba vivo y el futuro era algo que dábamos por hecho.

—Martín...

—No tienes que decir nada. —Arranca de nuevo—. Solo necesitaba que lo supieras.

Llegamos a la finca cuando el sol empieza a caer.

El coche de Adrián está aparcado frente a la bodega. Negro, brillante, tan fuera de lugar en este paisaje de tierra y vid como su dueño.

—¿Quieres que te acompañe?

—No.

—Vera...

—Gracias. Por todo. Por llevarme. Por contarme lo que sabías. Por... —no encuentro las palabras— por esperar nueve años.

No sé si me refiero a esperar para contarme la verdad o a esperar por mí.

Quizá a las dos cosas.

Bajo del coche con el sobre apretado contra el pecho. Martín se queda un momento, mirándome por el retrovisor. Luego arranca y se va.

Y yo me quedo ahí, entre dos coches, entre dos hombres, entre dos versiones de mí misma que no sé cómo reconciliar.

Adrián me espera en el despacho.

Está de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, mirando las viñas como si pudiera ver algo que yo no veo. Cuando entro, se gira. Sus ojos bajan al sobre en mis manos.

—¿Qué es eso?

—Pruebas.

Cruzo el despacho. Dejo el sobre en el escritorio. Mis manos tiemblan pero mi voz no.

—El mecánico tiene fotos del informe original. El que desapareció. El que prueba que los frenos de Lucas fueron saboteados.

Adrián no dice nada. Solo me mira.

—También me ha contado que un hombre le pagó cincuenta mil euros para que callara. Alto, delgado, pelo canoso, acento andaluz. —Pausa—. ¿Te suena?

Algo cruza su cara. Un destello de reconocimiento que intenta ocultar pero no lo consigue del todo.

—¿Lo conoces?

—Puede que sí.

—¿Quién es?

—No estoy seguro todavía. Pero si es quien creo... —Se aparta de la ventana. Camina hacia el escritorio. Hacia mí—. Esto cambia las cosas.

—¿Cómo las cambia?

—Pensaba que tu padre actuó solo. Que fue él quien ordenó todo. Pero si hubo un intermediario...

—Significa que alguien más estuvo involucrado.

—Y ese alguien podría seguir vivo.

Las implicaciones me golpean como una ola.

—Si hay alguien más... alguien que sabe lo que pasó...

—Entonces tenemos un problema. —Adrián está cerca ahora. Muy cerca—. Porque esa persona probablemente sabe que estamos investigando.

—¿Cómo lo sabría?

—Porque llevas tres días haciendo preguntas. Hablando con Martín. Visitando a un mecánico jubilado. —Su voz baja un tono—. No eres exactamente discreta, Vera.

—¿Me estás diciendo que estoy en peligro?

—Te estoy diciendo que tengas cuidado.

—Martín me ha dicho lo mismo.

—¿Ah, sí? —Algo cambia en su expresión. Se endurece—. ¿Y qué más te ha dicho Soler?

—Que tenga cuidado contigo.

Adrián suelta una risa corta. Sin humor.

—Qué conveniente.

—¿Celoso?

La palabra sale antes de que pueda pensarla. Adrián me mira. Sus ojos son oscuros, intensos, llenos de algo que hace que me cueste respirar.

—¿Debería estarlo?

No sé qué responder.

Porque la verdad es que no sé qué siento. Por Martín, que ha esperado nueve años y que me mira como si fuera algo precioso. Por Adrián, que vino a destruir mi vida y que ahora está delante de mí, demasiado cerca, haciéndome preguntas que no quiero contestar.

—No tengo respuesta para eso.

—Al menos eres honesta.

—¿Preferirías que mintiera?

—Preferiría que supieras lo que quieres.

—¿Y tú lo sabes?

Da un paso más. Y de pronto está ahí, invadiendo mi espacio, robándome el aire, mirándome con una intensidad que debería asustarme pero que solo me hace querer más.

—Sé exactamente lo que quiero.

—Dímelo.

—La verdad. Justicia para mi padre. —Pausa. Su mano sube a mi cara. Me roza la mejilla con los nudillos—. Y a ti.

Debería apartarme.

No lo hago.

—Adrián...

—No tienes que decidir nada ahora. —Su voz es baja, ronca—. Solo quiero que sepas dónde estoy.

—¿Y dónde estás?

—Aquí. —Sus ojos no se apartan de los míos—. Exactamente donde quiero estar.

Entonces hace algo que no espero.

Se aparta.

Da un paso atrás. Dos. Pone distancia entre nosotros como si supiera que si se queda un segundo más, algo va a romperse.

—Las fotos. —Señala el sobre—. ¿Las has mirado?

—No.

—¿Quieres que las miremos juntos?

Debería decir que no. Debería hacer esto sola. Pero hay algo en la forma en que lo dice —*juntos*, como si fuéramos un equipo, como si ya no estuviera sola— que me desarma.

—Sí.

Abre el sobre.

Y juntos miramos las pruebas de que mi hermano fue asesinado.

ewpage

8

PRUEBAS

Las fotos son peores de lo que imaginaba.

No por lo que muestran —cables, metal, la anatomía fría de un sistema de frenos destrozado— sino por lo que significan. Cada imagen es un fragmento de la muerte de mi hermano. Cada detalle técnico, una prueba de que alguien se tomó el tiempo de planificar cómo matarlo.

Adrián las ha extendido sobre el escritorio de mi padre. La ironía no se me escapa: estamos usando el espacio del asesino para examinar las pruebas de su crimen.

—Aquí. —Señala una de las fotos. Su dedo roza una zona donde el cable parece deshilachado—. ¿Ves el patrón? No es un corte limpio. Es erosión controlada.

—Fermín dijo que usaron lija.

—Lija fina. Probablemente de grano 400 o más. Lo suficiente para debilitar sin que sea obvio en una inspección rápida. —Pausa—. Quien hizo esto sabía lo que hacía.

—Un profesional.

—O alguien con acceso a un profesional.

Me apoyo en el borde del escritorio. Las piernas me tiemblan pero me niego a sentarme. Si me siento, me derrumbo. Y no puedo permitirme eso ahora.

—El hombre que describe Fermín. Dijiste que te sonaba.

Adrián recoge las fotos. Las ordena con cuidado, como si fueran algo precioso y no la documentación de un asesinato.

—Hay un nombre que aparece en los papeles de tu padre. Alguien a quien pagaba regularmente durante años. Nunca grandes cantidades, excepto una vez. Una semana antes del accidente de Lucas.

—¿Quién?

—Sebastián Heredia. Abogado. Especialista en... —busca la palabra— problemas discretos.

—¿Un fixer?

—Algo así. Trabajó para mi padre también, antes de todo. Era el hombre que se encargaba de las cosas que no podían hacerse por canales oficiales.

—¿Sigue vivo?

—Hasta donde sé, sí. Se retiró hace cinco años. Vive en Marbella.

Marbella. Andaluz. Alto, delgado, pelo canoso.

Todo encaja.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no estaba seguro. Y porque... —vacila, algo raro en él— no quería que hicieras algo estúpido.

—¿Como qué? ¿Ir a buscarlo?

—Exactamente como eso.

Me río. Es un sonido feo, roto.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Sentarme aquí mientras el hombre que probablemente mató a mi hermano disfruta de su jubilación en la Costa del Sol?

—Se supone que debes ser inteligente. —Adrián da un paso hacia mí. Su voz baja, se vuelve más íntima—. Heredia es peligroso. Si fue él quien hizo el trabajo, sabe cómo no dejar rastros. Y si sospecha que alguien está investigando...

—¿Qué? ¿Me matará a mí también?

—No es imposible.

Las palabras cuelgan en el aire. Frías. Reales.

—No tengo miedo.

—Deberías.

—¿Y tú? ¿Tienes miedo?

Me mira. Algo cambia en su expresión. Se suaviza en los bordes, como hielo empezando a derretirse.

—Tengo miedo de que te pase algo. —Lo dice como si le costara. Como si las palabras fueran piedras que tiene que escupir—. No debería importarme. Pero me importa.

No sé quién se mueve primero.

Quizá él. Quizá yo. Quizá la gravedad de todo lo que no hemos dicho finalmente nos empuja. Solo sé que de pronto está más cerca, y luego más cerca todavía, y entonces su mano está en mi cara, su pulgar rozando mi pómulo, y el aire entre nosotros arde.

—Vera.

Mi nombre en su boca suena diferente. Como una pregunta. Como una rendición.

—No deberíamos hacer esto.

—Lo sé.

—Es una mala idea.

—La peor.

Y entonces me besa.

No es suave. No es tierno. Es hambre contenida demasiado tiempo, rabia transformada en algo que quema desde dentro. Sus labios contra los míos, su mano en mi nuca, mi espalda contra el borde del escritorio de mi padre muerto mientras él me devora como si llevara años esperando este momento.

Quizá lo ha hecho.

Quizá los dos lo hemos hecho.

Mis manos encuentran su camisa. Tiran. Él gruñe contra mi boca —un sonido bajo, gutural, que me recorre entera— y se aprieta más contra mí. Puedo sentir su calor a través de la ropa, la tensión de sus músculos, el latido desbocado de su corazón o quizá es el mío, ya no sé dónde acabo yo y dónde empieza él.

—Espera. —Mi voz sale entrecortada. Apenas reconocible—. Espera.

Se detiene. De inmediato. Sus ojos buscan los míos, oscuros, dilatados, llenos de algo que me hace temblar.

—¿Estás bien?

—No. —Me río. Suena a locura—. No estoy bien. Nada de esto está bien. Estamos en el despacho de mi padre, que probablemente mandó matar a mi hermano, y acabo de besarte, y...

—Y quieres parar.

—No. —La honestidad me sale antes de que pueda filtrarla—. Ese es el problema. No quiero parar.

Adrián me mira. Largo. Como si estuviera memorizando cada detalle de este momento.

—Entonces no pares.

—No puedo. No aquí. No... —miro a mi alrededor. Las fotos del asesinato de mi hermano esparcidas en el escritorio. El fantasma de mi padre en cada rincón—. No ahora.

Él asiente. Despacio. Da un paso atrás. El aire frío llena el espacio donde estaba su calor y lo odio. Lo odio y lo agradezco a partes iguales.

—Cuando estés lista. —Su voz es ronca. Controlada apenas—. No antes.

—¿Y si nunca estoy lista?

—Entonces nunca. —Pausa—. Pero los dos sabemos que eso no va a pasar.

Arrogante. Seguro. Insoportablemente correcto.

Le odio un poco por conocerme tan bien después de tan poco tiempo.

Mi teléfono suena.

Número desconocido. A estas horas. Después de todo lo que ha pasado.

Contesto.

—¿Vera Mendoza?

Voz masculina. Acento del sur. Educada de esa manera que solo tienen los hombres que saben exactamente cuánto poder poseen.

—¿Quién es?

—Alguien que tiene información sobre su hermano. —Pausa—. Y sobre las preguntas que ha estado haciendo.

El estómago se me congela.

Adrián debe ver algo en mi cara porque se acerca. Sus cejas se fruncen. Articula sin sonido: *¿Qué pasa?*

—¿Qué quiere?

—Hablar. En persona. Mañana a mediodía. Hay un restaurante en Haro, La Taberna del Laurel. Venga sola.

—¿Y si no voy?

Una risa. Breve. Sin humor.

—Entonces nunca sabrá lo que realmente pasó esa noche. Y créame, señorita Mendoza, lo que usted cree que sabe... es solo la superficie.

Cuelga.

Me quedo mirando el teléfono. El número ya ha desaparecido del registro. Como si la llamada nunca hubiera existido.

—¿Quién era?

—No lo sé. —Mi voz suena lejana. Ajena—. Pero creo que era él. Heredia.

Adrián se tensa. Todo su cuerpo se vuelve rígido, alerta, como un animal que huele peligro.

—¿Qué dijo?

Le repito la conversación. Palabra por palabra. Cuando termino, él está pálido.

—No vas a ir.

—Claro que voy a ir.

—Vera, es una trampa. Tiene que serlo.

—¿Y qué si lo es? Es la primera persona que puede decirme lo que realmente pasó.

—También es la persona que probablemente mató a tu hermano. —Su voz sube. Hay algo ahí que no había oído antes. Miedo real—. No voy a dejar que te acerques a él sola.

—No tienes derecho a...

—Me importa una mierda el derecho. —Da un paso hacia mí. Otro. Hasta que está tan cerca que puedo sentir la rabia vibrando bajo su piel—. Hace cinco minutos te estaba besando. ¿Crees que voy a dejarte ir a una reunión con un asesino como si nada?

—No es tu decisión.

—Tienes razón. No lo es. —Su mandíbula se aprieta—. Pero voy a estar ahí de todas formas. Fuera. Cerca. Listo para intervenir si algo sale mal.

—Y si él te ve...

—No me verá. —Algo oscuro cruza su mirada—. Sé cómo desaparecer cuando hace falta.

Debería discutir. Debería insistir en que puedo cuidarme sola. Pero hay algo en la forma en que me mira —como si fuera lo único que le

importa en este mundo podrido— que me quita las ganas de pelear.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Estarás cerca. Pero no intervengas a menos que sea absolutamente necesario.

Asiente. Una sola vez. Definitivo.

—Gracias.

—No me des las gracias. —Me mira—. Dame tu palabra de que si algo sale mal, correrás. Sin mirar atrás. Sin esperarme.

—Adrián...

—Promételo.

No quiero prometerlo. No quiero pensar en un escenario donde tenga que dejarlo atrás. Pero sus ojos no me dan opción.

—Lo prometo.

Miento.

Los dos lo sabemos.

Esa noche no duermo en mi habitación.

No sé cómo pasa. Un momento estamos recogiendo las fotos, guardándolas en un lugar seguro. Al siguiente, estamos en el pasillo, y él dice *no deberías estar sola esta noche*, y yo digo *no quiero estar sola*, y entonces estamos en su habitación —la que era de invitados, la que ahora es suya— y no hay nada sexual en ello pero es más íntimo que cualquier cosa que haya hecho en mi vida.

Dormimos en la misma cama.

Él de un lado. Yo del otro. Un espacio entre nosotros que podría ser un océano o nada en absoluto.

En algún momento de la noche, su mano encuentra la mía. No dice nada. Solo la sostiene. Como si fuera algo que necesita proteger.

Y yo la dejo.

Porque mañana voy a encontrarme con un asesino. Y esta noche, solo esta noche, quiero sentir que alguien me tiene.

Me despierta el sol.

Y la ausencia de Adrián.

Su lado de la cama está frío. Lleva horas despierto. Sobre la almohada hay una nota:

He ido a preparar algunas cosas. Estaré listo a las once. No hagas nada estúpido antes de que vuelva.

Sin firma. Sin declaraciones. Solo instrucciones prácticas.

Es lo más Adrián que existe.

Me levanto. Me ducho. Me visto con cuidado: vaqueros, botas, una camisa que me hace parecer más segura de lo que me siento. Me miro en el espejo y veo a alguien que apenas reconozco.

Hace una semana era una traductora en Burdeos que fingía que su pasado no existía.

Hoy voy a enfrentar al hombre que quizá asesinó a mi hermano.

El móvil vibra. Un mensaje de Martín:

¿Todo bien? No he sabido nada de ti desde ayer.

No contesto.

¿Qué le digo? ¿Que pasé la noche en la cama de Adrián? ¿Que voy a encontrarme con un asesino? ¿Que todo lo que creía saber sobre mi vida se ha convertido en ceniza y escombros?

No hay palabras para eso.

Bajo las escaleras. La casa está en silencio. Mi madre no aparece por ningún lado. Probablemente se ha encerrado en su habitación, como ha hecho desde la cena que lo destruyó todo.

Mejor así.

No tengo energía para más mentiras.

Adrián vuelve a las diez y media.

Trae un chaleco que parece demasiado ligero para ser lo que creo que es.

—No voy a ponerme eso.

—Sí vas a ponértelo.

—Es un restaurante. En Haro. A mediodía. No va a dispararme delante de veinte personas.

—No sabes lo que va a hacer. —Me tiende el chaleco—. Póntelo debajo de la camisa. Nadie lo notará.

Lo miro. Kevlar. Ligero, discreto, probablemente carísimo.

—¿De dónde has sacado esto?

—Tengo contactos.

—¿Contactos que venden chalecos antibalas?

—Contactos que me deben favores. —Su expresión no cambia—. Póntelo, Vera.

Hay algo en su tono que no admite discusión. Me lo pongo. Pesa menos de lo que esperaba, pero se siente como una armadura. Como una promesa de que esto es real, de que el peligro es real, de que nada de lo que va a pasar hoy es un juego.

—¿Mejor?

—Mejor.

Me mira. Hay algo en sus ojos que no sé nombrar. Miedo, sí. Pero también otra cosa. Algo que se parece demasiado a lo que siento yo cuando lo miro a él.

—Vera.

—¿Sí?

—Si esto sale mal...

—No va a salir mal.

—Si sale mal —repite, ignorándome—, quiero que sepas que anoche... dormir a tu lado... —no termina la frase. No hace falta. Lo

veo en su cara, en la forma en que me mira, en todo lo que no dice —. Ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Debería decir algo. Algo inteligente. Algo que esté a la altura.

En lugar de eso, me acerco. Le beso. Suave esta vez. Sin la urgencia de anoche. Solo la promesa de que hay más, de que habrá más, de que esto no termina aquí.

—Vuelvo pronto —digo contra sus labios.

—Más te vale.

Y salgo hacia mi encuentro con el hombre que mató a mi hermano.

ewpage

9

LA SUPERFICIE

Haro huele a vino y a miedo.

O quizá el miedo es solo mío. Quizá esta ciudad de calles empedradas y bodegas centenarias huele exactamente igual que siempre y soy yo la que lleva el terror pegado a la piel como un perfume barato.

Aparco a dos manzanas del restaurante. Las manos me tiemblan cuando saco las llaves del contacto. El chaleco antibalas me aprieta las costillas cada vez que respiro, un recordatorio constante de que esto no es un juego, de que el hombre que voy a ver probablemente mató a mi hermano y podría matarme a mí.

El móvil vibra.

Adrián: *Estoy en posición. Mesa en la terraza de enfrente. Te veo.*

No contesto. Solo guardo el teléfono y salgo del coche.

La Taberna del Laurel está en una plaza pequeña, con mesas de hierro forjado y una fuente que lleva siglos escupiendo agua turbia. Es el tipo de sitio donde los turistas vienen a tomarse fotos y los locales evitan porque todo cuesta el doble.

Perfecto para una reunión que nadie debería tener.

Lo veo antes de entrar.

Mesa del fondo. Solo. Exactamente como Fermín lo describió: alto, delgado, pelo canoso peinado hacia atrás con una elegancia que solo tienen los hombres que han pasado décadas cultivando su imagen.

Traje gris. Camisa blanca sin corbata. Las manos apoyadas sobre la mesa, tranquilas, como si esto fuera un almuerzo de negocios cualquiera.

Sebastián Heredia.

El hombre que mató a Lucas.

Respiro. Cruzo el umbral.

Se levanta cuando me acerco.

Modales de otra época. La clase de caballerosidad que esconde cuchillos.

—Señorita Mendoza. Gracias por venir.

—No me ha dado muchas opciones.

Sonríe. Es una sonrisa educada, vacía, que no llega a ninguna parte.

—Siéntese, por favor. He pedido vino. De la zona, por supuesto. Su padre siempre decía que no había mejor Rioja que el que se bebía donde se hacía.

Mi padre.

El nombre me quema la garganta pero me siento. Frente a él. A menos de un metro del hombre que destruyó mi vida.

—No he venido a beber vino.

—Lo sé. Ha venido a buscar respuestas. —Sirve dos copas de todas formas. El líquido es oscuro, casi negro, con ese brillo que tienen los tintos viejos—. La pregunta es: ¿está preparada para oírlas?

—Llevo nueve años preparándome.

—No. —Me mira. Sus ojos son del color del acero oxidado, fríos, evaluadores—. Lleva nueve años huyendo. No es lo mismo.

Debería ofenderme. No lo hago. Porque tiene razón.

—Entonces ilumíneme. ¿Qué es lo que no sé?

Heredia coge su copa. Bebe. Se toma su tiempo, como si esto fuera una partida de ajedrez y estuviera calculando cuántas piezas

sacrificar.

—Sabe que los frenos del coche de su hermano fueron saboteados. Sabe que alguien pagó para que el informe desapareciera. Sabe que su padre estaba involucrado en negocios turbios con Ricardo Vega. —Pausa—. ¿Qué más necesita saber?

—Quién dio la orden.

—Ah. —Otra sonrisa. Esta vez hay algo debajo. Algo que podría ser diversión si no fuera tan oscuro—. Esa es la pregunta correcta.

—¿Y cuál es la respuesta?

—La respuesta, señorita Mendoza, es que está haciendo las preguntas equivocadas a las personas equivocadas.

El corazón me late en los oídos.

—Explíquese.

—Su padre no ordenó la muerte de Lucas.

El mundo se detiene.

O quizá soy yo la que se detiene. El restaurante sigue funcionando a mi alrededor —camareros, clientes, el ruido de cubiertos contra platos— pero yo estoy suspendida en el vacío de esas cinco palabras.

—¿Qué?

—Ignacio Mendoza era muchas cosas. Un mentiroso. Un manipulador. Un cobarde que dejó que su mejor amigo pagara por sus crímenes. —Heredia habla con la calma de quien ha contado esta historia antes, quizá solo a sí mismo, en las noches largas de su retiro dorado—. Pero no era un asesino. Y nunca, bajo ninguna circunstancia, habría hecho daño a su hijo.

—Entonces ¿quién?

La pregunta sale estrangulada. Apenas reconozco mi propia voz.

Heredia me mira. Y en sus ojos veo algo que no esperaba: lástima.

—La noche que murió su hermano, recibí una llamada. No de su padre. De otra persona. Alguien que llevaba años esperando la oportunidad perfecta para deshacerse de Lucas.

—¿Quién?

—Alguien que sabía que Lucas había encontrado las cartas. Alguien que sabía lo que esas cartas significaban. Alguien que tenía mucho más que perder que su padre si la verdad salía a la luz.

No.

No.

—Diga el nombre.

—Creo que ya lo sabe.

Y lo sé. En algún lugar profundo, oscuro, donde guardo las verdades que no quiero ver, lo sé desde hace días. Desde que oí esa frase repetida como un mantra. Desde que vi el miedo en sus ojos cuando Adrián empezó a hablar.

Tu padre tenía sus razones.

—Mi madre.

No es pregunta.

Heredia asiente. Una sola vez.

—Carmen Mendoza me llamó a las diez de la noche. Me dijo que su hijo había encontrado documentos que podían destruir a la familia. Me dijo que Lucas iba a ir a la policía, que iba a denunciar a su padre, que iba a arruinarlo todo. —Pausa—. Y me pidió que lo detuviera.

—Detenerlo.

—Sus palabras exactas fueron: *Haz lo que tengas que hacer. Pero Lucas no puede llegar a la comisaría*.

El vino de mi copa tiembla. Me doy cuenta de que soy yo la que tiembla, todo mi cuerpo vibrando con una frecuencia que no reconozco.

—¿Por qué? —La palabra sale rota. Astillada—. ¿Por qué haría eso?

—Porque su madre era la verdadera arquitecta del fraude.

La historia que cuenta Heredia es peor que cualquier cosa que hubiera imaginado.

Carmen no era solo la esposa silenciosa de Ignacio Mendoza. Era su socia. Su cerebro. La que manejaba los libros, la que diseñaba los esquemas, la que decidía qué inversiones hacer y qué líneas cruzar.

Cuando el fraude con los Vega se torció, fue Carmen quien decidió que Ricardo tenía que caer. Fue Carmen quien convenció a Ignacio de que traicionara a su mejor amigo. Fue Carmen quien se aseguró de que las pruebas apuntaran solo en una dirección.

Y cuando Lucas encontró las cartas —las cartas que demostraban todo, incluida su participación— fue Carmen quien decidió que su propio hijo era un riesgo que no podía permitirse.

—Su padre no lo supo hasta después. —Heredia habla sin emoción, como si estuviera leyendo un informe—. Cuando vio el coche destrozado, cuando entendió lo que había pasado... se derrumbó. Quiso ir a la policía. Confesar todo.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque Carmen le dijo que si hablaba, usted sería la siguiente.

El aire desaparece de mis pulmones.

—¿Qué?

—Su madre le dejó muy claro que si Ignacio abría la boca, si iba a la policía, si hacía cualquier cosa que la pusiera en riesgo... usted tendría un accidente igual que Lucas. —Pausa—. Su padre pasó los últimos nueve años de su vida guardando el secreto más horrible del mundo para mantenerla viva.

No puedo respirar.

No puedo pensar.

Mi madre mató a mi hermano. Amenazó con matarme a mí. Y mi padre se convirtió en su prisionero para protegerme.

Todo lo que creía saber sobre mi familia. Sobre mi vida. Sobre quién era el monstruo y quién era la víctima.

Todo mentira.

—¿Por qué me cuenta esto ahora?

—Porque su padre está muerto. —Heredia termina su vino—. Y porque usted está haciendo preguntas que van a despertar a un monstruo que lleva nueve años dormido.

—Mi madre no...

—Su madre es la persona más peligrosa que he conocido en mi vida. Y he conocido a muchas. —Me mira—. ¿Cree que fue casualidad que Adrián Vega heredara exactamente el cincuenta por ciento de la bodega? ¿Cree que Ignacio hizo ese testamento por su cuenta?

No entiendo.

No quiero entender.

—Carmen sabía que Vega vendría a buscar venganza tarde o temprano. Sabía que usted volvería para el funeral. —Heredia se inclina hacia adelante—. El testamento fue su manera de asegurarse de que ustedes dos estarían juntos, haciendo preguntas, removiendo el pasado. Quería ver quién picaba primero. Quién descubría qué.

—¿Por qué?

—Porque si alguien descubría la verdad, ella necesitaba saber quién y cuánto. Para poder eliminarlo.

El chaleco me aprieta. El restaurante se cierra a mi alrededor. Todo es demasiado pequeño, demasiado caliente, demasiado.

—Ha estado observándonos.

—Desde el primer día. —Heredia asiente—. ¿Por qué cree que la llamé? No fue por altruismo, señorita Mendoza. Fue porque si usted

sigue investigando sin saber contra quién se enfrenta, acabará muerta. Y entonces ella ganará otra vez.

—¿Y a usted qué le importa?

—Me importa porque llevo nueve años cargando con la muerte de un chico de veintidós años. —Por primera vez, algo humano cruza su rostro. Algo que se parece al arrepentimiento—. Hice lo que Carmen me pidió. No voy a fingir que soy inocente. Pero al menos puedo intentar que no haya más muertos.

Salgo del restaurante sin recordar cómo.

Las piernas me llevan a través de la plaza, pasando junto a la fuente, esquivando turistas que sonríen para fotos que nunca miraré. El sol de mediodía me golpea la cara pero no siento nada. Estoy vacía. Hueca. Un cuerpo sin persona dentro.

Mi madre mató a Lucas.

Mi madre me habría matado a mí.

Mi madre ha estado observándome desde que llegué, esperando el momento perfecto para...

—Vera.

Adrián. Está ahí, saliendo de la terraza donde esperaba, cruzando hacia mí con pasos rápidos. Debe ver algo en mi cara porque cuando me alcanza no dice nada, solo me agarra del brazo y me guía hacia un callejón lateral, lejos de las miradas, lejos de todo.

—¿Qué ha pasado?

—Mi madre.

—¿Qué pasa con ella?

—Fue ella. —Las palabras salen como cristales rotos. Cortando mientras escapan—. Ella ordenó matar a Lucas. Ella amenazó a mi padre para que callara. Ella ha estado observándonos todo este tiempo.

Adrián se queda inmóvil.

—¿Carmen?

—Carmen. Mi madre. La mujer que me crio. La mujer que... —no puedo terminar. No puedo—. Fue ella desde el principio. Todo.

Su expresión cambia. Pasa de shock a comprensión a algo más oscuro. Más frío.

—El fraude.

—Ella lo diseñó. Ella decidió que tu padre tenía que caer. Ella...

—Mi padre murió en prisión por algo que ella hizo.

No es pregunta. Es la verdad asentándose en sus huesos como veneno.

—Sí.

Adrián golpea la pared. Un puñetazo seco que le deja los nudillos en carne viva. No parece sentirlo.

—Quince años. —Su voz es hielo—. Quince putos años odiando a tu padre cuando debería haber odiado a tu madre.

—Lo siento.

—No te disculpes por ella. —Me mira. Hay furia en sus ojos pero también otra cosa. Miedo—. Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—A cualquier parte que no sea esa casa. Si Carmen sabe que hemos hablado con Heredia...

Mi móvil suena.

El nombre en la pantalla me congela la sangre.

Mamá.

Adrián ve la pantalla. Su mano se cierra sobre mi muñeca.

—No contestes.

—Tengo que hacerlo.

—Vera...

—Si no contesto, sabrá que algo va mal.

Tiene razón y lo sabe. Me suelta. El teléfono sigue sonando.

Contesto.

—¿Mamá?

—Cariño. —Su voz es la de siempre. Dulce. Maternal. Completamente falsa—. ¿Dónde estás? Llevas toda la mañana fuera.

—He ido a Haro. A dar una vuelta.

—Qué bien. ¿Sola?

La pregunta es una trampa. Lo sé. Ella lo sabe.

—Sola.

—Perfecto. Vuelve pronto, ¿vale? He preparado tu plato favorito para comer. Pollo al ajillo, como cuando eras pequeña.

Pollo al ajillo. El plato que me hacía cuando estaba enferma. El plato que asocio con cuidados y amor maternal.

El plato que ahora sabe a veneno.

—Claro, mamá. Vuelvo en una hora.

Cuelgo.

Adrián me mira.

—No vas a volver a esa casa.

—Claro que voy a volver. —Mi voz suena extraña. Calmada. Como si perteneciera a otra persona—. Voy a volver, voy a mirarla a los ojos, y voy a hacer que confiese.

—Vera, es peligroso. Si ella sospecha...

—Mató a mi hermano. —Le miro—. ¿De verdad crees que voy a huir?

Silencio.

—No. —Adrián respira hondo—. No creo que vayas a huir. Pero tampoco voy a dejarte ir sola.

—No puedes venir conmigo. Si te ve...

—Entonces estaré cerca. Como hoy. Esperando. —Su mano encuentra la mía. La aprieta—. No voy a perderte, Vera. No ahora que acabo de encontrarte.

Debería decir algo. Algo que esté a la altura de lo que siento, de lo que él siente, de este momento imposible en el que todo se derrumba y él es lo único que me mantiene en pie.

En lugar de eso, lo beso. Fuerte. Desesperado. Como si fuera la última vez.

Quizá lo sea.

—Vuelve a mí —dice contra mis labios—. Promételo.

—Lo prometo.

Esta vez no miento.

10

MADRE

El olor a ajo frito me recibe en la puerta.

Familiar. Doméstico. El aroma de mil tardes de infancia, de fiebres curadas con caldo y cariño, de una madre que me cepillaba el pelo mientras me contaba cuentos sobre princesas que siempre encontraban a su príncipe.

Nunca me contó cuentos sobre madres que mataban a sus hijos.

Esos no venden.

—¡Vera! —Su voz llega desde la cocina. Alegre. Musical. El mismo tono que usaba para despertarme los domingos—. Llegas justo a tiempo. Está casi listo.

Cruzo el recibidor. Mis botas suenan demasiado fuerte contra el suelo de piedra. El chaleco me aprieta bajo la camisa, recordándome que esto no es una comida familiar. Es un interrogatorio. Es una guerra.

Es el principio del fin.

La cocina está igual que siempre. Azulejos blancos y azules que mi abuela trajo de Portugal. Ollas de cobre colgando del techo. Una ventana que da al jardín donde Lucas y yo jugábamos de niños, antes de que todo se torciera, antes de que las mentiras echaran raíces tan hondas que acabaron ahogándonos.

Y en el centro, mi madre.

Carmen Mendoza. Sesenta y un años. Pelo recogido en un moño perfecto. Delantal de flores sobre un vestido gris perla. Las manos manchadas de aceite removiendo algo en una sartén con movimientos que parecen coreografiados.

Siempre ha sido así. Siempre perfecta. Siempre controlada. Incluso ahora, sabiendo lo que sé, no puedo evitar pensar que parece una madre de anuncio. El tipo de mujer que debería estar vendiendo detergente o seguros de vida, no enterrando secretos.

Ni hijos.

—Siéntate, cariño. —Señala la mesa con la espátula—. Te he puesto tu sitio de siempre.

Mi sitio de siempre. A la izquierda de la cabecera. Frente a donde solía sentarse Lucas. Ahora una silla vacía que nadie ha ocupado en nueve años.

Me siento.

Ella sirve.

El pollo huele exactamente como lo recordaba. Piel dorada, ajo crujiente, ese toque de pimentón que mi madre jura que es el secreto de su receta. Me pone el plato delante con el cuidado de una sacerdotisa preparando una ofrenda.

—Come. Estás demasiado delgada.

No toco el tenedor.

—¿Qué tal Haro?

La pregunta sale plana. Sin acusación. Sin nada. Solo quiero ver qué hace.

Mi madre se sienta frente a mí. En el sitio de Lucas. La primera vez que lo hace en nueve años.

—Bien, supongo. ¿Encontraste lo que buscabas?

Sabe.

Por supuesto que sabe.

—He hablado con Sebastián Heredia.

Lo digo sin preámbulos. Sin preparación. Quiero ver la reacción en tiempo real, antes de que pueda construir una máscara.

Mi madre no parpadea.

—Ya. —Coge su copa de vino. Bebe. El cristal ni tiembla—. Me preguntaba cuánto tardarías.

—¿No vas a negarlo?

—¿Negar qué exactamente? —Me mira. Sus ojos son del mismo color que los míos: verde oscuro, casi negro en esta luz. Los ojos que heredé. Los ojos de una asesina—. Sebastián te habrá contado una historia. Quiero saber cuál.

—Me ha contado que llamaste la noche que murió Lucas. Que le pediste que lo *detuviera*.

—Eso es cierto.

La admisión me golpea aunque la esperaba. Hay algo obsceno en oírlo de su boca, en esa voz tranquila, maternal, que solía cantarme nanas.

—Mataste a Lucas.

—No. —Por primera vez, algo cruza su rostro. Algo que podría ser dolor si no conociera a la persona que tengo delante—. Le pedí a Sebastián que lo retrasara. Que pinchara las ruedas de su coche, que lo distrajera, cualquier cosa que le impidiera llegar a la comisaría esa noche. Nunca le pedí que lo matara.

—Pero murió.

—Sí. Murió. —Deja la copa. Sus manos siguen quietas. Perfectamente quietas—. Sebastián se excedió. Actuó por su cuenta. Cuando me enteré de lo de los frenos ya era demasiado tarde.

—¿Y esperas que te crea?

—Espero que entiendas. —Se inclina hacia adelante. Su voz baja, se vuelve casi íntima—. Tu hermano iba a destruirnos. Había

encontrado las cartas entre tu padre y Ricardo. Iba a ir a la policía esa misma noche. ¿Sabes lo que habría pasado?

No respondo.

—Tu padre habría ido a prisión. La bodega habría desaparecido. Esta casa, esta tierra, todo lo que generaciones de Mendozas construyeron... se habría perdido. Y tú —me señala con un dedo que no tiembla— habrías crecido siendo la hija de un estafador. Sin herencia. Sin futuro. Sin nada.

—Eso no te daba derecho a...

—¿A proteger a mi familia? —Algo se enciende en sus ojos. Algo frío, calculador, que nunca había visto—. Todo lo que hice, *todo*, fue para proteger a esta familia. A tu padre. A ti. Incluso a Lucas, hasta que él decidió que la verdad era más importante que nosotros.

—Lucas tenía razón.

—Lucas era un idealista estúpido que no entendía cómo funciona el mundo. —La máscara maternal se resquebraja. Debajo hay algo más duro. Más antiguo—. Quería justicia. Quería hacer lo correcto. Pero lo correcto habría destruido a todos los que decía querer.

—Así que lo mataste.

—*No lo maté*. —Por primera vez, su voz sube—. Quería pararlo. Solo eso. Pero Sebastián... —se detiene. Respira—. Sebastián tomó una decisión que yo nunca habría tomado.

—Y después le pagaste. Le pagaste para que callara.

—¿Qué otra opción tenía? Mi hijo estaba muerto. Nada iba a traerlo de vuelta. Pero tú seguías viva. Tu padre seguía vivo. Había que proteger lo que quedaba.

La lógica es perfecta. Fría. Monstruosa.

Y lo peor es que puedo seguirla. Puedo ver los pasos, las decisiones, el momento en que cada pieza encajó en su sitio. Mi madre no es una psicópata. Es algo peor: una mujer que tomó decisiones imposibles y encontró la manera de vivir con ellas.

—Papá lo sabía.

—Tu padre lo supo después. Cuando ya no había nada que hacer. —Algo cruza su rostro. Algo que se parece a la tristeza—. Quiso ir a la policía. Contarlo todo. Entregarse.

—¿Y lo amenazaste?

—Le hice ver la realidad. Si hablaba, tú serías la siguiente en sufrir las consecuencias. Sebastián todavía tenía... utilidad. Y tu padre no estaba dispuesto a arriesgarte.

—Lo convertiste en tu prisionero.

—Lo protegí de sí mismo. —Su voz es firme. Convencida—. Ignacio era un hombre débil. Sentimental. Habría destruido todo por culpa. Alguien tenía que ser fuerte.

—¿Fuerte? —La palabra me sabe a bilis—. Mataste a tu hijo.

—*No lo maté*. —Se levanta. Por primera vez, su compostura se agrieta. Hay algo salvaje debajo, algo que ha estado conteniendo durante nueve años—. He vivido cada día desde entonces con el peso de esa noche. ¿Crees que no lo siento? ¿Crees que no me despierto cada mañana viendo su cara?

—No me importa lo que sientas.

—Debería importarte. —Da un paso hacia mí—. Porque todo lo que hice, *todo*, fue para que tú tuvieras una vida. Para que no tuvieras que cargar con los errores de tu padre. Para que pudieras ser libre.

—¿Libre? —Me levanto. La silla chirría contra el suelo—. He pasado nueve años huyendo de un fantasma. Creyendo que fue mi culpa, que si hubiera estado aquí, que si hubiera hecho algo distinto. Y todo este tiempo tú sabías. Sabías exactamente lo que pasó y me dejaste pudrir en la culpa.

—La culpa te mantuvo lejos. —Lo dice como si fuera obvio. Como si fuera un regalo—. Mientras estuvieras en Francia, mientras creyeras que no había nada aquí para ti, estabas a salvo. Sebastián no tenía razón para buscarte. Nadie la tenía.

—Me manipulaste.

—Te protegí.

—*Me destruiste*.

Las palabras salen rotas. Nueve años de dolor comprimido en tres palabras que no alcanzan a contener todo lo que siento.

Mi madre me mira. Y por un momento —solo un momento— veo algo humano. Algo que podría ser arrepentimiento.

—Lo sé. —Su voz es apenas un susurro—. Pero estás viva. Y eso es lo único que importa.

—¿Y ahora qué?

La pregunta la hace ella. Tranquila otra vez. La máscara de vuelta en su sitio.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes la verdad. Has hablado con Sebastián. Probablemente has hablado con Vega. —Me estudia con esos ojos que son los míos —. ¿Vas a ir a la policía?

—¿Debería?

—Podrías. —Se encoge de hombros. El gesto es tan casual que resulta obsceno—. Pero piénsalo bien. Sebastián negará todo. No hay pruebas físicas después de nueve años. Tu palabra contra la mía. Y yo soy una viuda respetable que acaba de enterrar a su marido. ¿Quién va a creer que maté a mi propio hijo?

—Tengo las fotos del informe del mecánico.

Algo parpadea en su expresión. Algo que no había visto.

—¿Qué fotos?

—Fermín Aguirre. El mecánico que examinó el coche. Guardó fotos del informe original antes de que desapareciera. Las tengo yo.

Por primera vez, veo miedo real en la cara de mi madre.

—Eso no prueba nada sobre mí.

—No. Pero prueba que fue asesinato. Y si es asesinato, hay una investigación. Y si hay investigación, aparecen los pagos. Los de Sebastián. Los del mecánico. Los que hiciste durante años para mantener todo enterrado. —Doy un paso hacia ella—. ¿De verdad crees que no dejaste rastro?

—Vera...

—Tengo nueve años de rabia acumulada y toda la eternidad para buscar. ¿Cuánto tiempo crees que tardaré en encontrar lo que necesito?

El silencio que sigue es denso. Pesado. Mi madre me mira como si me viera por primera vez.

—Te pareces a mí.

La frase me golpea como un puñetazo.

—No me parezco a ti.

—Sí lo haces. —Hay algo en su voz. Algo que podría ser orgullo—. Esa determinación. Esa capacidad de hacer lo que hay que hacer. La heredaste de mí.

—Yo nunca mataría a mi familia.

—¿No? —Inclina la cabeza—. ¿Qué estás haciendo ahora mismo? Vienes a mi casa, me acusas de asesinato, amenazas con destruirme. Si me entregas a la policía, destruyes el nombre de esta familia para siempre. Destruyes tu propia herencia. Destruyes todo lo que tu padre intentó proteger.

—Mi padre intentó protegerme de ti.

—Tu padre hizo lo que le dije que hiciera. Como siempre. —La máscara se ha caído del todo. Lo que hay debajo es frío, duro, implacable—. Ignacio era un hombre bueno. Demasiado bueno. No tenía estómago para las decisiones difíciles. Alguien tenía que tomarlas.

—¿Y eso te convierte en qué? ¿En una heroína? ¿En una mártir?

—Me convierte en una superviviente. —Da otro paso hacia mí. Estamos a menos de un metro. Puedo oler su perfume, el mismo que usa desde que tengo memoria. Gardenias. El olor de mi infancia —. Y tú puedes serlo también. O puedes destruirlo todo por un fantasma que lleva nueve años muerto.

—¿Qué me estás ofreciendo?

—Paz. —Lo dice como si fuera simple—. Olvidas lo que sabes. Te quedas. Heredas la bodega, la casa, todo. Vives la vida que tu padre quería para ti.

—¿Y Adrián?

—Vega puede quedarse o irse. Me da igual. Mientras no hable.

—¿Y si habla?

Silencio. La respuesta está en sus ojos.

—No vas a tocarlo.

—No voy a hacer nada que no sea necesario. —Su voz es suave. Razonable. Aterradora—. Pero si tú o él decidís convertiros en un problema... bueno. Ya sabes de lo que soy capaz.

Ahí está.

La amenaza que sabía que vendría.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy explicando cómo funciona el mundo. —Coge mi mano. Sus dedos son fríos, secos, familiares—. Eres mi hija. Te quiero más que a nada. Pero no voy a dejar que destruyas lo que he construido. No después de todo lo que he sacrificado.

—Sacrificaste a Lucas.

—Perdí a Lucas. —Por primera vez, algo se quiebra en su voz—. No es lo mismo.

—Para mí sí lo es.

Me suelto. Retrocedo. Mi espalda toca la encimera.

—No voy a aceptar tu oferta.

—Vera, piénsalo bien...

—Ya lo he pensado. —Mi voz sale firme. Más firme de lo que me siento—. Voy a ir a la policía. Voy a contarles todo. Y voy a dejar que te pudras en la cárcel como dejaste que se pudriera Ricardo Vega.

Mi madre me mira. Larga. Fijamente.

Y entonces hace algo que no espero.

Sonríe.

—Está bien. —Asiente. Como si yo acabara de elegir qué cenar—. Si eso es lo que quieres. Pero antes de que te vayas, hay algo que deberías saber.

—No quiero saber nada más.

—Oh, esto sí querrás. —Se apoya en la mesa. Casual. Relajada. Como si tuviera todo el tiempo del mundo—. ¿Sabes por qué tu padre dejó el cincuenta por ciento de la bodega a Adrián Vega?

No respondo. Pero algo en mi estómago se congela.

—No fue idea de Ignacio. Fue mía. Le convencí de que era la forma de expiar sus pecados. De darle algo a la familia que había destruido. Muy noble, ¿verdad? —Pausa—. Pero la verdadera razón era otra.

—¿Cuál?

—Quería ver qué hacía Adrián cuando volviera. Quería saber si había heredado la rabia de su padre o si había algo más. —Me mira—. Y quería ver qué hacías tú cuando estuvierais juntos.

—Ya me lo dijo Heredia. Querías saber cuánto descubríamos.

—Eso también. Pero hay algo más. —Su sonrisa se ensancha—. ¿No te has preguntado por qué tu padre insistió tanto en que volvieras para el funeral? ¿Por qué dejó instrucciones específicas de que debías estar presente para la lectura del testamento?

No.

No me lo había preguntado.

—Tu padre sabía que iba a morir. El cáncer le dio tiempo para prepararse. Y usó ese tiempo para asegurarse de que, cuando él no estuviera, tú descubrirías la verdad.

—¿Qué?

—Ignacio dejó pistas. En la caja fuerte. En las cartas. En la forma en que estructuró el testamento. Quería que encontraras todo. Quería que supieras lo que yo hice. —Su voz se vuelve amarga—. Su último acto de rebeldía. Después de nueve años de silencio, encontró la manera de hablar desde la tumba.

Mi padre.

Mi padre lo planeó.

Todo este tiempo pensé que era Adrián quien movía las piezas. O Carmen. Pero fue mi padre. Desde el más allá, orquestando su propia venganza contra la mujer que lo había convertido en cómplice de asesinato.

—Así que verás —continúa mi madre—, no importa lo que hagas ahora. Ignacio ganó. Tú sabes la verdad. Adrián sabe la verdad. El legado de los Mendoza está manchado para siempre. —Pausa—. Lo único que queda por decidir es si quieres mancharte tú también arrastrándome a los tribunales.

La puerta de la cocina se abre.

Adrián.

Mi madre gira la cabeza. No parece sorprendida.

—Vega. Me preguntaba cuánto tardarías en aparecer.

—He oído suficiente.

Su voz es hielo. Está pálido, tenso, con una furia contenida que vibra bajo la superficie. En su mano hay un teléfono. La grabadora encendida.

Mi madre lo ve.

—Ah. Qué listo. —Asiente despacio—. Supongo que eso cambia las cosas.

—Supones bien.

Adrián camina hacia mí. Se pone a mi lado. Su mano encuentra la mía y la aprieta con fuerza, como si necesitara asegurarse de que sigo aquí, de que estoy bien, de que no me ha perdido.

—Tenemos su confesión —dice—. Tenemos las fotos del mecánico. Tenemos las cartas de la caja fuerte. —Mira a mi madre—. Se acabó, Carmen.

Mi madre nos mira. A él. A mí. A nuestras manos entrelazadas.

—¿Sabes qué es lo más irónico? —dice—. Que después de todo lo que hice para proteger a esta familia, eres tú quien va a destruirla. Mi propia hija. Con el hijo del hombre que arruiné.

—No destruyo nada. —Mi voz suena extraña. Lejana—. Solo dejo que la verdad salga a la luz.

—La verdad. —Escupe la palabra—. La verdad es que hice lo que tenía que hacer. La verdad es que este mundo premia a los fuertes y destroza a los débiles. La verdad es que si tuviera que volver a elegir, haría exactamente lo mismo.

—Excepto que esta vez no podrás.

Adrián saca su teléfono. Marca un número.

—¿Policía? Sí. Tenemos que denunciar un asesinato.

Mi madre no se mueve.

Solo me mira.

Y en sus ojos veo algo que no esperaba.

Orgullo.

—Te pareces a mí —repite—. Más de lo que crees.

No respondo.

Porque una parte de mí —pequeña, oscura, enterrada donde nadie puede verla— sabe que tiene razón.

11

DESPUÉS

La policía tarda diecisiete minutos.

Los cuento. Cada uno. Sentada en la silla de la cocina donde hace un rato iba a comerme el pollo al ajillo que preparó mi madre, la asesina de mi hermano, mientras ella me explicaba con esa voz dulce que heredé cómo el amor maternal justifica el homicidio.

No me he movido.

Adrián tampoco. Está de pie junto a la ventana, vigilando el camino, con el teléfono todavía en la mano como si fuera un arma. Quizá lo es. Las palabras grabadas en ese aparato van a destruir a mi madre más de lo que cualquier bala podría.

Carmen está sentada frente a mí.

No ha intentado huir. No ha gritado. No ha llorado. Solo se ha servido otra copa de vino y me mira con esa expresión que no consigo descifrar. ¿Orgullo? ¿Resignación? ¿La paz de quien sabe que la partida ha terminado?

—Deberías comer algo —dice.

Me río. Es un sonido horrible, roto, que no reconozco.

—¿De verdad estás preocupándote por si como?

—Siempre me he preocupado por ti. Eso no cambia.

—Todo cambia.

Las sirenas. Lejanas primero, luego más cerca, hasta que el sonido llena la cocina y las luces azules parpadean contra los azulejos

portugueses de mi abuela.

Mi madre se levanta.

—Vera.

No quiero mirarla. Lo hago igual.

—Hagas lo que hagas con la bodega, con la casa, con todo... no dejes que te destruya. —Se alisa el delantal. Un gesto absurdo, doméstico, en medio del apocalipsis—. Ya he perdido un hijo. No podría soportar perderte a ti también.

—Tú me perdiste hace nueve años. Solo que ninguna de las dos lo sabía.

Algo cruza su rostro. Algo que podría ser dolor si viniera de cualquier otra persona.

La puerta se abre. Voces. Uniformes. El mundo real irrumpiendo en esta pesadilla de cocina y familia rota.

Y yo sigo sin moverme.

Se la llevan sin resistencia.

Manos a la espalda, pasos medidos, la cabeza alta como si estuviera yendo a una gala en lugar de a una celda. Hasta el final, Carmen Mendoza mantiene la compostura. Hasta el final, es exactamente quien siempre fue: una mujer que nunca permitió que nadie la viera vulnerable.

Ni siquiera su hija.

Especialmente su hija.

Hay preguntas. Muchas. Un inspector con bigote gris que parece demasiado cansado para las once de la noche. Adrián entrega la grabación, explica lo de las fotos, menciona a Heredia. Yo asiento cuando me preguntan cosas y respondo con monosílabos que no recuerdo en cuanto salen de mi boca.

En algún momento, firmo algo.

En algún momento, la casa se vacía.

En algún momento, nos quedamos solos.

El silencio es lo peor.

Adrián está en el umbral de la cocina. Yo sigo en la silla. Entre nosotros, el espacio donde estuvo mi madre hace una hora, confesando asesinato mientras me ofrecía comida casera.

—Vera.

—No.

—No he dicho nada.

—Ibas a preguntarme cómo estoy. Y no sé cómo responder a eso.

Da un paso hacia mí. Otro. Se arrodilla frente a mi silla, las manos en mis rodillas, los ojos buscando los míos con esa intensidad que ya no me asusta sino que me ancla.

—No iba a preguntarte eso.

—¿Entonces qué?

—Si quieres quedarte aquí o irte a otra parte. Esta casa... —mira a su alrededor. La cocina perfecta, los azulejos, el plato de pollo que nadie ha tocado—. No tienes que quedarte si no quieres.

No había pensado en eso.

Esta casa donde crecí. Donde Lucas me perseguía por los pasillos. Donde mi madre me enseñó a cocinar y mi padre me leía cuentos y todo parecía normal, todo parecía amor, y debajo había un pozo negro del que nunca sospeché.

—No quiero estar aquí.

—Vale.

—Pero tampoco puedo irme. No todavía. Si me voy ahora, si huyo otra vez... gana ella.

Adrián asiente. Entiende. Por supuesto que entiende. Él lleva quince años sin huir de nada.

—Entonces nos quedamos. —Se levanta. Me tiende la mano—. Pero no aquí. No en esta cocina. Vamos arriba.

Tomo su mano.

Y por primera vez en horas, algo dentro de mí se desbloquea.

La habitación de invitados huele a él.

No sé cuándo pasó. Hace una semana era un cuarto impersonal con muebles que nadie usaba. Ahora hay una camisa suya sobre la silla, un libro en la mesilla, ese aroma a madera y algo más oscuro que ya asocio con seguridad cuando debería asociarlo con peligro.

—Siéntate —dice.

Obedezco. Porque no tengo fuerzas para discutir. Porque sentarme es lo único que puedo hacer ahora mismo sin desmoronarme.

Adrián desaparece en el baño. Oigo agua corriendo. Vuelve con una toalla húmeda.

—Tienes sangre en la mano.

Bajo la mirada. Tiene razón. Debo haberme clavado las uñas sin darme cuenta. Cuatro medialunas rojas en la palma izquierda, pequeñas heridas que ni siquiera sentí abrir.

Se arrodilla otra vez. Me limpia la mano con una delicadeza que no esperaba de él, que no esperaba de nadie, que hace que algo se rompa en mi pecho y de pronto estoy llorando.

No sé cuándo empecé.

No sé si puedo parar.

Son lágrimas feas. Silenciosas primero, luego con sonidos que no controlo, el tipo de llanto que guardas nueve años hasta que el peso es demasiado y tu cuerpo decide por ti que ya basta, que tiene que salir, que no puedes seguir cargando con esto un segundo más.

Adrián no dice nada.

Solo me sostiene.

Sus brazos a mi alrededor, su pecho contra mi mejilla, el latido de su corazón marcando un ritmo que poco a poco va calmando el mío. No me dice que todo va a estar bien. No me dice que soy fuerte. No me dice ninguna de las mentiras que la gente cuenta cuando no sabe qué hacer con el dolor ajeno.

Solo está ahí.

No sé cuánto tiempo pasa.

Cuando las lágrimas se agotan —porque se agotan, el cuerpo tiene límites incluso para el dolor— estoy tumbada en la cama con la cabeza en su hombro. Él tiene una mano en mi pelo, acariciando despacio, un gesto tan íntimo que debería sentirse extraño pero no lo hace.

Nada con él se siente extraño ya.

—Adrián.

—¿Mm?

—Gracias. Por estar ahí. En la cocina. Si no hubieras grabado...

—Habría sido tu palabra contra la suya. Lo sé.

—¿Cómo supiste que tenías que entrar?

—No lo supe. —Su mano se detiene un momento. Luego sigue acariciando—. Pero llevabas demasiado tiempo ahí dentro y no podía seguir esperando. Si no hubieras conseguido que hablara... habría tenido que improvisar.

—Improvisar.

—Soy bueno improvisando.

Me incorporo un poco. Lo suficiente para verle la cara. Está cansado. Tiene ojeras que no había notado antes, una tensión en la mandíbula que no se ha ido del todo.

—¿Estás bien?

—¿Yo?

—Acababas de descubrir que Carmen destruyó a tu familia. Que tu padre murió por algo que ella hizo. Que quince años de odio estaban mal dirigidos. —Pauso—. No puedo ser la única que está hecha pedazos aquí.

Algo cambia en su expresión. Se suaviza. Se abre.

—Estoy... procesando. —Busca las palabras—. Quince años odiando a tu padre. Quince años planeando cómo arrebatarle todo lo que tenía. Y ahora resulta que él también era una víctima. Que el monstruo era otro.

—Otra.

—Otra. —Me mira—. No sé qué hacer con eso. Todavía no.

—¿Y qué haces cuando no sabes qué hacer?

—Normalmente, planeo. Analizo. Busco el siguiente paso.

—¿Y ahora?

—Ahora... —Su mano sube a mi cara. Me acaricia la mejilla con el pulgar, limpiando un rastro de lágrimas que no sabía que quedaba—. Ahora solo quiero estar aquí. Contigo. Sin pensar en el siguiente paso.

—¿Es suficiente?

—Es todo.

Lo beso.

No es como los otros besos. No hay urgencia. No hay hambre desesperada ni tensión a punto de explotar. Es algo más lento, más profundo, el tipo de beso que das cuando ya no tienes que luchar contra lo que sientes.

Sus labios contra los míos. Su mano en mi nuca. El calor de su cuerpo tan cerca que puedo sentir cada respiración.

—Vera. —Murmura mi nombre contra mi boca—. No tenemos que...

—Lo sé.

—Ha sido un día...

—Lo sé.

—Si no estás...

—Adrián. —Me separo lo justo para mirarlo—. Lo sé. Y quiero esto. Te quiero a ti.

Las palabras salen antes de que pueda pensarlas. Quedan flotando entre nosotros, demasiado grandes para el espacio, demasiado reales para fingir que no las he dicho.

Adrián me mira. Sus ojos son oscuros, brillantes, llenos de algo que no puedo nombrar pero que reconozco porque lo siento yo también.

—Yo también te quiero a ti. —Lo dice bajo, casi un secreto—. Desde antes de saber que podía. Desde antes de querer admitirlo.

Y entonces deja de hablar.

Y yo dejo de pensar.

Sus manos en mi piel son como fuego.

Me quita la camisa despacio, con una reverencia que no esperaba, que hace que se me cierre la garganta. Debajo está el chaleco que me puso esta mañana, el que me hizo prometer que llevaría, y cuando lo ve algo cruza su cara —alivio, miedo retrospectivo, el peso de todo lo que podría haber salido mal.

—No te lo quites todavía —digo.

No sé por qué lo digo. Quizá porque ahora mismo el chaleco se siente como parte de mí, como la armadura que necesité para enfrentar a mi madre. Quizá porque no estoy lista para estar completamente desnuda, completamente vulnerable, aunque sea con él.

Asiente. No pregunta. Me besa el hombro, el cuello, ese punto detrás de la oreja que no sabía que era sensible hasta que su boca lo encontró.

—Dime si quieres que pare.

—No quiero que pares.

—Dime si...

—Adrián. —Le agarro la cara con las dos manos. Le obligo a mirarme—. Confío en ti. ¿Vale? Confío en ti más que en nadie. Y necesito esto. Necesito sentir algo que no sea dolor.

Algo se rompe en su expresión. Algo que estaba conteniendo desde que nos conocimos, quizá desde mucho antes.

—Vale.

Y entonces me muestra exactamente lo que es sentir algo que no sea dolor.

No es perfecto.

No hay música ni velas ni ninguna de las tonterías que aparecen en las películas. Hay torpeza al quitarnos la ropa, manos que no saben dónde ir al principio, un momento en que me golpeo el codo con la mesilla y los dos nos reímos aunque nada debería ser gracioso esta noche.

Pero es real.

Su cuerpo sobre el mío, dentro del mío, moviéndose con un ritmo que vamos encontrando juntos. Sus ojos que no se apartan de los míos ni siquiera cuando todo se vuelve demasiado intenso, demasiado bueno, demasiado. La forma en que dice mi nombre como si fuera lo único que sabe decir.

—Vera.

—Aquí.

—Vera.

—Aquí. Estoy aquí.

Y lo estoy. Por primera vez en nueve años, estoy completamente aquí. No huyendo. No escondiéndome. No fingiendo que el pasado no existe.

Estoy exactamente donde quiero estar.

Cuando llego al borde —ese momento en que todo se tensa y el mundo desaparece— él está conmigo. No antes, no después. Conmigo. Cayendo juntos hacia algo que no tiene nombre pero que se siente como el principio de algo, no como un final.

Después, tumbados en sábanas revueltas, su brazo sobre mi cintura y mi cabeza en su pecho, pienso en lo que mi madre dijo.

Te pareces a mí.

Quizá tiene razón. Quizá hay algo de ella en mí que nunca podré eliminar. La determinación. La capacidad de tomar decisiones difíciles. La oscuridad que habita en algún rincón que prefiero no mirar.

Pero hay una diferencia.

Ella usó esa oscuridad para destruir. Para controlar. Para matar.

Yo la usé para buscar la verdad. Para hacer justicia. Para elegir a alguien que me eligió a mí.

Quizá me parezco a mi madre.

Pero no soy ella.

Y eso, por ahora, es suficiente.

Me despierta el sol.

Y algo más: el olor a café subiendo por las escaleras. El sonido de alguien moviéndose en la cocina. Por un segundo —solo un segundo — creo que es mi madre preparando el desayuno como hacía cuando era niña, y el pánico me aprieta el pecho antes de que la realidad vuelva.

Mi madre está en una celda.

Adrián está en mi cocina.

Y yo estoy desnuda en una cama que huele a sexo y a algo nuevo, algo que todavía no sé cómo llamar pero que me hace querer sonreír a pesar de todo.

Me pongo su camisa —la que estaba sobre la silla, la que huele a él — y bajo las escaleras.

Está de espaldas a la puerta, haciendo algo en los fogones. La luz de la mañana lo recorta contra la ventana y por un momento me quedo ahí, mirándolo, sintiendo algo que se parece peligrosamente a la felicidad.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día?

No se ha girado. Pero sabe que estoy aquí.

—Estaba disfrutando de las vistas.

Ahora sí se gira. Una sonrisa cruza su cara cuando ve lo que llevo puesto.

—Esa es mi camisa.

—Lo sé.

—Te queda mejor a ti.

Cruzo la cocina. Me pongo a su lado. Él me pasa un brazo por la cintura como si lleváramos haciendo esto toda la vida, como si no fuera la primera mañana de lo que sea que somos ahora.

—He tirado el pollo —dice—. Y todo lo que había en la nevera. Empezamos de cero.

Empezamos de cero.

Sí. Quizá eso es exactamente lo que hacemos.

—¿Qué hay de desayunar entonces?

—Tostadas. Café. Y huevos que probablemente voy a quemar porque no sé cocinar una mierda.

Me río. Es la primera vez que me río de verdad desde... no sé. No recuerdo.

—Déjame a mí.

Le quito la espátula. Él no protesta. Solo se apoya en la encimera y me mira con esa expresión que todavía no sé descifrar del todo pero

que hace que algo cálido se expanda en mi pecho.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. Solo... esto.

—¿Esto qué?

—Tú. Aquí. Así. —Pausa—. Nunca pensé que tendría esto.

—¿Una mujer quemándote el desayuno?

—Una razón para quedarse.

Las palabras me golpean. Porque sé lo que significan. Sé que él pasó quince años viviendo solo para la venganza, solo para destruir lo que mi familia le había quitado. Y ahora que eso ha terminado —ahora que la verdad ha salido y el enemigo ha cambiado de cara— no sabe quién es sin la rabia.

Igual que yo no sabía quién era sin la huida.

—Pues quédate —digo—. Y lo vamos descubriendo juntos.

No es una promesa. No es un plan. Es solo una puerta que se abre hacia algo que ninguno de los dos sabe nombrar todavía.

Pero es suficiente.

Por ahora, es todo lo que necesitamos.

12

RAÍCES

Tres días.

Tres días desde que mi madre entró en un coche patrulla con las manos a la espalda. Tres días desde que lloré hasta vaciarme en brazos de un hombre que debería ser mi enemigo. Tres días de huevos quemados, café demasiado fuerte y noches donde el sexo es lo único que consigue que mi cerebro deje de gritar.

No está mal para ser el apocalipsis.

El titular del periódico regional está sobre la mesa de la cocina. No lo he leído. Adrián tampoco. Pero las palabras me miran cada vez que paso, como una acusación que no puedo esquivar.

DETENIDA LA VIUDA DE IGNACIO MENDOZA POR EL ASESINATO DE SU HIJO

Mi madre. Mi hermano. Mi padre, aunque ya esté muerto. Todos nuestros secretos expuestos para que los desconocidos los devoren con el café de la mañana.

Qué asco.

—Deberías comer algo.

Adrián. Siempre con lo mismo. Como si la comida pudiera arreglar algo.

—He comido.

—Media tostada hace cuatro horas no cuenta.

—¿Ahora llevas la cuenta de lo que como?

—Llevo la cuenta de todo lo tuyo.

Lo dice sin mirarme, concentrado en algo que hace en la encimera. Debería molestarme. No lo hace. Hay algo en su forma de cuidar —torpe, insistente, sin pedir permiso— que me desactiva las defensas.

Quizá porque nadie me había cuidado así.

Quizá porque no sabía que lo necesitaba.

El abogado llega a las once.

Se llama Gonzalo Arrieta y tiene el aspecto de alguien que ha visto demasiada mierda para que nada le sorprenda. Traje arrugado, maletín de cuero gastado, una calma en los ojos que solo tienen los que han pasado décadas en salas de juzgados.

—Señorita Mendoza. Señor Vega. —Nos da la mano a cada uno. Firme. Profesional—. Gracias por recibirme.

Lo guiamos al despacho de mi padre. La ironía no se me escapa: estamos a punto de discutir el caso contra mi madre en la habitación donde ella probablemente planeó sus crímenes.

—El caso es sólido —dice Arrieta, sacando papeles de su maletín—. La grabación es admisible. Las fotos del mecánico corroboran la manipulación de los frenos. Y Sebastián Heredia ha aceptado testificar a cambio de inmunidad parcial.

—¿Inmunidad?

La palabra me sale envenenada.

—Parcial. —Arrieta me mira con algo que podría ser compasión—. No irá a prisión por el asesinato, pero sí por encubrimiento y obstrucción. Cinco años, probablemente menos con buena conducta.

—Ese hombre mató a mi hermano.

—Ese hombre es la única prueba directa que tenemos contra su madre. Sin su testimonio, el caso se vuelve circunstancial. —Arrieta junta las manos sobre la mesa—. Entiendo que es difícil. Pero si queremos que Carmen Mendoza pague por lo que hizo, necesitamos a Heredia.

Adrián pone una mano en mi rodilla. Bajo la mesa. Donde nadie puede verlo. Un ancla silenciosa que dice *estoy aquí*.

—¿Cuánto tiempo pasará en prisión? —pregunta él. Su voz es neutra. Controlada. Pero conozco esa tensión en su mandíbula.

—Con los cargos actuales —homicidio, conspiración, encubrimiento— estamos mirando entre veinte y treinta años. —Arrieta hace una pausa—. A su edad, probablemente morirá en prisión.

Debería sentir algo. Satisfacción. Alivio. Justicia.

Solo siento vacío.

—¿Y Ricardo Vega? —La pregunta de Adrián me sorprende—. Mi padre murió en prisión por un crimen que no cometió. ¿Hay forma de rehabilitar su nombre?

Arrieta asiente despacio.

—Con el testimonio de Heredia y las cartas que encontraron, hay base para reabrir el caso y exonerarlo póstumamente. Llevará tiempo, pero es posible.

Miro a Adrián. Algo cambia en su cara. Algo que llevaba quince años congelado empieza a derretirse.

Su padre va a ser inocente otra vez.

El mío, culpable para siempre.

Qué equilibrio tan retorcido.

Arrieta se va después de dos horas de papeles y explicaciones.

Me quedo en el despacho. Adrián ha ido a acompañarlo a la puerta. El silencio de esta habitación me aplasta. Los libros de mi padre en las estanterías. Su silla vacía. El olor a cuero y tabaco que nunca desaparece del todo.

¿Él lo sabía? ¿Cuántas noches se sentó aquí, mirando estas mismas paredes, cargando con el secreto de que su esposa había asesinado a su hijo?

Nueve años. Nueve años de silencio para protegerme.

Y al final, encontró la manera de hablar. Desde la tumba, orquestando cada pieza para que yo descubriera la verdad.

Te perdono, papá.

Las palabras me sorprenden. No las había pensado antes. Pero están ahí, reales, sólidas, saliendo de un lugar que no sabía que existía.

No te perdono por mentir. No te perdono por ser débil. Pero te perdono por intentar protegerme de la única manera que sabías.

Hay un ruido en la puerta. Pero no es Adrián.

. . .

Martín.

Está en el umbral del despacho con aspecto de no haber dormido en días. Barba de tres días, ropa arrugada, ojos que parecen haber llorado aunque él jamás lo admitiría.

—Acabo de enterarme. —Su voz es ronca—. He estado en Bilbao, con mi hermana. No tenía cobertura en el hospital y cuando volví...

—¿Tu hermana está bien?

—Sí. No. Es complicado. —Sacude la cabeza—. No importa. Vera, ¿cómo estás? He leído los periódicos. He visto las noticias. Tu madre... Carmen...

—Mi madre mató a Lucas.

Lo digo plano. Sin emoción. Porque si le pongo emoción, me derrumbo, y no puedo derrumbarme delante de Martín. No ahora. No cuando todo es tan frágil.

—Joder. —Da un paso hacia mí. Otro. Se detiene a mitad del despacho, como si no supiera si tiene derecho a acercarse más—. Vera, lo siento. Lo siento muchísimo. Si hubiera sabido, si hubiera sospechado...

—Nadie lo sabía.

—Pero yo debería haber... esa noche, cuando Lucas... si hubiera hablado antes, si hubiera ido a la policía en lugar de...

—Martín. —Me levanto. Cruzo hacia él—. No fue culpa tuya. No podrías haberlo sabido. Nadie podría.

—Pero tú lo descubriste. Tú y... —Sus ojos van hacia la puerta. Hacia donde se fue Adrián—. Vega.

Ahí está.

La pregunta que no hace pero que cuelga entre nosotros como un cadáver que nadie quiere mirar.

—Sí. Adrián y yo.

—¿Estáis juntos?

Podría mentir. Podría suavizarlo. Podría decir *es complicado* o *no sé lo que somos* o cualquiera de las evasivas que la gente usa para no hacer daño.

Pero ya he tenido suficientes mentiras para toda una vida.

—Sí.

Martín asiente. Despacio. Como si estuviera procesando un golpe que sabía que venía pero que duele igual.

—¿Desde cuándo?

—Desde... no sé. ¿Desde siempre? ¿Desde hace una semana? —Me froto la cara—. Todo ha pasado tan rápido que no sé dónde empezó.

—¿Lo quieres?

La pregunta me detiene en seco.

¿Lo quiero? Hace una semana ni siquiera sabía que existía. Hace cinco días era el hombre que había venido a destruir a mi familia. Hace tres días le dije *te quiero* mientras hacíamos el amor en una cama que olía a ceniza y supervivencia.

—Sí. —La palabra sale sola. Verdadera—. No sé cómo ni por qué, pero sí. Lo quiero.

Martín cierra los ojos. Un segundo. Dos. Cuando los abre, hay algo diferente. Algo que se ha rendido.

—Vale.

—¿Vale?

—No tengo derecho a pedirte nada, Vera. Nunca lo tuve. Esperé nueve años para decirte lo que sentía y cuando por fin lo hice ya era demasiado tarde. —Una sonrisa triste cruza su cara—. Lucas me habría dado un hostia por ser tan cobarde.

—Martín...

—No. Déjame terminar. —Respira hondo—. Quiero que seas feliz. De verdad. Y si Vega te hace feliz, entonces... bien. Me alegro. Pero si alguna vez te hace daño, si alguna vez necesitas algo, lo que sea...

—Estarás ahí.

—Siempre. —Pausa—. Aunque sea solo como el idiota que fue amigo de tu hermano y que nunca tuvo los huevos de decirte que estaba enamorado de ti.

Me río. Es un sonido húmedo, entre risa y lágrima, el tipo de ruido que haces cuando algo duele y sana al mismo tiempo.

—Eres un buen hombre, Martín Soler.

—No lo suficiente.

—Más de lo que crees.

Un ruido en la puerta. Esta vez sí es Adrián.

Los dos hombres se miran.

Martín con esa resignación de quien ha perdido una batalla que nunca peleó. Adrián con la tensión de un animal que no sabe si el otro es amenaza o no.

—Vega.

—Soler.

Silencio.

Podría cortar esta tensión con un cuchillo. Podría intervenir, decir algo, suavizar el momento. Pero hay cosas que los hombres tienen

que resolver entre ellos, aunque sea a base de miradas que hablan más que las palabras.

—He venido a ver cómo estaba Vera —dice Martín—. Y a ofrecerme para lo que necesitéis. Con el caso, con la bodega, con lo que sea.

Adrián no responde inmediatamente. Lo estudia. Buscando algo —trampa, mentira, amenaza— que claramente no encuentra.

—Necesitamos a alguien que conozca la tierra. Los viñedos. El negocio. —Pausa—. ¿Seguirías dispuesto a trabajar con nosotros?

Martín parpadea. No esperaba eso.

—¿Nosotros?

—Vera y yo. Vamos a quedarnos con la bodega. —Adrián me mira. Hay una pregunta en sus ojos: *¿verdad?* Asiento. Vuelve a Martín—. Pero ninguno de los dos sabe llevar un negocio así. Necesitamos ayuda.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Te estoy ofreciendo la oportunidad de formar parte de lo que vamos a construir. Si quieres.

Martín me mira. Buscando confirmación. Buscando permiso.

—Nos vendría bien tenerte cerca —digo—. Como amigo.

La palabra cuelga en el aire. *Amigo*. No *algo más*. Solo amigo.

Martín asiente. Despacio. Una despedida y un nuevo comienzo en el mismo gesto.

—De acuerdo. —Tiende la mano a Adrián—. Como amigo. De los dos.

Adrián la acepta.

Y algo que llevaba tenso desde que estos dos hombres entraron en mi vida finalmente se suelta.

Martín se va al atardecer.

Adrián y yo lo vemos marcharse desde el porche, su camioneta oxidada desapareciendo por el camino entre las viñas. El sol está cayendo y tiñe todo de ámbar, de oro viejo, de ese color que tienen las cosas cuando están a punto de terminar o a punto de empezar.

—Eso ha sido generoso —digo.

—¿El qué?

—Ofrecerle trabajo. Convertir a tu rival en empleado.

Adrián se encoge de hombros.

—No era mi rival. Nunca lo fue.

—Estaba enamorado de mí.

—Sí. Pero tú no de él. —Me mira. Hay algo ahí, en sus ojos, que todavía me quita el aliento—. Lo supe la primera vez que te vi mirándolo. Había afecto. Historia. Pero no... esto.

—¿Esto qué?

—Esto. —Me agarra de la cintura. Me acerca—. Lo que pasa cuando te miro. Lo que pasa cuando me miras.

Tiene razón. Con Martín había comodidad. Familiaridad. El eco de una vida que podría haber tenido si todo hubiera sido diferente.

Con Adrián hay fuego. El tipo de fuego que destruye y reconstruye al mismo tiempo. Que duele y sana. Que te consume y te hace más.

—Vamos a quedarnos con la bodega —digo. No es pregunta. Es decisión—. Los dos. Juntos.

—Sí.

—Y vamos a construir algo nuevo. Algo que no esté manchado por todo lo que hicieron nuestros padres.

—Sí.

—¿No tienes nada más que decir?

—Tengo muchas cosas que decir. —Sus manos suben por mi espalda. Se enredan en mi pelo—. Pero ahora mismo prefiero hacer.

Me besa.

Ahí, en el porche donde mi padre fumaba sus puros y mi madre servía limonada los domingos de verano. Donde Lucas corría de niño y donde todo se torció sin que nadie lo supiera.

Me besa como si quisiera borrar todo eso. Como si sus labios pudieran reescribir la historia de este lugar.

Quizá no puedan.

Pero al menos pueden empezar una nueva.

Esa noche hacemos el amor en la habitación de mis padres.

No sé por qué. Quizá porque es la habitación más grande. Quizá porque necesito reclamar este espacio, arrancarlo del pasado, convertirlo en algo mío.

Quizá porque soy tan retorcida como mi madre y esto es mi forma de ganar.

El pensamiento debería asustarme. No lo hace.

Adrián me desnuda despacio. Prenda a prenda. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo aunque ambos sabemos que nada está garantizado. Me mira con esa reverencia que todavía no me acostumbro a ver, como si yo fuera algo precioso cuando me siento cualquier cosa menos eso.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En que mi madre dormía en esta cama.

—¿Quieres que paremos?

—No. —Lo atraigo hacia mí—. Quiero que me hagas olvidar que alguna vez fue suya.

Y lo hace.

Con manos que saben exactamente dónde tocar. Con labios que recorren cada centímetro de mi piel como si estuviera memorizándola. Con un ritmo que empezamos juntos y que juntos

vamos escalando hasta que no hay espacio para pensar en mi madre, en Lucas, en nada que no sea él y yo y este momento.

Cuando llego al borde, grito su nombre.

No el de ella.

El de él.

Adrián.

El nombre del hombre que vino a destruir mi familia y acabó salvándome de ella.

Después, en la oscuridad, con su cuerpo enroscado al mío, hablo.

—¿Alguna vez pensaste que acabaríamos así?

—¿Cómo? ¿Desnudos en la cama de tus padres después de mandar a tu madre a la cárcel?

—Jodidos. Pero juntos.

Su risa es baja, íntima, el tipo de sonido que solo haces cuando estás completamente relajado.

—No. Cuando vine aquí, solo quería destruir. A tu padre. Todo lo que tenía. Pero entonces te vi y... —se detiene. Busca las palabras—. No estaba preparado para ti.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tenía un plan. Quince años de plan. Y en una semana lo tiraste todo a la mierda.

—¿Eso es malo?

—Es lo mejor que me ha pasado. —Me besa la frente—. Pero no se lo digas a nadie. Tengo una reputación que mantener.

—¿De qué? ¿De hombre misterioso y peligroso?

—De hombre que no se deja domesticar por nadie.

—Yo no te estoy domesticando.

—No. —Sus dedos trazan círculos en mi espalda—. Tú me estás salvando. Que es mucho peor para la reputación.

Me río. Es un sonido limpio, sorprendente, el tipo de risa que no sabía que todavía podía hacer.

—Nos salvamos mutuamente —digo—. Eso es lo que hacen las personas rotas. Se ayudan a recomponer las piezas.

—¿Estamos rotos?

—Hechos añicos. —Pausa—. Pero ya no estamos solos.

Silencio.

El tipo de silencio que no necesita llenarse. Que existe porque todo lo importante ya se ha dicho.

Me duermo en sus brazos.

Y por primera vez desde que volví a esta casa, no tengo pesadillas.

13

TIERRA

Los trabajadores me odian.

No lo dicen. No hace falta. Lo veo en cómo bajan la mirada cuando paso, en cómo los murmullos se apagan justo antes de que entre en una habitación, en la forma en que dicen *señorita Mendoza* con la boca y *hija de puta* con los ojos.

No los culpo.

Carmen les pagaba bien. Les daba trabajo estable en una zona donde los jóvenes huyen hacia las ciudades. Les sonreía en las fiestas de vendimia y conocía los nombres de sus hijos. Para ellos no era una asesina. Era la señora. La jefa. La mujer que mantenía esto en pie mientras su marido se consumía de cáncer y su hija jugaba a ser francesa en Burdeos.

Y ahora esa hija ha vuelto a destruirlo todo.

Son las siete de la mañana. El sol todavía está bajo, tiñendo las viñas de ese rosa sucio que tienen los amaneceres de septiembre. Pronto empezará la vendimia. La uva está casi lista, pesada de azúcar, oscura como sangre coagulada. Y yo estoy aquí, en medio de un viñedo que mi familia ha trabajado durante generaciones, sintiéndome más intrusa que nunca.

—Te están mirando.

Adrián. A mi lado como siempre. El hombre que debería odiarme más que nadie y que sin embargo es el único que me sostiene.

—Lo sé.

—¿Quieres que hable yo?

—No.

Porque si dejo que él hable por mí, ya está. Entonces soy exactamente lo que creen: la niña que huyó y ahora vuelve a reclamar lo que no ha trabajado. La heredera que necesita que un hombre resuelva sus problemas. La sombra de mi madre sin ninguna de sus virtudes.

Camino hacia ellos.

Son doce. Todos hombres excepto Maribel, que lleva la contabilidad desde antes de que yo naciera. Tienen las manos curtidas y los ojos duros y ese tipo de escepticismo que solo desarrollas cuando tu vida depende de la tierra y la tierra te ha decepcionado demasiadas veces.

—Buenos días.

Silencio.

Uno de ellos —Tomás, creo, el capataz— da un paso adelante. Es grande, ancho, con una barba canosa que le come media cara. Me conoce desde que era una cría. Me ha visto correr entre estas viñas, robar uvas antes de tiempo, llorar cuando Lucas me tiraba del pelo.

Ahora me mira como si fuera una desconocida.

—Señorita Mendoza. —La palabra le sale rígida. Formal—. ¿Qué necesita?

—Hablar. Con todos vosotros. Sobre lo que va a pasar ahora.

—Ya sabemos lo que va a pasar. —Otra voz. Más joven. Hostil—. Vais a vender y nos vamos todos a la puta calle.

—No vamos a vender.

Eso los calla.

—¿Qué?

—Que no vamos a vender. —Los miro. Uno por uno. Intentando proyectar una seguridad que no siento—. Esta bodega va a seguir

funcionando. Con vosotros. Con los mismos contratos, los mismos salarios, las mismas condiciones. Lo único que cambia es quién firma los cheques.

—¿Y quién los firma ahora? —Tomás. Midiendo cada palabra—. ¿Usted?

—Yo y Adrián Vega. Al cincuenta por ciento.

Los ojos van hacia Adrián. Reconocimiento. Algunos lo recuerdan de cuando era niño, antes de que su padre cayera en desgracia. Otros solo conocen la historia: el hijo del estafador. El enemigo de los Mendoza.

El hombre que ahora duerme en mi cama.

—No entiendo nada. —Maribel. La única que se atreve a decir lo que todos piensan—. ¿Primero su madre mata a su hermano y ahora usted se asocia con el hijo del hombre al que su padre hundió? ¿Qué clase de familia es esta?

La pregunta duele porque no tiene respuesta.

¿Qué clase de familia somos? Una rota. Una mentirosa. Una que debería haber ardido hace años pero que por algún motivo sigue en pie, aunque sea sobre cenizas.

—No os pido que entendáis. —Mi voz sale más firme de lo que esperaba—. Solo que decidáis si queréis seguir trabajando aquí o no. Los que se queden tendrán trabajo. Los que prefieran irse recibirán una indemnización justa. Pero necesito saberlo antes de la vendimia.

Silencio.

Entonces Tomás asiente. Una sola vez.

—Yo me quedo.

Y como si eso rompiera algo, los demás empiezan a asentir también. Uno por uno. Hasta que solo quedan dos que se apartan, que murmuran algo sobre buscar trabajo en otra parte, que desaparecen hacia el aparcamiento sin mirar atrás.

Diez de doce.

No está mal para empezar.

El pueblo es peor.

Vamos a comprar provisiones al supermercado de siempre. El mismo donde mi madre hacía la compra cada sábado, donde conocía a las cajeras por su nombre, donde todo el mundo la saludaba con esa reverencia que se reserva para las matriarcas de las familias importantes.

Ahora el silencio nos sigue por los pasillos.

Cabezas que se giran. Murmullos que se apagan. Una mujer que agarra a su hija del brazo y la arrastra hacia otra sección, como si lo que tengo fuera contagioso.

Adrián aprieta mi mano.

—Ignóralos.

—Es difícil ignorar a un pueblo entero.

—Aprenderás.

Lo dice como quien sabe. Como quien ha vivido quince años siendo el hijo del traidor, el paria, el que carga con los pecados de su padre aunque nunca los cometiera.

—¿Cómo lo hacías? —pregunto mientras fingimos mirar latas de tomate—. Cuando eras niño. Cuando todos te miraban así.

—No lo hacía. —Coge una lata. La examina como si fuera lo más interesante del mundo—. Me largué en cuanto pude. Estudié fuera. Trabajé fuera. Construí una vida donde nadie supiera quién era mi padre.

—Pero volviste.

—Volví para vengarme. —Me mira. Algo oscuro cruza su expresión, algo que todavía está ahí aunque ya no domine—. Y mira cómo acabó eso.

—Acabó conmigo.

—Acabó contigo. —Sonríe. Pequeño. Real—. Lo único bueno que ha salido de toda esta mierda.

Una voz a nuestra espalda.

—Vera Mendoza.

Me giro.

Es una mujer. Sesenta y tantos. Pelo teñido de un rubio agresivo, labios finos, ojos que destilan el tipo de odio que solo se cultiva durante décadas.

No la reconozco.

—Soy Elena Vega. —Pausa—. La hermana de Ricardo.

Adrián se tensa a mi lado.

—Tía.

—No me llames así. —Lo mira con algo que no es exactamente afecto pero tampoco odio. Es más complejo—. Hace quince años que no existo para ti.

—Tía, no es el momento...

—Nunca es el momento contigo. —Vuelve a mí. Sus ojos me atraviesan—. Así que tú eres la que destapó todo. La que metió a su propia madre en la cárcel.

—Mi madre mató a mi hermano.

—Y a mi hermano. —Lo dice plano. Sin drama—. Puede que no apretara el gatillo, pero ella lo puso en la cárcel. Ella lo dejó morir ahí dentro. Sola. Abandonado. —Pausa—. ¿Sabes cuánto tiempo tardó en morirse? ¿Sabes lo que es el cáncer en una prisión donde a nadie le importa si vives o mueres?

No sé qué decir.

No hay nada que decir.

—No espero que te disculpes. No puedes disculparte por lo que hizo tu familia. —Elena da un paso hacia mí. No amenazante. Solo cerca —. Pero quiero que sepas algo. Mi hermano era un buen hombre.

Cometió errores, sí. Confió en quien no debía. Pero no merecía morir así. Y ahora, por fin, el mundo va a saberlo.

—Van a exonerarlo. —Adrián. Su voz contenida—. El abogado dice que hay base para limpiar su nombre.

Elena lo mira. Largo.

—Eso no me lo devuelve.

—No. Pero es algo.

—Es menos que algo. —Pero hay un cambio en su expresión. Algo que se suaviza en los bordes—. Pero supongo que es más de lo que teníamos hace un mes.

Se gira. Empieza a alejarse. Luego se detiene.

—Adrián.

—¿Sí?

—Ven a verme algún día. A la casa. —Pausa—. Tengo fotos de tu padre. De cuando era joven. De antes de todo. Quizá te gustaría verlas.

Y se va.

Adrián se queda inmóvil. Como si le hubieran golpeado.

—¿Estás bien?

—No lo sé. —Su voz suena lejana—. Llevo quince años sin hablar con ella. Creía que me odiaba.

—Quizá no te odiaba. Quizá solo estaba tan rota como tú.

Me mira. Algo vulnerable en sus ojos que casi nunca deja ver.

—Quizá.

. . .

Esa noche, la fiscalía llama.

El juicio será en seis semanas. Tendré que testificar. Contar todo lo que pasó. Sentarme a metros de mi madre mientras repito las

palabras que la condenarán.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando la pared.

—¿Vera?

Adrián está en la puerta. Ha debido oír algo en mi voz cuando contesté.

—Seis semanas.

No necesita que le explique. Viene hacia mí. Se sienta a mi lado en el sofá. No me toca. Solo está ahí. A veces eso es suficiente.

—¿Cómo te sientes?

—Como si tuviera que volver a matarla. —Las palabras salen antes de que pueda filtrarlas—. En la cocina fue... fue caliente. Fue rabia. Fue reacción. Pero esto va a ser frío. Calculado. Voy a sentarme en un estrado y decir las palabras que la meterán en prisión para siempre.

—¿Tienes dudas?

—No. —Es verdad. Sorprendentemente verdad—. Pero eso no lo hace más fácil.

—Nada de esto es fácil.

—No. —Lo miro—. ¿Tú testificarás?

—Me han citado para declarar sobre mi padre. Sobre el fraude original. Sobre cómo afectó a nuestra familia. —Pausa—. Van a usarnos a los dos para construir el caso.

—Los hijos contra la madre.

—No. Los supervivientes contra la asesina. Que es diferente.

Tiene razón. Pero no se siente diferente. Se siente como traición aunque sea justicia. Se siente como arrancarme un pedazo aunque ese pedazo esté podrido.

—A veces pienso en ella. —No sé por qué lo digo—. En cómo era antes. Cuando Lucas y yo éramos pequeños. Nos hacía tortitas los

domingos. Nos llevaba a la playa en verano. Era... era una buena madre.

—Quizá lo era.

—¿Cómo puede alguien ser buena madre y matar a su hijo?

—No lo sé. —Adrián me mira—. Pero las personas no son una sola cosa. Tu madre era muchas cosas a la vez. Algunas buenas. Algunas terribles. Y al final, las terribles ganaron.

—¿Y si yo también tengo eso dentro?

La pregunta que llevo días evitando. La que me despierta a las tres de la mañana. La que me hace mirarme en el espejo buscando a Carmen en mis ojos.

—Puede que lo tengas. —No me miente. Es una de las cosas que más me gustan de él—. Pero tenerlo no significa usarlo. Yo tenía rabia suficiente para destruir a tu familia entera. Quince años de rabia. Y cuando llegó el momento... elegí otra cosa.

—¿Qué elegiste?

—A ti.

Simple. Directo. Verdadero.

—Y si un día elijo mal? ¿Si la oscuridad gana?

—Entonces estaré ahí para recordarte quién eres. —Su mano encuentra la mía—. Y tú harás lo mismo por mí.

Es lo más cerca de una promesa que podemos hacer. No de felicidad eterna ni de finales perfectos. Solo de estar ahí. De ser testigos de la oscuridad del otro y no huir.

Quizá eso es suficiente.

Quizá es todo lo que cualquiera puede pedir.

A medianoche, no puedo dormir.

Adrián respira profundo a mi lado, perdido en un sueño que a mí me elude. Me levanto. Me pongo su camisa —ya es un hábito, usar su ropa cuando necesito sentirlo cerca— y bajo al porche.

La noche es fría. Septiembre en La Rioja ya huele a otoño, a uva madura, a algo que termina y algo que empieza. Las viñas son sombras oscuras contra un cielo lleno de estrellas. Las mismas viñas que mi bisabuelo plantó. Las mismas que mi padre cuidó. Las mismas que mi madre regó con secretos y sangre.

Ahora son mías.

Nuestras.

Pienso en Lucas. En cómo habría sido tenerlo aquí. Se habría reído de mí por volver. Habría odiado a Adrián por principio y luego lo habría adorado porque así era Lucas, intenso en todo, incapaz de medias tintas. Habría corrido entre las viñas como cuando éramos niños. Habría hecho el primer brindis de la vendimia. Habría sido el mejor de nosotros.

Pero no está.

Y yo tengo que aprender a ser suficiente sin él.

—Hey.

Adrián. En la puerta. Pelo revuelto de sueño, ojos todavía medio cerrados, buscándome en la oscuridad.

—No podía dormir.

—Ya. —Viene hacia mí. Se sienta en el escalón. Palmea el espacio a su lado—. Ven.

Me siento. Él me envuelve con un brazo. Huele a sueño y a algo que solo puedo describir como *casa*.

—¿En qué pensabas?

—En Lucas. En la vendimia. En si podemos hacer esto.

—Podemos.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque no tenemos otra opción. —Me aprieta contra él—. Y porque somos demasiado cabezotas para fracasar.

Me río. Pequeño. Cansado. Pero real.

—¿Esa es tu gran estrategia? ¿Cabezonería?

—Ha funcionado hasta ahora.

Miramos las viñas. El cielo. Las estrellas que han visto generaciones de Mendozas nacer y morir y cometer errores imperdonables.

—La próxima semana empieza la vendimia —digo.

—Lo sé.

—Va a ser un desastre. No sé nada de vino. Tú tampoco. Martín hace lo que puede pero no es suficiente. Los trabajadores nos odian. El pueblo nos odia. Y en seis semanas tengo que testificar contra mi madre.

—Sí.

—¿No tienes nada más útil que decir?

—Tengo esto. —Me gira la cara hacia él. Me besa. Lento. Profundo. El tipo de beso que dice más que cualquier palabra—. ¿Es suficiente?

Debería decir que no. Debería decir que necesito respuestas, planes, certezas. Debería exigir más que un hombre en un porche y un beso bajo las estrellas.

Pero mentiría.

—Es suficiente.

Por ahora.

Para empezar.

Y quizá, si tenemos suerte, para siempre.

14

VENDIMIA

Las cinco de la mañana huele a tierra mojada y a miedo.

Miedo mío, claro. Los demás llevan haciendo esto toda la vida. Para ellos es rutina: levantarse antes del sol, cargar las cajas, internarse en las viñas cuando el rocío todavía pesa en las hojas. Para mí es la primera prueba real de que no soy una impostora. De que puedo pertenecer a esta tierra que lleva generaciones perteneciendo a mi familia.

Aunque mi familia la haya regado con sangre.

—Toma.

Adrián me pasa unas tijeras de podar. Las miro como si fueran un arma. Quizá lo son.

—¿Sabes usarlas?

—No.

—Yo tampoco. —Sonríe. Esa sonrisa que todavía me desarma aunque ya debería haberme acostumbrado—. Aprenderemos juntos.

Martín aparece a nuestro lado. Tiene aspecto de llevar despierto desde hace horas, con esa energía de quien conoce el trabajo y lo respeta.

—Corte limpio, justo encima del racimo. Sin tirones. La uva es delicada, si la maltratas se estropea el mosto. —Nos mira a los dos. Algo entre paciencia y diversión—. Empezad por las hileras del

fondo. Las que dan menos sol. La uva ahí madura más lenta, así que es la primera que hay que recoger.

—¿Por qué?

—Porque si esperas, se pasa. Y si se pasa, el vino sabe a mierda. —Martín se encoge de hombros—. Viticultura básica. Tu padre lo sabía mejor que nadie.

Mi padre.

Es la primera vez que alguien menciona a Ignacio sin que suene a acusación. Como si hubiera sido, simplemente, un hombre que sabía de vino. Que amaba esta tierra. Que cometió errores terribles pero también hizo cosas bien.

—Gracias —digo.

Martín asiente. No pregunta por qué.

Quizá lo sabe.

El trabajo es brutal.

No había entendido lo que significa vendimiar hasta que llevo dos horas agachada entre las cepas, con la espalda gritando y los dedos manchados de un morado que no sale con nada. El sol ha salido ya, calentando el aire hasta convertirlo en algo espeso, difícil de respirar. El sudor me corre por la nuca y me empapa la camisa.

Y solo hemos hecho una hilera.

Adrián está a mi lado, igual de destrozado. Tiene las manos llenas de pequeños cortes donde las tijeras se le han escapado, y una mancha de zumo en la mejilla que le da aspecto de niño jugando a algo que no entiende.

—Esto es una mierda —dice.

—Sí.

—¿Por qué no contratamos a más gente?

—Porque nadie quiere trabajar para los Mendoza. Ya lo sabes.

—Podríamos pagar más.

—Con qué dinero.

Silencio. Porque esa es la realidad que ninguno quiere mirar de frente: las cuentas de la bodega están justas. Mi madre gestionaba el dinero con puño de hierro, pero ahora que no está, todo se tambalea. Los proveedores dudan. Los bancos preguntan. Los clientes esperan a ver qué pasa antes de renovar pedidos.

Esta vendimia tiene que salir bien.

Si no, todo lo demás no importa.

—Otra hilera —digo.

—Otra hilera —repite él.

Y seguimos.

A mediodía, Tomás trae agua.

Es un gesto pequeño. Una garrafa de plástico, vasos de papel, nada especial. Pero cuando me lo ofrece, hay algo diferente en sus ojos. Algo que no estaba ayer.

—No lo hacéis mal —dice—. Para ser novatos.

—Gracias. Creo.

—La señora Carmen nunca bajaba a las viñas. —Lo dice sin acusación. Solo como dato—. Tu padre sí. Todos los años, hasta que el cáncer pudo con él. Decía que un patrón que no conoce la tierra no merece poseerla.

Miro a mi alrededor. Las hileras que hemos limpiado, las cajas llenas de uva, mis manos destrozadas que duelen con cada movimiento.

—¿Por eso os quedasteis? ¿Porque mi padre bajaba a trabajar?

—Nos quedamos porque necesitamos el trabajo. —Tomás se encoge de hombros—. Pero respetamos a quien se lo gana. Eso no es algo que se pueda comprar.

Se va antes de que pueda responder.

Adrián me mira.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Creo que sí. No estoy segura.

—Pues brindemos. —Alza su vaso de papel—. Por ganarnos cosas que no se pueden comprar.

Chocamos los vasos.

El agua sabe a victoria pequeña.

Elena Vega aparece al atardecer.

No la esperábamos. Cuando su coche sube por el camino entre las viñas, Adrián se tensa a mi lado como si le hubieran dado una descarga.

—No tienes que...

—Sí tengo. —Me mira—. Pero quédate conmigo.

No es una orden. Es una petición. Y viniendo de él, que nunca pide nada, significa todo.

—Siempre.

Elena baja del coche con una caja de cartón en las manos. Es más pequeña de lo que recordaba, más frágil, aunque sus ojos siguen teniendo esa dureza de quien ha sobrevivido a cosas que no debería haber tenido que sobrevivir.

—He encontrado las fotos —dice sin preámbulos—. Las que te prometí.

Adrián no se mueve. Mira la caja como si contuviera algo vivo, algo que podría morderle.

—Tía...

—Sé que no hemos hablado en años. Sé que te fallé. —Elena respira hondo—. Cuando tu padre fue a prisión, estaba tan rota que no pude cuidar de nadie más. Ni siquiera de su hijo. Y eso fue... imperdonable.

—No necesito que...

—Sí necesitas. —Lo corta—. Necesitas saber que tu padre te quería más que a nada. Que hablaba de ti en cada visita, en cada carta. Que murió preguntando si estabas bien.

El silencio que sigue es denso. Puedo sentir cómo Adrián lucha por mantenerse entero, por no derrumbarse aquí, delante de la mujer que abandonó cuando más la necesitaba.

Pongo mi mano en su espalda. No es mucho. Pero es lo que puedo ofrecer.

—Dame la caja —dice finalmente.

Elena se la entrega. Sus manos tiemblan.

—Hay cartas también. De cuando eran jóvenes. Él y tu padre, Ignacio. —Me mira—. Eran amigos de verdad. Antes de todo. Antes de que el dinero y el orgullo lo estropearan.

—Lo sé —digo—. He leído algunas.

—Entonces sabes que no empezó con odio. Empezó con confianza. Y la confianza traicionada es el peor veneno que existe.

Adrián abre la caja.

Dentro hay fotos. Decenas. Algunas en blanco y negro, otras con ese color desteñido de los años ochenta. Hombres jóvenes riendo. Mujeres con peinados imposibles. Niños corriendo entre viñas que reconozco porque son las mismas donde acabo de pasar el día trabajando.

—Este es mi padre —dice Adrián, tocando una foto donde un hombre de ojos oscuros sonríe a la cámara. Tiene la misma mandíbula que Adrián. La misma forma de inclinar la cabeza—. Nunca lo había visto así. Joven. Feliz.

—Era feliz. —Elena se acerca—. Antes de que todo se torciera. Antes de Carmen.

El nombre de mi madre cae como una piedra en agua quieta.

—¿La conocías? —pregunto.

—Todos la conocíamos. Era la más lista del pueblo. La más ambiciosa. La que siempre sabía exactamente lo que quería y cómo conseguirlo. —Pausa—. Tu padre, Ignacio, estaba loco por ella. Y Ricardo... Ricardo la admiraba. Quizá demasiado.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. —Elena sacude la cabeza—. Cosas del pasado. Cosas que ya no importan.

Pero la forma en que lo dice sugiere exactamente lo contrario.

Elena se queda a cenar.

Es incómodo al principio. Tres personas en una mesa donde los fantasmas ocupan todas las sillas vacías. Pero poco a poco, entre el vino que abrimos de la bodega y las preguntas que nadie se atreve a hacer del todo, algo se suelta.

Elena cuenta historias de Ricardo. De cuando era niño y se escapaba para ver los tractores. De cuando conoció a Adrián por primera vez y lloró de alegría. De cuando todo era posible y nadie imaginaba cómo terminaría.

Adrián escucha. A veces pregunta. A veces solo mira las fotos que tiene esparcidas sobre la mesa, tocándolas como si pudiera absorber los recuerdos a través de la piel.

Yo los observo a los dos.

Y pienso en lo extraño que es esto. Que la hija de la mujer que destruyó a esta familia esté sentada aquí, compartiendo mesa con los supervivientes. Que Adrián me haya elegido a mí, precisamente a mí, cuando tenía todas las razones del mundo para odiarme.

—Gracias —dice Adrián cuando Elena se levanta para irse—. Por las fotos. Por... por venir.

—No me des las gracias todavía. —Elena lo mira—. Voy a testificar en el juicio. A favor de la acusación. Van a preguntarme cómo murió mi hermano y voy a contarlo todo. —Pausa—. ¿Puedes vivir con eso?

Adrián asiente.

—Es lo que quiero.

—Bien. —Elena me mira a mí—. ¿Y tú? ¿Puedes vivir sabiendo que voy a ayudar a meter a tu madre en la cárcel?

La pregunta debería doler más de lo que duele.

—Mi madre mató a mi hermano. —Las palabras salen firmes—. Cualquier cosa que la haga pagar por eso es lo correcto.

Elena asiente. Algo cambia en su expresión. Algo que se parece al respeto.

—Eres más fuerte de lo que pareces, Vera Mendoza.

—He tenido que aprender.

—Sí. Supongo que todos hemos tenido que aprender cosas que no queríamos.

Se va. El coche desaparece por el camino. Y Adrián se queda mirando el vacío con las fotos de su padre en la mano.

Esa noche, le encuentro en el porche.

Tiene una foto en la mano. La mira como si quisiera meterse dentro de ella, vivir en ese momento congelado donde su padre era joven y feliz y no sabía que acabaría muriendo solo en una celda.

—Hey.

No responde. Solo extiende un brazo. Una invitación.

Me siento a su lado. Su cuerpo se amolda al mío como si estuviéramos hechos para encajar así.

—Se parecía a ti —digo, mirando la foto.

—No. Él era mejor. —Su voz suena lejana—. Yo me pasé quince años odiando. Él nunca odió a nadie. Ni siquiera a los que lo traicionaron.

—Eso no lo hace mejor. Solo diferente.

—¿Crees eso?

—Creo que el odio te mantuvo vivo. Te dio un propósito cuando no tenías nada más. —Le miro—. Y creo que supiste soltarlo cuando

llegó el momento. Eso es lo que importa.

Silencio largo. El tipo que no necesita llenarse.

—Lo echo de menos —dice finalmente—. Y es estúpido porque apenas lo recuerdo. Tenía diez años cuando se lo llevaron. Pero hay... huecos. Lugares donde debería estar él y solo hay vacío.

—Lo sé. —Porque lo sé. Porque tengo los mismos huecos donde debería estar Lucas—. Los huecos no desaparecen. Pero aprendes a vivir alrededor de ellos.

—¿Y si no quiero?

—Entonces te caes dentro. Y no vuelves a salir. —Le cojo la cara. Le obligo a mirarme—. No voy a dejar que te caigas.

—¿Por qué?

—Porque te necesito entero. —Es la verdad más desnuda que he dicho nunca—. Porque no puedo hacer esto sola. Porque si tú te hundes, yo me hundo contigo.

Algo se rompe en su expresión. Algo que estaba conteniendo.

Y entonces me besa.

No es un beso suave. Es desesperado, húmedo, con sabor a vino y a lágrimas que no sé si son suyas o mías. Sus manos me agarran como si fuera lo único sólido en un mundo que se desmorona. Mi cuerpo responde sin permiso, arqueándose hacia él, buscando más, necesitando más.

—Vera.

—Aquí.

—Necesito...

—Lo sé. Yo también.

Hacemos el amor en el porche.

Como animales. Como supervivientes. Con la ropa a medio quitar y el suelo duro bajo mi espalda y las estrellas mirando desde arriba

como testigos mudos de algo que no tiene nombre pero que nos mantiene vivos.

No es bonito. No es romántico. Es crudo y torpe y perfecto porque es exactamente lo que necesitamos: recordar que estamos vivos, que tenemos cuerpos que sienten, que el dolor no es lo único que existe.

Cuando termina, nos quedamos tumbados mirando el cielo. Mi cabeza en su pecho. Su mano en mi pelo. El frío empezando a colarse entre la ropa revuelta.

—Mañana hay que volver a las viñas —digo.

—Lo sé.

—Y pasado. Y al otro. Hasta que la vendimia termine.

—Lo sé.

—¿Estás preparado?

—No. —Su risa es baja, agotada—. Pero eso no ha parado nunca a nadie.

Tiene razón. Preparados o no, la vida sigue. Las viñas no esperan. El juicio no espera. El mundo no se detiene porque dos personas rotas estén intentando reconstruirse entre los escombros de sus familias.

—Vamos dentro —digo—. Mañana empieza temprano.

Nos levantamos. Recogemos la ropa. Entramos en la casa que ahora es nuestra, que está llena de fantasmas pero también de posibilidades.

Y cuando me duermo, con su cuerpo enroscado al mío y las fotos de su padre sobre la mesilla, sueño con viñas. Con uvas maduras. Con un vino que todavía no existe pero que existirá porque nosotros lo haremos existir.

Es un buen sueño.

El primero en mucho tiempo.

15

ENSAYO

—Cuénteme qué pasó la noche del doce de septiembre.

La voz de Arrieta es neutral. Profesional. Exactamente como será la del fiscal mañana cuando me haga la misma pregunta delante de un juez, un jurado y mi madre.

Mi madre, que estará sentada a tres metros de mí mientras yo la entierro con palabras.

—Fui a cenar a su casa. A la casa familiar. Ella había preparado pollo al ajillo.

—¿Y qué ocurrió durante esa cena?

—Le pregunté por Sebastián Heredia. Por lo que había pasado la noche que murió Lucas.

—¿Y ella qué respondió?

Cierro los ojos. Puedo ver la cocina. Los azulejos portugueses. El olor a ajo. La cara de mi madre cuando dejó de fingir.

—Admitió que había llamado a Heredia esa noche. Que le pidió que detuviera a Lucas.

—¿Con esas palabras exactas?

—Dijo: *Haz lo que tengas que hacer. Pero Lucas no puede llegar a la comisaría.*

Arrieta asiente. Hace una nota. Su cara no revela nada.

—Bien. Eso es consistente con la grabación. El problema es que la defensa argumentará que esa frase no constituye una orden de asesinato.

—Pero lo era.

—Usted y yo lo sabemos. Pero el jurado necesita más. Necesitan entender quién era Carmen Mendoza. Qué la motivaba. Por qué habría llegado a ese extremo.

Me levanto. El despacho de Arrieta es pequeño, atestado de papeles, con una ventana que da a un callejón donde nunca entra el sol. Llevo tres horas aquí. Repitiendo las mismas respuestas. Afilando las palabras hasta convertirlas en armas.

—Mi madre era... —busco la palabra— *controladora*. Todo tenía que estar bajo su mando. La casa, el negocio, mi padre, nosotros. Cuando Lucas amenazó con exponerlo todo, perdió el control. Y ella no podía permitir eso.

—Mejor. —Arrieta escribe más notas—. Pero necesitamos ejemplos concretos. Momentos donde esa necesidad de control se manifestara.

Ejemplos.

Como si pudiera reducir veintisiete años de vida con mi madre a una lista de puntos para un jurado.

Adrián me espera fuera.

Está apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos y esa expresión que pone cuando intenta parecer tranquilo aunque no lo esté. Me ve salir y algo se relaja en sus hombros.

—¿Cómo ha ido?

—Como si me hubieran sacado las entrañas y las hubieran ordenado alfabéticamente.

—Eso suena a Arrieta.

—Es bueno. Lo sé. Pero cada vez que tengo que repetir lo que dijo, lo que hizo... es como vivirlo otra vez.

Me abre la puerta del coche. No dice nada. A veces el silencio es la única respuesta que tiene sentido.

El trayecto de vuelta a casa es largo. Logroño queda a cuarenta minutos de nuestro pueblo, y el paisaje que se despliega por la ventana —viñas, colinas, el río Ebro serpenteando entre campos— debería ser hermoso. Pero hoy solo veo tierra que esconde cosas. Secretos enterrados bajo cada hilera de cepas.

—¿En qué piensas?

—En lo que me ha pedido Arrieta. Ejemplos de que mi madre era controladora. Como si tuviera que demostrar algo que viví cada día de mi vida.

—¿Y los tienes? ¿Los ejemplos?

—Tengo demasiados. Ese es el problema. —Miro por la ventana—. Cuando era niña, elegía mi ropa hasta los doce años. No la que yo quería, la que ella consideraba apropiada. Cuando quise estudiar arte en la universidad, me convenció de que economía era mejor opción. Cuando Lucas empezó a salir con una chica que no le gustaba, la hizo desaparecer.

—¿Desaparecer?

—No literalmente. Pero habló con los padres de la chica. Les contó cosas sobre Lucas que no eran ciertas. A la semana, ella lo había dejado.

Adrián aprieta el volante.

—¿Y Lucas qué hizo?

—Nada. Éramos niños. No sabíamos que eso no era normal. Que las madres no manipulan, no controlan, no destruyen todo lo que se sale de su plan. —Pauso—. Hasta que lo supimos. Y entonces ya era demasiado tarde.

El silencio se alarga. Las viñas pasan. El sol empieza a caer.

—Lo que me jode —digo— es que parte de mí todavía la quiere. Después de todo. Después de saber lo que hizo. Hay una niña

dentro de mí que sigue queriendo que su madre la abrace y le diga que todo va a estar bien.

—Eso no te hace débil.

—¿Entonces qué me hace?

—Humana. —Me mira un segundo antes de volver a la carretera—. Ojalá yo pudiera decir lo mismo de mi padre. Pero no lo recuerdo lo suficiente para quererlo. Solo para echarlo de menos.

—No sé qué es peor.

—Probablemente ninguna. Son solo formas diferentes de estar jodidos.

Me río. Es un sonido roto, húmedo, pero es risa.

—Menudo par hacemos.

—El mejor. —Su mano encuentra mi rodilla. Aprieta—. Mañana a esta hora habrá terminado.

—No. Mañana empezará. El juicio dura tres días.

—Entonces en tres días habrá terminado.

—¿Y después?

—Después, lo que quede. Lo que construyamos. Lo que decidamos hacer con las cenizas.

Cenizas. Sí. Eso es lo que quedará cuando esto termine. Cenizas de una familia que nunca fue lo que parecía. Cenizas de una madre que elegí destruir. Cenizas de todo lo que creí ser.

Pero también tierra. Y sobre la tierra, crecen cosas nuevas.

En casa, Martín nos espera con noticias.

—La vendimia está terminada. Hemos sacado cuatro mil kilos más de lo esperado. —Tiene la cara manchada de morado y una sonrisa que no le había visto desde que empezó todo esto—. Si el vino sale bien, este año puede ser el mejor que ha tenido la bodega.

Cuatro mil kilos más.

Una buena noticia. Una pequeña victoria en medio de todo el desastre.

—Gracias, Martín. Por todo.

—No me des las gracias todavía. Todavía puede estropearse. Pero... —duda. Mira a Adrián y luego a mí—. Tenéis buena tierra. Y buenos trabajadores. Y sois más fuertes de lo que creéis.

Se va antes de que pueda responder. Adrián cierra la puerta y nos quedamos solos en el recibidor, con el peso del día cayendo sobre nuestros hombros.

—¿Tienes hambre?

—No.

—¿Quieres que hablemos?

—Tampoco.

—¿Qué quieres?

Lo miro. Este hombre que hace un mes era un desconocido y ahora es el único lugar donde me siento segura. Este hombre que tiene sus propios fantasmas pero que carga con los míos sin quejarse. Este hombre que mañana se sentará en ese juzgado y me verá destruir a mi madre, y seguirá ahí cuando termine.

—Quiero olvidar. Solo una noche. Mañana volveré a ser la hija que testifica contra su madre. Pero esta noche quiero ser solo... esto. Nosotros.

No dice nada.

Solo me coge de la mano y me lleva escaleras arriba.

Me desnuda despacio.

Como si tuviéramos tiempo. Como si mañana no existiera. Cada prenda que cae es un peso que desaparece, una capa de armadura que ya no necesito. Cuando quedo expuesta ante él, no siento vergüenza. Solo alivio.

—Mírate.

—No digas nada.

—Tengo que decirlo. —Sus manos recorren mis costados. Lentas. Reverentes—. Eres lo más hermoso que he visto. Y no hablo de tu cuerpo. Hablo de todo. De cómo has sobrevivido. De lo que has elegido ser.

—Adrián...

—Mañana vas a entrar en ese juzgado y vas a hacer lo más difícil que has hecho en tu vida. Y lo vas a hacer porque es lo correcto. Porque eres buena. Mejor de lo que cualquiera en tu familia ha sido jamás.

Las lágrimas vienen sin permiso. Las maldigo pero no las detengo.

—No me siento buena. Me siento como una traidora.

—No traicionas a alguien que nunca te fue leal. —Me limpia las lágrimas con los pulgares—. Tu madre te mintió toda tu vida. Te usó. Te habría destruido si hubiera sido necesario para proteger sus secretos. Eso no es amor. Es posesión.

—Pero era mi madre.

—Sí. Y eso lo hace peor, no mejor. —Me besa la frente. Los párpados. Las mejillas húmedas—. Pero ya no tienes que cargar con eso sola. Estoy aquí. No me voy a ir.

Le creo.

Quizá es estúpido. Quizá es ingenuo. Pero le creo.

Y cuando me besa de verdad, cuando su cuerpo encuentra el mío y empezamos a movernos juntos, no hay espacio para nada más. Solo esto. Solo ahora. Solo nosotros.

Después, en la oscuridad, no puedo dormir.

Adrián respira profundo a mi lado. Tiene un brazo sobre mi cintura, pesado, cálido, un ancla que debería mantenerme en tierra. Pero mi mente no para.

Pienso en lo que diré mañana.

Pienso en cómo me mirará mi madre cuando lo diga.

Pienso en Lucas. En si estaría orgulloso de mí o si me odiaría por tardar nueve años en hacer justicia. Nueve años huyendo mientras él se pudría en una tumba que nunca debería haber sido suya.

Me levanto. Necesito aire.

El pasillo está oscuro. Mis pies conocen el camino sin necesidad de luz. Bajo las escaleras. Cruzo la cocina —esa cocina donde todo cambió, donde el olor a ajo todavía me hace querer vomitar— y salgo al porche.

La noche es fría. Octubre ya muerde. Las viñas son sombras negras contra un cielo sin luna, y el silencio es tan denso que puedo oír mi propio corazón latiendo.

—Lucas.

Digo su nombre al vacío. Como si pudiera oírme. Como si existiera algo más allá de la muerte, algún lugar donde los hermanos asesinados esperan a que les hagan justicia.

—Mañana voy a contar lo que te hizo. Voy a decir su nombre en voz alta, delante de un juez, y voy a explicar cómo nuestra madre te mató. —La voz me tiembla—. Sé que debería haberlo hecho antes. Sé que tardé demasiado. Pero no sabía. Te juro que no sabía.

Silencio. Por supuesto. Los muertos no responden.

—No sé si me perdonarás. No sé si yo me perdonaré. Pero voy a intentar hacer esto bien. Por ti. Por papá. Por todos los años que nos robaron.

El viento mueve las hojas de las viñas. Un sonido suave, casi como un susurro. Podría imaginar que es Lucas. Podría pretender que me está diciendo que está bien, que todo va a estar bien.

Pero no soy tan ingenua.

Nada va a estar bien. Solo va a ser diferente. Y diferente es lo único que puedo ofrecer.

—¿Vera?

Adrián en la puerta. En calzoncillos, con el pelo revuelto, buscándome en la oscuridad.

—Aquí.

Sale al porche. Se sienta a mi lado. No pregunta qué hago aquí a las tres de la mañana hablando con un fantasma. Solo está.

—¿Preparada?

—No.

—Bien. —Me pasa un brazo por los hombros—. Yo tampoco.

—Tú no tienes que testificar contra tu madre.

—No. Pero tengo que verte hacerlo. Y eso es su propio tipo de infierno.

Lo miro. Hay algo en su cara que no había visto antes. Miedo. Miedo de verdad. No por él, sino por mí.

—¿Por qué?

—Porque sé lo que cuesta. Lo vi en mi tía cuando testificó sobre mi padre. Algo se rompe cuando tienes que poner en palabras lo impensable. Y mañana algo se va a romper en ti. Y yo voy a estar ahí viéndolo y sin poder hacer nada.

—Puedes hacer algo.

—¿Qué?

—Recoger los pedazos. Cuando termine. —Le cojo la mano—. Prométeme que los recogerás.

—Vera...

—Prométemelo.

Me mira. Largo. Profundo. Como si estuviera viendo algo que yo no puedo ver.

—Te lo prometo. Recogeré cada maldito pedazo. Y si faltan algunos, los fabricaré. Y si no quedan fuerzas, cargaré contigo hasta que las tengas.

—Eso es mucho.

—Es lo mínimo. —Me besa la sien—. Y ahora vamos dentro. Quedan cuatro horas hasta que amanezca y necesitas dormir aunque sea un poco.

—No podré.

—Entonces finge. Túmbate a mi lado y cierra los ojos y escucha mi corazón. A veces es suficiente.

A veces es suficiente.

Quizá tiene razón. Quizá eso es todo lo que podemos esperar: momentos donde el desastre se pausa y nos da espacio para respirar. Noches donde el miedo se aplaca lo justo para cerrar los ojos. Personas que nos sostienen cuando no podemos sostenernos solas.

Entramos. Subimos las escaleras. Nos metemos en la cama.

Y cuando pongo la cabeza en su pecho y escucho el latido de su corazón —constante, firme, vivo— algo en mí se calma.

No duermo.

Pero finjo.

Y cuando el amanecer empieza a colarse por la ventana, teñiendo el cuarto de un gris sucio que promete lluvia, estoy lista.

Lista para destruir a mi madre.

Lista para hacer justicia.

Lista para romperme en pedazos y confiar en que alguien los recogerá.

16

EL JUICIO

La veo antes de estar preparada.

Cruzo las puertas del juzgado con Adrián a mi lado, con el traje que me compré para esto —negro, sobrio, el tipo de ropa que te pones cuando vas a enterrar algo— y ahí está. Al final del pasillo. Flanqueada por dos guardias. Mirándome.

Carmen Mendoza.

Mi madre.

Está más delgada. El pelo más gris. Lleva un traje azul marino que reconozco —el que usaba para las reuniones importantes, el que decía que la hacía parecer *seria pero accesible*— y por un segundo, solo un segundo, parece frágil. Humana. La madre que me cepillaba el pelo de niña.

Entonces sonríe.

Y todo vuelve.

Esa sonrisa que conozco. Esa que usaba cuando sabía algo que tú no sabías. Cuando tenía el control aunque pareciera que no. Cuando movía las piezas del tablero mientras tú creías que el juego todavía no había empezado.

—Vera.

Mi nombre en su boca. Suave. Maternal. Obsceno.

—No le hables.

Adrián. Su mano en mi espalda. Empujándome hacia la sala.

—Estás muy guapa, cariño. Ese color te sienta bien.

Sigo caminando. No miro atrás. Pero su voz me persigue por el pasillo como un cuchillo lanzado a la espalda que no llega a clavarse pero te deja sintiendo el aire de la hoja.

La sala es más pequeña de lo que esperaba.

En las películas siempre parecen enormes, catedrales de justicia donde las voces resuenan y los dramas se despliegan en escenarios grandiosos. Esta es solo una habitación con bancos de madera, una mesa para el juez, otra para el fiscal y otra para la defensa. Paredes beige. Luz de fluorescente. El tipo de lugar donde se deciden vidas entre cafés tibios y pausas para ir al baño.

Hay poca gente. Elena Vega está en la primera fila del público, con la espalda recta y los ojos fijos en el vacío. Martín, más atrás, porque insistió en venir aunque le dije que no era necesario. Algunos periodistas al fondo. Y rostros que no reconozco, curiosos atraídos por el morbo de una madre asesina.

Me siento junto a Adrián. Su mano busca la mía bajo el banco. La aprieta.

—Respira.

—Estoy respirando.

—Estás conteniendo el aliento.

Tiene razón. Lo suelto. El aire sale en un siseo largo que suena demasiado fuerte en este silencio de espera.

La puerta lateral se abre.

Carmen entra.

Camina hacia la mesa de la defensa con pasos medidos, elegantes, como si esto fuera un evento social y no el lugar donde van a decidir si pasa el resto de su vida entre rejas. Se sienta. Cruza las manos sobre la mesa. Y entonces gira la cabeza y me mira directamente.

No aparta los ojos.

Yo tampoco.

Es un duelo silencioso. Madre contra hija. Asesina contra testigo. Dos mujeres que comparten sangre y nada más, mirándose a través de un abismo que ninguna puede cruzar.

El juez entra. Todo el mundo se levanta. Y el juicio comienza.

Heredia testifica primero.

Parece más viejo de lo que recordaba. Más pequeño. Como si los meses desde aquella reunión en Haro lo hubieran encogido, consumido desde dentro por el peso de lo que sabe y lo que hizo.

Cuenta todo. La llamada de Carmen esa noche. Las palabras exactas: *Haz lo que tengas que hacer. Pero Lucas no puede llegar a la comisaría.* Lo que él interpretó. Lo que decidió hacer. Los frenos saboteados. El accidente que no fue accidente.

Su voz tiembla cuando llega a la parte del cuerpo. De Lucas. De cómo lo encontraron.

No miro a Carmen. No puedo. Si la miro ahora, mientras escucho los detalles de cómo asesinaron a mi hermano, voy a levantarme y voy a cruzar esta sala y voy a hacer algo de lo que no podré volver.

Adrián aprieta mi mano más fuerte.

El abogado defensor se levanta para el contrainterrogatorio. Es un hombre calvo, con gafas, que habla con el tono de alguien que cobra por hora y no tiene prisa.

—Señor Heredia, ¿mi clienta le ordenó específicamente que matara a Lucas Mendoza?

—No con esas palabras.

—¿Le ordenó que saboteara los frenos de su coche?

—No específicamente.

—¿Le ordenó que causara un accidente?

—No, pero...

—Entonces lo que usted hizo fue decisión suya, ¿correcto? Mi clienta le pidió que *retrasara* a su hijo. Usted decidió asesinarlo.

La sala se tensa. El fiscal protesta. El juez interviene. Pero el daño está hecho. La semilla de la duda, plantada.

Miro a Carmen.

Sigue sonriendo.

Elena es la siguiente.

Cuenta lo de Ricardo. Los años de prisión. La enfermedad que nadie trató a tiempo. La muerte solitaria, abandonada, de un hombre inocente que pagó por los pecados de otros.

Su voz no tiembla. Está hecha de acero, de quince años de duelo convertidos en filo.

Cuando termina, el fiscal le pregunta:

—¿Qué perdió usted cuando su hermano fue encarcelado?

—Todo. Mi hermano. Mi sobrino, que no quiso volver a hablar conmigo. Mi fe en que el mundo tiene sentido. —Mira a Carmen—. Y todo por proteger una mentira.

El abogado defensor no la interroga mucho. ¿Qué va a preguntar? Elena no tiene pruebas directas contra Carmen. Solo tiene dolor. Y el dolor, por mucho que pese, no es admisible como evidencia.

—Señora Mendoza —dice el fiscal—, ¿está preparada para testificar?

No.

La palabra me estalla en el pecho.

Pero me levanto igual.

El estrado está frío.

Es lo primero que pienso cuando me siento. Qué frío hace aquí. Qué pequeño parece todo desde esta altura. Cómo la sala entera se ha convertido en un mar de caras que me miran esperando que hable, que cuente, que destruya a mi madre con palabras que llevo

semanas ensayando pero que ahora se me atoran en la garganta como huesos.

—Señora Mendoza, ¿puede contarnos lo que ocurrió la noche del doce de septiembre en casa de su madre?

Respiro. Busco a Adrián entre el público. Lo encuentro. Sus ojos oscuros, fijos en mí, diciendo *estoy aquí* sin palabras.

—Fui a cenar con mi madre. Había preparado pollo al ajillo.

Mi voz suena extraña. Lejana. Como si viniera de otra persona.

—¿Y qué ocurrió durante esa cena?

—Le pregunté por la noche que murió mi hermano. Le pregunté si sabía lo que había pasado realmente.

—¿Y qué respondió?

Miro a Carmen. No puedo evitarlo. Necesito ver su cara cuando diga esto.

Ella me devuelve la mirada. Tranquila. Como si estuviéramos en casa tomando el té.

—Admitió que había llamado a Sebastián Heredia la noche que Lucas murió. Que le pidió que lo detuviera.

—¿Con qué palabras exactas?

—*Haz lo que tengas que hacer. Pero Lucas no puede llegar a la comisaría.*

Un murmullo recorre la sala. El juez pide silencio.

—¿Qué interpretó usted de esas palabras?

—Que mi madre ordenó la muerte de mi hermano. —La voz me sale más firme de lo que esperaba—. Que estaba dispuesta a todo para evitar que la verdad sobre el fraude saliera a la luz. Incluyendo matar a su propio hijo.

—¿Su madre dijo algo más esa noche?

—Dijo que mi padre descubrió lo que había pasado después. Que quiso ir a la policía, confesar. Y que ella lo amenazó. Le dijo que si hablaba, yo sería la siguiente.

—¿La siguiente?

—En morir.

Silencio absoluto. Puedo oír mi propio corazón latiendo. Puedo sentir los ojos de todos clavados en mí como agujas.

Y entonces Carmen hace algo que no esperaba.

Se ríe.

No es una risa fuerte. Ni histérica. Es peor.

Es una risa suave, contenida, el tipo de sonido que haces cuando alguien cuenta un chiste que solo tú entiendes. Su abogado le pone una mano en el brazo. El juez frunce el ceño. Pero Carmen ya ha parado. Ya ha vuelto a su expresión serena.

Pero todos lo han visto.

Todos han oído.

Y algo dentro de mí se rompe.

No es el tipo de ruptura que esperaba. No es dramática. No hay lágrimas ni gritos ni el colapso que Adrián predijo. Es más silenciosa. Más definitiva. Como si una cuerda que llevaba tensa desde que nací finalmente se hubiera partido y ahora flotara libre en el vacío.

Mi madre se rio.

Mientras yo contaba cómo asesinó a mi hermano, mi madre se rio.

—¿Señora Mendoza? —El fiscal. Preocupado—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. —Mi voz es plana. Vacía—. Continúe.

—¿Hay algo más que su madre dijera esa noche que considere relevante?

Hay muchas cosas. Demasiadas. La forma en que justificó todo como *protección*. El orgullo en sus ojos cuando dijo *te pareces a mí*.

La oferta de silencio a cambio de mantener la herencia.

—Dijo que no se arrepentía. —Las palabras salen solas—. Que si tuviera que volver a elegir, haría exactamente lo mismo.

El fiscal asiente. Me mira con algo que podría ser compasión.

—No hay más preguntas.

El abogado defensor se levanta.

Y sé que ahora viene lo peor.

—Señora Mendoza, ¿es cierto que abandonó a su familia hace nueve años?

La pregunta me golpea.

—Me fui a vivir a Francia.

—¿Por qué?

—Porque no podía soportar estar aquí. Después de la muerte de Lucas.

—¿Y durante esos nueve años, visitó a su familia? ¿Llamaba con frecuencia?

—No mucho.

—¿Y ahora pretendemos creer que conoce íntimamente la dinámica familiar? ¿Que puede interpretar correctamente las palabras de una madre con la que apenas ha hablado en casi una década?

—Sé lo que oí.

—¿Lo sabe? —El abogado se pasea frente a mí—. ¿O está interpretando palabras ambiguas a través del filtro de su propio dolor? Perdió a su hermano. Perdió a su padre. Y ahora ha encontrado un culpable conveniente.

—Mi madre confesó.

—Su madre expresó pesar por una llamada que hizo hace nueve años. Una llamada que usted y su... —mira sus notas— *pareja*, el señor Vega, han convertido en una confesión de asesinato.

—Ella dijo...

—Señora Mendoza, ¿es cierto que usted mantiene una relación sentimental con Adrián Vega, el hijo del hombre que su padre supuestamente traicionó?

—Sí, pero eso no tiene...

—¿Y no es posible que el señor Vega, movido por un deseo de venganza contra la familia Mendoza, haya influido en su interpretación de los hechos?

—No.

—¿Está segura? ¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Después de heredar la mitad de una bodega que el señor Vega ahora controla con usted?

La rabia sube. Puedo sentirla en el pecho, caliente, peligrosa.

—Adrián no tiene nada que ver con esto.

—No hay más preguntas. —El abogado vuelve a su asiento. Satisfecho.

Y yo me quedo ahí, en el estrado, sintiendo que he fallado. Que las palabras que preparé durante semanas se han convertido en nada. Que mi madre sigue sonriendo porque sabe que está ganando.

El fiscal pide un receso.

Me bajo del estrado con las piernas temblando. Adrián está esperándome en el pasillo, y en cuanto las puertas se cierran detrás de nosotros, me abraza tan fuerte que casi duele.

—Lo has hecho bien.

—He fracasado.

—No. Has dicho la verdad. Eso es lo único que podías hacer.

—Se ha reído. —Mi voz sale rota—. Cuando he contado lo de Lucas, se ha reído.

—Lo sé. Todos lo han visto.

—¿Y qué importa lo que hayan visto? Su abogado ha conseguido que parezca que soy una hija resentida manipulada por su novio. Que todo esto es venganza personal, no justicia.

—El jurado no es estúpido.

—El jurado son personas. Personas que prefieren creer que las madres no matan a sus hijos porque la alternativa es demasiado horrible.

Silencio. Adrián no tiene respuesta para eso. Porque es verdad.

—Hay algo más —dice finalmente—. Arrieta quiere hablar contigo. Dice que tienen una prueba nueva.

—¿Qué prueba?

—No lo sé. Pero parecía... esperanzado.

Esperanzado. Una palabra que ya no sé cómo sentir.

La prueba es un vídeo.

Arrieta me lo explica en una sala pequeña mientras el juicio sigue en pausa. Hace dos días, la policía encontró una cámara de seguridad en una gasolinera a tres kilómetros de donde murió Lucas. Una cámara que nadie había revisado porque estaba fuera del área de búsqueda inicial.

El vídeo muestra un coche. El coche de Heredia. Parando en la gasolinera una hora antes del accidente. Y dentro del coche, hablando por teléfono, hay una mujer.

No se ve su cara. Pero se ve su mano. Y en esa mano, un anillo.

El anillo de compromiso de mi madre. El mismo que lleva puesto ahora mismo en la sala del juicio.

—No prueba que ella diera la orden —dice Arrieta—. Pero prueba que estaba con Heredia esa noche. Cerca del lugar del accidente. Una hora antes de que ocurriera.

—Ella dijo que no salió de casa.

—Exacto. Mintió. Y si mintió sobre eso...

—...puede haber mentido sobre todo.

Arrieta asiente.

—Va a ser la última prueba que presentemos. Antes de que el jurado se retire a deliberar.

Me quedo mirando la imagen congelada. La mano de mi madre. El anillo que conozco desde que era niña. La prueba de que estaba ahí. De que no solo hizo una llamada: estuvo presente. Supervisando. Asegurándose de que su hijo muriera.

Y por primera vez desde que empezó todo esto, siento algo parecido a la esperanza.

Cuando el vídeo se reproduce en la sala, Carmen deja de sonreír.

Es sutil. Nadie más lo notaría. Pero yo he pasado veintisiete años aprendiendo a leer su cara, a detectar los microgestos que delatan lo que piensa antes de que lo diga. Y lo que veo ahora es miedo.

Miedo real.

Por primera vez.

El fiscal señala el anillo en la pantalla. Pide a Carmen que muestre su mano. Ella obedece, y ahí está: el mismo anillo. Inconfundible. Una serpiente de oro mordiendo su propia cola.

—¿Puede explicar qué hacía usted en el coche del señor Heredia a las diez de la noche del doce de septiembre, a tres kilómetros del lugar donde su hijo moriría una hora después?

Silencio.

Carmen mira a su abogado. Él mira la mesa. No hay respuesta preparada para esto. No hay forma de darle la vuelta.

—No tengo nada que decir —dice finalmente.

Y esas cinco palabras la condenan más que cualquier confesión.

El juez anuncia que el jurado se retirará a deliberar. Mañana habrá veredicto.

Me levanto. Las piernas todavía tiemblan pero ahora es diferente. Ahora hay algo sólido debajo del temblor.

Antes de que los guardias se la lleven, Carmen me mira una última vez.

No sonríe.

No dice nada.

Pero en sus ojos hay algo que nunca había visto antes.

Derrota.

Mañana sabremos si es suficiente. Mañana sabremos si la justicia existe o si es solo otro cuento que nos contamos para dormir tranquilos.

Pero esta noche, por primera vez en nueve años, Lucas está un poco más cerca de descansar.

Y yo también.

17

EL VEREDICTO

Cuatro horas.

Eso tarda el jurado en decidir si mi madre pasará el resto de su vida en prisión. Cuatro horas de café frío en vasos de plástico, de mirar el reloj de la pared como si pudiera hacerlo ir más rápido, de sentir la mano de Adrián en la mía mientras los minutos se arrastran como años.

Cuatro horas para condensar nueve años de mentiras, de huida, de una muerte que nunca debería haber ocurrido.

Parece poco. Parece demasiado. No sé qué parece.

—Vera.

Arrieta en la puerta. Su cara no revela nada, pero hay algo en cómo se mueve —rápido, con propósito— que hace que el estómago se me encoja.

—Ya están.

Me levanto. Las piernas no tiemblan. Debería sorprenderme, pero supongo que hay un límite para el miedo, un punto donde el cuerpo simplemente se rinde y decide funcionar porque no le queda otra opción.

Adrián me coge la mano.

—Pase lo que pase.

—Lo sé.

No hace falta decir más.

Carmen ya está en la sala cuando entramos.

De pie junto a su abogado, con las manos cruzadas delante del cuerpo. Tiene la misma compostura de siempre —espalda recta, barbilla alta— pero algo ha cambiado. Algo en la forma en que sus ojos recorren la sala sin detenerse en nada, buscando una salida que no existe.

Por un segundo, solo un segundo, parece vieja.

Frágil.

Humana.

Y entonces me mira, y todo desaparece. Vuelve la máscara. Vuelve la mujer que mató a su hijo y no se arrepiente.

El jurado entra. Doce personas que no nos conocen, que han pasado días escuchando los trapos sucios de una familia que nunca fue lo que parecía. Caras neutras. Ojos que evitan mirar a nadie directamente.

Mala señal, dicen algunos.

Buena señal, dicen otros.

Yo no digo nada. Solo espero.

—¿Ha alcanzado el jurado un veredicto?

El presidente del jurado se levanta. Es un hombre mayor, con gafas gruesas y una corbata que le queda demasiado corta. Tiene un papel en la mano que tiembla ligeramente.

—Sí, señoría.

—Proceda.

Silencio.

El tipo de silencio que precede a los terremotos. A las bombas. A las palabras que cambian vidas para siempre.

—En el caso del Ministerio Fiscal contra Carmen Mendoza Aguirre, por el cargo de homicidio con premeditación, el jurado declara a la acusada...

Pausa.

Mi corazón se detiene.

—...culpable.

Culpable.

La palabra estalla en la sala como un disparo. Hay murmullos, movimiento, el ruido de alguien sollozando —¿Elena? ¿yo?— pero todo llega amortiguado, lejano, como si estuviera bajo el agua mirando el mundo a través de una superficie que distorsiona todo.

Culpable.

Mi madre es culpable.

Me giro hacia ella sin pensarlo. Necesito ver su cara. Necesito saber cómo recibe esto, cómo procesa que el mundo finalmente la ha visto tal como es.

Y lo que veo me deja helada.

Nada.

Su cara no cambia. No hay shock, ni rabia, ni el colapso que una parte de mí esperaba. Solo una calma terrible, vacía, como la superficie de un lago que esconde monstruos en el fondo.

Entonces hace algo que no esperaba.

Asiente.

Una sola vez. Hacia mí. Como si estuviera reconociendo algo. Como si estuviera diciendo *bien jugado*.

Y en ese gesto entiendo algo que quizá siempre supe: para ella, esto nunca fue sobre Lucas, ni sobre justicia, ni sobre lo que estaba bien o mal. Fue un juego. Un tablero donde mover piezas. Y acaba de perder, y eso es todo lo que significa para ella.

Perder.

No *ser culpable*. No *haber hecho algo monstruoso*. Solo haber perdido.

La odio.

La odio con una intensidad que me asusta, que me quema por dentro, que me hace querer cruzar esta sala y arrancarle esa calma de la cara con las manos.

Pero también, debajo del odio, hay algo más.

Alivio.

Porque finalmente ha terminado.

El juez lee la sentencia.

Veintiocho años. Sin posibilidad de libertad condicional durante los primeros veinte. A la edad de mi madre, significa que morirá en prisión.

Igual que Ricardo Vega.

Hay una simetría oscura en eso que debería satisfacerme pero que solo me deja vacía. Ojo por ojo. Muerte por muerte. Un ciclo de destrucción que empezó hace décadas y que finalmente, quizá, puede terminar.

—Antes de que la acusada sea trasladada, ¿tiene algo que declarar?

Carmen mira al juez. Luego a su abogado, que hace un gesto mínimo con la cabeza. Luego a mí.

—Sí, señoría. Tengo algo que decir.

El juez asiente.

Carmen se gira. Ya no mira al juez ni al jurado. Me mira solo a mí. Y cuando habla, su voz es clara, firme, sin temblor.

—Todo lo que hice fue por ti.

Las palabras me golpean en el pecho.

—Para protegerte. Para asegurarte un futuro. Tu hermano iba a destruir todo lo que habíamos construido. Y sí, tomé una decisión terrible. Pero la tomé porque eras lo único que me importaba salvar.

—No.

La palabra sale antes de que pueda detenerla. Me he levantado. Adrián me agarra del brazo pero me suelto.

—No te atrevas. —Mi voz tiembla pero no me importa—. No te atrevas a usar mi nombre para justificar lo que hiciste. Mataste a Lucas. A tu hijo. Y luego me mentiste durante nueve años mientras yo vivía destruida por su muerte.

—Vera...

—No me protegiste. Me usaste. Me convertiste en la excusa que necesitabas para vivir con lo que habías hecho. —Las lágrimas vienen pero las ignoro—. Y lo peor es que probablemente te lo crees. Probablemente de verdad piensas que eras una buena madre.

Carmen no responde. Por primera vez, algo cruza su cara. Algo que podría ser dolor, o remordimiento, o simplemente la frustración de no poder controlar la narrativa.

—Eras mi hija —dice finalmente—. Sigues siéndolo.

—No. —Niego con la cabeza—. Dejé de ser tu hija en el momento en que decidiste que la vida de Lucas valía menos que tu orgullo.

El juez pide orden. Los guardias se acercan a Carmen. Y yo me quedo de pie, temblando, mientras la mujer que me trajo al mundo es esposada y llevada hacia una puerta lateral que da a un pasillo que da a un furgón que da a una celda donde pasará el resto de sus días.

Antes de desaparecer, se gira una última vez.

—Te pareces más a mí de lo que crees.

Y se va.

Fuera del juzgado llueve.

Lluvia fina, persistente, el tipo de agua que cala hasta los huesos sin que te des cuenta. Los periodistas nos esperan en la escalinata pero Arrieta los mantiene a raya mientras Adrián me guía hacia el coche.

No sé cómo me siento.

Debería sentir victoria. Justicia. Cierre. Todas esas palabras que la gente usa cuando los malos van a prisión y los buenos pueden seguir con sus vidas.

Pero lo que siento es vacío. Un hueco enorme en el centro del pecho donde antes había algo —odio, miedo, la necesidad de saber la verdad— y que ahora es solo espacio sin llenar.

—Vera.

Elena. Esperándonos junto al coche. Tiene los ojos rojos pero no llora. Ya no le quedan lágrimas.

—Lo has conseguido. —Me coge las manos. Las suyas están heladas —. Has hecho lo que nadie más pudo hacer.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Es lo que es. —Aprieta mis manos—. Y Ricardo puede descansar. Y Lucas. Y quizá, algún día, tú también.

Asiento. No confío en mi voz.

Elena se gira hacia Adrián.

—Cuídala.

—Siempre.

—Y ven a verme. Cuando estés listo. La puerta está abierta.

Adrián asiente. Hay algo entre ellos —un principio de reconciliación, un puente que empieza a construirse sobre quince años de silencio— que no necesita más palabras.

Elena se va.

La lluvia arrecia.

Y nosotros subimos al coche y emprendemos el camino a casa.

El trayecto es silencioso.

No el silencio incómodo de quien no sabe qué decir, sino el silencio de dos personas que no necesitan palabras para entenderse. Miro por la ventana. Las viñas pasan, empapadas de lluvia, y pienso en

todo lo que ha pasado desde que llegué aquí hace... ¿cuánto? ¿Dos meses? ¿Tres?

Parece una vida entera.

—¿En qué piensas? —Adrián. Sin apartar los ojos de la carretera.

—En que no sé quién soy ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Durante nueve años fui la hermana que huyó. Luego fui la hija que buscaba la verdad. Luego la testigo, la acusadora, la que destruyó a su madre. —Pausa—. ¿Y ahora qué?

—Ahora eres Vera.

—Eso no significa nada.

—Significa todo. —Me mira un segundo—. Ya no tienes que definirte por lo que te hicieron o por lo que hiciste para sobrevivir. Puedes ser quien quieras.

—¿Y si no sé quién quiero ser?

—Entonces lo descubrimos juntos. —Su mano encuentra mi rodilla—. No hay prisa.

No hay prisa.

Es un concepto extraño. Durante semanas he vivido corriendo —hacia la verdad, hacia el juicio, hacia este momento que creía que lo cambiaría todo— y ahora que estoy aquí, el tiempo se abre delante de mí como un campo sin arar.

Sin mapa.

Sin instrucciones.

Solo posibilidades.

Llegamos a casa al anochecer.

La lluvia ha parado pero el cielo sigue gris, pesado, como si no quisiera dejarnos olvidar lo que ha pasado hoy. Las viñas brillan húmedas bajo la última luz y por primera vez las miro sin ver

fantasmas. Sin ver a mi madre caminando entre las hileras. Sin ver el coche de Lucas bajando por el camino.

Solo viñas.

Solo tierra.

Solo el lugar donde voy a construir algo nuevo.

—¿Tienes hambre? —Adrián, bajando del coche.

—No.

—¿Quieres dormir?

—Tampoco.

—¿Entonces qué quieres?

Lo miro. Este hombre que llegó para destruirme y acabó salvándome. Este hombre que tiene sus propias heridas, sus propios fantasmas, su propia historia de traiciones y pérdidas que lo han convertido en quien es.

—Quiero estar aquí. Contigo. Sin pensar en nada más.

Asiente.

Entramos en la casa. No encendemos luces. Subimos las escaleras en la penumbra, guiados solo por la memoria de los pasos y el tacto de nuestras manos entrelazadas.

En la habitación, me desnuda sin prisa. Sin urgencia. Es diferente a las otras veces —no hay desesperación, ni necesidad de olvidar, ni sexo como anestesia— solo una lentitud deliberada, casi reverente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Y supongo que lo tenemos.

—Adrián.

—¿Mm?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por recoger los pedazos. —Lo beso—. Por no huir cuando viste lo rota que estaba.

—Yo también estaba roto. Todavía lo estoy. —Sus manos recorren mi espalda—. Solo que ahora los pedazos encajan mejor.

Me río. Es un sonido pequeño, húmedo, sorprendente.

—Eso es horrible.

—Lo sé. —Sonríe contra mi piel—. Pero es verdad.

Y cuando empezamos a movernos juntos, no es para escapar de nada. Es para celebrar que seguimos aquí. Que hemos sobrevivido. Que todo el dolor y la traición y la muerte no han conseguido destruirnos.

Todavía.

Después, en la oscuridad, hablo.

—Dijo que me parezco a ella.

Adrián no pregunta quién. Lo sabe.

—¿Y qué crees tú?

—Creo... —busco las palabras— creo que tiene razón. En parte. Tengo su determinación. Su capacidad de hacer cosas difíciles. Su forma de no rendirme cuando algo me importa.

—¿Pero?

—Pero ella usó todo eso para destruir. Para controlar. Para convertir a las personas que la rodeaban en piezas de un juego donde solo ella conocía las reglas. —Pausa—. Yo no quiero eso.

—Entonces ya eres diferente.

—¿Tan fácil?

—No es fácil. Nunca lo es. —Su voz es suave en la oscuridad—. Pero la diferencia entre tu madre y tú no está en lo que tienes dentro. Está en lo que eliges hacer con ello. Ella eligió el control. Tú elegiste la verdad.

La verdad.

Sí. Elegí la verdad aunque me destruyera. Aunque me costara a mi madre, mi herencia, mi sentido de quién era. Elegí saber aunque doliera.

Quizá eso es lo único que importa.

—¿Adrián?

—¿Sí?

—¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé. —Me atrae más cerca—. Pero vamos a descubrirlo.

Cierro los ojos.

Afuera, la noche es negra y silenciosa. Las viñas duermen bajo un cielo que empieza a despejarse. En algún lugar de esta casa hay cajas de vino con etiquetas que llevan el apellido Mendoza, un legado manchado que Adrián y yo vamos a limpiar o destruir o reinventar.

En algún lugar de mi pecho hay una herida que nunca sanará del todo pero que ha dejado de sangrar.

Y en algún lugar entre los dos hay un futuro que no puedo ver pero que ya no me da miedo.

18

EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS

La etiqueta es negra con letras doradas.

Vega & Mendoza. Reserva 2024.

La sostengo contra la luz de la ventana, mirando cómo el sol atraviesa el cristal oscuro de la botella. Dentro hay vino. El primero que hemos producido juntos. El primero que lleva nuestros apellidos unidos en lugar de enfrentados.

Hubo discusiones sobre el nombre. Martín sugirió algo neutral, algo que borrara el pasado y empezara de cero. Adrián quería quitar Mendoza del todo, dejarlo morir con mi madre. Yo no estuve de acuerdo.

Porque el apellido no es solo ella. Es mi padre, que amaba esta tierra aunque no supiera protegerla. Es Lucas, que corría entre estas viñas antes de que todo se torciera. Es generaciones de gente que trabajó el suelo sin saber que un día una mujer lo mancharía de sangre.

Mendoza se queda. Pero ya no está solo.

Ahora tiene a Vega al lado. Donde siempre debió estar.

Un año.

Parece más. Parece menos. El tiempo tiene una forma extraña de comportarse cuando has atravesado algo que debería haberte

destruido: se estira y se comprime, se llena de días que no recuerdas y momentos que no puedes olvidar.

Recuerdo la primera vendimia sin mi madre. El silencio de los trabajadores cuando llegué al amanecer, sin saber si me seguirían respetando o si la condena de Carmen los habría alejado para siempre. Recuerdo a Tomás acercándose con una caja de herramientas y diciendo, simplemente: *Hay trabajo que hacer*. Y eso fue todo. Eso fue suficiente.

Recuerdo las noches de invierno con Adrián, cuando la casa crujía de frío y nos quedábamos despiertos hablando de todo y de nada, aprendiendo a ser dos personas que eligen estar juntas en lugar de dos náufragos agarrados a los restos del mismo barco.

Recuerdo la primera vez que me desperté sin pensar en mi madre. Fue en marzo. Llovía. Abrí los ojos y simplemente estaba ahí, en la cama, escuchando el agua contra las ventanas, sin el peso familiar del odio apretándome el pecho. Me asusté. Como si hubiera olvidado algo importante.

Pero no había olvidado nada. Solo había empezado a soltar.

La bodega ha cambiado.

No físicamente —las mismas paredes de piedra, las mismas barricas de roble, el mismo olor a tierra y fermentación que me ha acompañado desde niña— sino en algo más difícil de definir. Hay luz donde antes había sombras. Risas donde antes había silencios tensos. Gente que entra y sale sin miedo a pisar donde no debe.

Martín dirige las operaciones del día a día. Resulta que es bueno en esto, mejor de lo que ninguno esperábamos. Tiene instinto para la tierra, para el momento exacto de vendimiar, para saber cuándo un vino necesita más tiempo y cuándo está listo. Mi padre vio algo en él hace años. Tenía razón.

A veces lo miro trabajar y pienso en lo que pudo haber sido. En otra vida, quizá. Una donde Lucas no murió y yo no huí y Martín tuvo tiempo de decirme lo que sentía antes de que todo se complicara.

Pero esa vida no existe. Esta sí. Y en esta, Martín es mi amigo, mi socio, alguien en quien confío con la tierra que mi familia casi destruye. Es suficiente. Es más que suficiente.

El mes pasado me presentó a alguien. Una enóloga de Logroño, con ojos inteligentes y una risa que le cambia la cara. Vi cómo la miraba. Reconocí esa mirada.

No dije nada. Solo sonreí.

Algunas cosas no necesitan palabras.

Elena viene a cenar los domingos.

No todos, pero muchos. Trae guisos que aprendió a hacer de su madre, historias de Ricardo que Adrián escucha con hambre de huérfano, y un silencio cómodo que habla de heridas que están sanando aunque nunca desaparecerán del todo.

La primera vez fue incómoda. Demasiada historia entre todos nosotros, demasiados cadáveres en la mesa. Pero Elena trajo una botella de vino —de otra bodega, porque todavía no teníamos el nuestro— y brindó por los ausentes.

—Por Ricardo. Por Lucas. Por los que perdimos y por los que todavía estamos.

Bebimos. Y algo se soltó.

Ahora es casi normal. Casi familia. El tipo de familia que se elige, no la que te imponen por sangre. Imperfecta, cosida con hilos de colores diferentes, llena de agujeros que dejaron los que ya no están.

Pero familia al fin.

△△△

Hoy vamos al cementerio.

No es la primera vez. He ido sola, en días grises donde necesitaba hablar con Lucas sin testigos. He ido con Adrián, en silencio, dejando

que su presencia hable por él. Pero hoy es diferente.

Hoy llevamos el vino.

El cementerio de nuestro pueblo es pequeño, antiguo, con tumbas que llevan apellidos que reconozco de las etiquetas de otras bodegas. Los Mendoza tienen una sección propia, porque así son las familias viejas: hasta en la muerte mantienen las jerarquías.

La tumba de Lucas está junto a la de mi padre. Mármol blanco. Su nombre grabado en letras que ya empiezan a oscurecerse con el tiempo.

Lucas Mendoza Aguirre. 1994-2015. Hijo amado.

Hijo amado. Mi madre eligió esas palabras. Las eligió sabiendo lo que había hecho.

Debería cambiarlas. Quizá lo haga. Pero hoy no es día para pensar en ella.

Hoy es día para Lucas.

. . .

Me arrodillo frente a la tumba.

Adrián se queda un paso atrás, dándome espacio. Sabe que esto es mío. Sabe cuándo estar cerca y cuándo desaparecer. Es una de las cosas que más quiero de él: esa capacidad de leerme sin que tenga que explicar.

Saco la botella de la bolsa. La apoyo contra la lápida.

—Hola, Lucas.

El viento mueve los cipreses. No hay respuesta, claro. Nunca la hay. Pero hablar igualmente es algo que necesito, un ritual que me mantiene conectada a alguien que ya no existe excepto en mi memoria.

—Te he traído algo. El primer vino. El nuestro. —Toco la etiqueta—. Vega y Mendoza. ¿Te imaginas? Papá se habría muerto del disgusto. Bueno, más muerto.

Silencio. Pero es un silencio que puedo llenar.

—Ha pasado un año desde el juicio. Ella está en prisión. Va a morir ahí, probablemente. —Pausa—. No sé cómo me siento al respecto. Algunos días me alegra. Otros me da igual. Y otros... otros todavía duele, Lucas. Todavía hay una parte de mí que echa de menos a la madre que creía tener.

Las lágrimas vienen. Ya no las peleo. He aprendido que resistirse al dolor solo lo hace más grande.

—Pero estoy bien. Mejor de lo que debería, probablemente. Tengo la bodega. Tengo a Adrián. Tengo una vida que no esperaba tener cuando volví aquí hace un año pensando que solo venía a enterrar a papá.

Miro la botella. El nombre. Los apellidos unidos.

—Ojalá pudieras probarlo. Ojalá estuvieras aquí para decirnos si es bueno o si es una mierda y tenemos que empezar de cero. Tú siempre tenías mejor paladar que yo. —Me río, aunque sale roto—. Habrías odiado a Adrián al principio. Estoy segura. Pero luego os habríais hecho amigos. Os habríais emborrachado juntos y habríais hablado mal de mí a mis espaldas y habría sido perfecto.

El viento arrecia. Puedo oler la tierra húmeda, el otoño que se acerca, el ciclo eterno de las estaciones que sigue adelante aunque nosotros nos quedemos atascados en el pasado.

—Te quiero, hermano. Siempre. Aunque no te salvé. Aunque llegué nueve años tarde. Te quiero y voy a seguir queriéndote hasta que me toque ocupar un hueco al lado del tuyo.

Me levanto. Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

—Pero todavía no. Todavía tengo cosas que hacer.

Adrián me espera junto al coche.

Tiene las manos en los bolsillos y esa expresión que pone cuando quiere preguntarme algo pero no sabe si es el momento. Lo conozco bien ya. Mejor de lo que he conocido a nadie, quizá. Un año

compartiendo cama, comidas, trabajo, el peso de dos familias destruidas.

Un año aprendiendo que el amor no es un destello. Es una decisión. Todos los días. Incluso cuando es difícil. Especialmente cuando es difícil.

—¿Estás bien?

—Sí. —Y es verdad—. ¿Tú?

—Tengo algo que decirte.

El estómago se me encoge. Después de todo lo que ha pasado, mi cuerpo todavía reacciona a las malas noticias antes de saber si son malas.

—¿Qué?

Saca algo del bolsillo. Una caja pequeña. De terciopelo. El tipo de caja que solo significa una cosa.

—No tienes que decir que sí —dice rápido—. Y no lo digo porque sea lo que se supone que hay que hacer después de un año, ni porque quiera atarte, ni porque crea que esto va a arreglar nada que no esté ya arreglado. Lo digo porque quiero. Porque me despierto cada mañana y la primera persona en la que pienso eres tú. Porque no sé qué cojones estoy haciendo con mi vida pero sé que quiero hacerlo contigo.

Abre la caja.

Dentro hay un anillo. Simple. Un aro de oro con una piedra pequeña, oscura, que parece absorber la luz en lugar de reflejarla.

—Era de mi madre. —Su voz es baja—. Mi padre se lo regaló cuando se comprometieron. Antes de todo. Cuando todavía eran felices.

—Adrián...

—Elena me lo dio hace un mes. Dijo que mi padre habría querido que lo tuviera. Que lo usara para algo bueno, no solo para recordar lo malo.

Miro el anillo. Pienso en todo lo que representa. Dos familias destruidas que podrían convertirse en una sola. El pasado transformado en futuro. Los pecados de nuestros padres convertidos en promesas de algo mejor.

—No tienes que responder ahora —dice—. Puedes pensarlo. Puedes decir que no. Puedes...

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, quiero casarme contigo. —Me río. Las lágrimas vuelven pero ahora son diferentes—. Sí, aunque sea una locura. Sí, aunque no tenga sentido. Sí, aunque nuestras familias se odiaran y nuestros padres probablemente estén revolviéndose en sus tumbas.

—Probablemente es lo único en lo que habrían estado de acuerdo.

—Pues que se jodan. —Lo beso—. Que se jodan todos.

Esa noche abrimos el vino.

No la botella que dejé en la tumba de Lucas —esa se queda ahí, pudriéndose con el tiempo como todo lo que enterramos— sino otra igual. La primera de la caja que guardamos para nosotros.

Estamos en el porche. El mismo porche donde hicimos el amor por primera vez como animales asustados. El mismo donde hablé con el fantasma de mi hermano la noche antes del juicio. El mismo donde todo terminó y todo empezó.

Adrián descorcha la botella. El sonido es satisfactorio, definitivo, como un punto final en una frase que llevaba demasiado tiempo sin terminar.

Sirve dos copas. Me pasa una.

—¿Por qué brindamos?

Lo pienso. Hay tantas cosas. Por Lucas. Por Ricardo. Por Ignacio. Por todos los que perdimos para llegar hasta aquí. Por la verdad que casi nos destruye. Por el amor que surgió de las cenizas.

Pero al final, la respuesta es más simple.

—Por nosotros. —Alzo la copa—. Por haber sobrevivido.

—Por haber sobrevivido.

Bebemos.

El vino es bueno. Mejor de lo que esperaba. Tiene cuerpo y profundidad y un regusto que se queda en la lengua, algo entre fruta oscura y tierra mojada y el tipo de amargor que solo sabe bien después de haber probado cosas peores.

—Joder —dice Adrián—. Está bueno de verdad.

—Lo está.

Nos miramos. Y nos echamos a reír. Una risa limpia, sorprendida, el tipo de sonido que haces cuando algo sale bien y no estabas segura de que pudiera.

Funciona.

Después de todo. Después de la muerte y las mentiras y el juicio y el dolor. Después de un año reconstruyendo algo que parecía irreparable.

Funciona.

Más tarde, en la cama, con su cuerpo enroscado al mío y el anillo de su madre brillando en mi dedo, pienso en todo lo que ha pasado.

Vine aquí a enterrar a mi padre. Encontré la verdad sobre mi hermano. Destruí a mi madre. Me enamoré de un hombre que debería ser mi enemigo.

Suena a tragedia. Quizá lo es.

Pero también es otra cosa. Una historia de supervivencia. De elegir la verdad aunque duela. De construir algo nuevo sobre los escombros de lo que otros destruyeron.

No soy la misma persona que llegó hace un año con un vestido negro y el corazón lleno de nada. Esa Vera murió en algún punto del camino —quizá en la cocina de mi madre, quizá en el estrado del

juicio, quizá en alguna de las cien noches donde lloré hasta vaciarme — y esta Vera nació de sus cenizas.

Soy más dura. Más suave. Más rota y más entera al mismo tiempo.

Mi madre tenía razón: me parezco a ella. Pero la diferencia está en lo que elijo hacer con eso.

Ella eligió el control.

Yo elijo el amor.

No el amor de película, el que todo lo cura y todo lo perdona. El amor real, que duele y asusta y exige que te presentes entera aunque estés hecha pedazos. El amor que eliges cada día aunque sea difícil. Especialmente cuando es difícil.

—¿En qué piensas? —Adrián, medio dormido, con los labios contra mi hombro.

—En que esto es lo que queda.

—¿Después de todo?

—Después de todo. —Entrelazamos los dedos—. Tú. Yo. Las viñas. Un vino que sabe a supervivencia.

—¿Es suficiente?

La pregunta de siempre. La que llevamos haciéndonos desde el principio.

Pero esta vez la respuesta es diferente. Esta vez no hay duda.

—Sí. —Lo beso—. Es exactamente suficiente.

Afuera, la noche cubre las viñas como una manta. Las mismas viñas que vieron nacer y morir a generaciones de Mendozas. Las mismas que ocultaron secretos y alimentaron traiciones y ahora, por fin, pueden empezar a contar una historia diferente.

Una historia de dos personas rotas que eligieron reconstruirse juntas.

Una historia que huele a uvas maduras y sabe a vino tinto.

Una historia que no termina, solo cambia.

Como todo.

Como nosotros.

FIN
